



IV

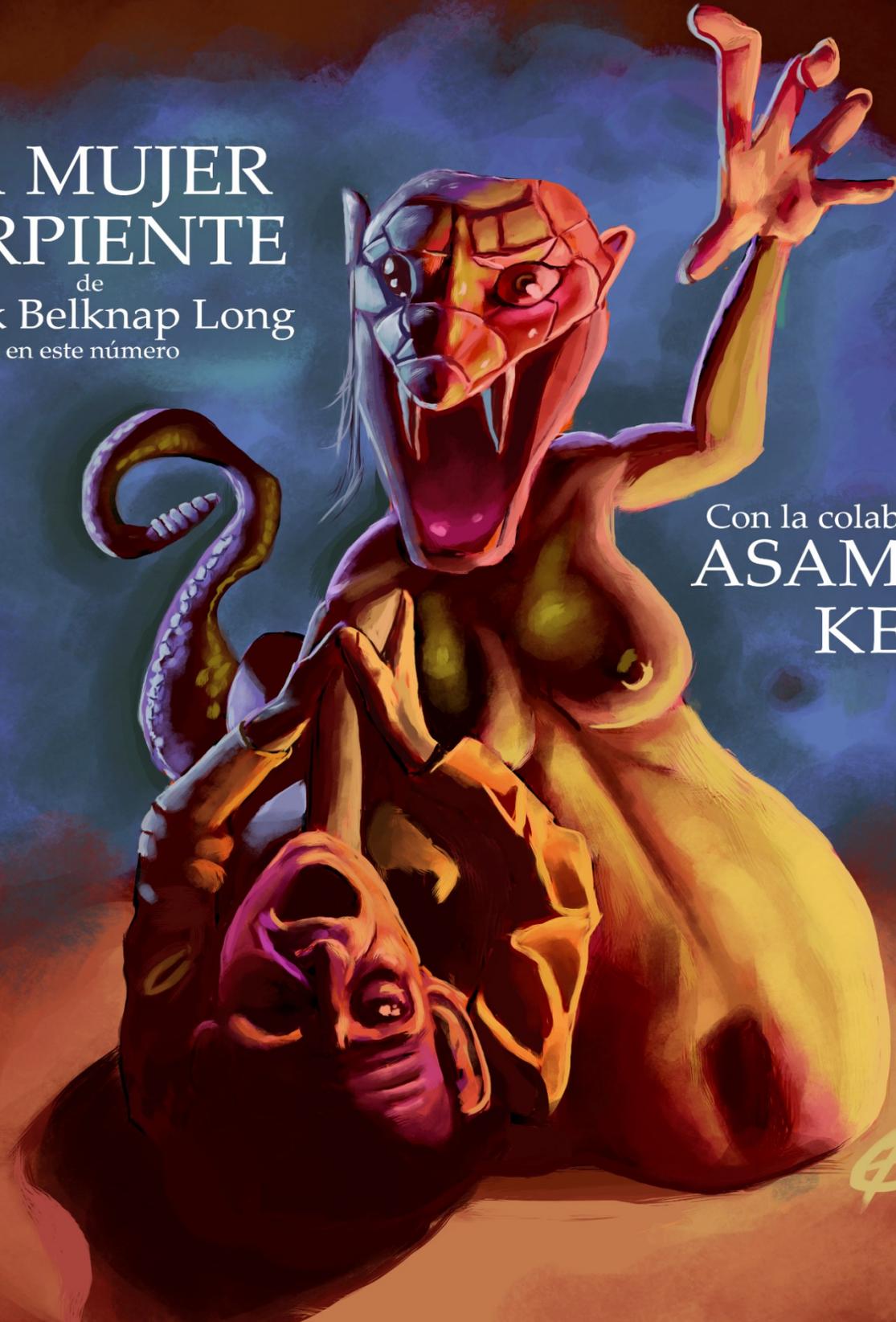
LA REVISTA DE LOS HIJOS DE LA NOCHE

REFUGIO BIZARRO

100 años de Los Mitos de Cthulhu



LA MUJER
SERPIENTE
de
Frank Belknap Long
en este número



Con la colaboración de
ASAMATSU
KEN



INDICE

El Círculo de Lovecraft, por Ricardo Meyer Manríquez.....	3
Autorretrato de un cabo, por Asamatsu Ken	5
Iblis, por Ricardo Meyer Manríquez.....	15
La Nana de Nox-Caeli, por Yuke Kabula.....	21
Magnum Opus, por Roberto Bayón.....	41
El pueblo aterrado, por Mathew André Meléndez.....	44
Los autoestopistas, por Eddie Hamilton.....	54
Los papeles del difunto Señor Crawford, por Beatriz T. Sánchez.....	60
Lex Oblivionis, por Elvira M. Roperó.....	72
La mujer serpiente, por Frank Belknap Long Jr.....	75



Los derechos de los relatos pertenecen a sus respectivos autores.

Ilustración portada: ©2025 Fran Ortega

Ilustraciones: ©2025 Yuke Kabula

Traducción *Autorretrato de un cabo*: ©2025 Alba Martín Nagato

Traducción *La mujer serpiente*: ©2025 Yuke Kabula

Esta obra está protegida por la licencia Creative Commons CC-BY



EL CÍRCULO DE LOVECRAFT

Mucha gente piensa que, al decir Lovecraft, están diciendo *Mitos de Cthulhu*; no es precisamente lo mismo. Lovecraft no sería lo que es de no ser por toda la gente que lo rodeó —amigos y camaradas—, quienes, mediante referencias cruzadas e incluso correspondencia, demostraban que estos mundos y seres imaginarios tenían para ellos un valor incluso emocional, más que comercial, ya que muchas de esas cartas eran privadas.

El primero en usar referencias a relatos de Lovecraft fue alguien que siempre lo consideró su mentor: Frank Belknap Long Jr., con *The Were-Snake*, publicado por *Weird Tales* en el número de septiembre de 1925. El resto es historia. Una serie de autores se sumaron a este movimiento, destacando Clark Ashton Smith y Robert E. Howard, siendo este último reconocido por obras de espada y brujería icónicas como *Conan el Bárbaro*. Y, aunque estas no fueran historias de horror, siempre dejaba una que otra referencia a las cartas y relatos de sus amigos escritores del *weird*.

Ahora vamos a lo que representan los *Mitos de Cthulhu*; para muchos —me incluyo—, un escape y una inspiración. Lo mismo puede decirse del Círculo de Lovecraft. ¿Cuántos no hemos leído a Lovecraft y soñado con hacer lo que él y sus camaradas forjaron? ¿Cuántos no hemos leído por primera vez *El extraño* y nos hemos sentido identificados con el protagonista? Y, ya para rematar, ¿cuántos no hemos buscado una copia «real» del *Necronomicón*? Eso es algo de lo que ni siquiera Jorge Luis Borges estuvo exento.

El Círculo de Lovecraft y sus *Mitos de Cthulhu* siguen inspirando a miles de grupos de amigos que crean universos de ficción colaborativa. Algunos incluso emulan el uso de seudónimos, como en el mismo Círculo de Lovecraft, siendo el caso más emblemático el de la Fundación SCP.

Mucha gente espera un mesías lovecraftiano, y se ha popularizado el concepto de «Nuevos Mitos de Cthulhu». El tema es que eso nunca ocurrirá. Los *Mitos de Cthulhu* son lo que son y no volverán a ser. Sin embargo, pueden seguir siendo, y todo el que quiera escribir algo en torno a ese hermoso universo es libre de hacerlo. Esta afirmación es válida desde todos los puntos de vista.

No obstante, no se debería buscar fama, dinero ni reconocimiento al escribir estos relatos. Ni el mismo H.P.L. deseaba esas cosas; razón por la cual no le molestaba hacer de *ghostwriter* para ganarse la vida. Se sentía como un marginado y un maldito antes que una suerte de autor de renombre.

Yo mismo he experimentado, con mi amigo Yuke Kabula, la belleza de intercambiar referencias, elementos, de construir un canon narrativo en base a la camaradería y, a la vez, recibir retroalimentación de gente que ama esto. Así mismo, no puedo sino mostrar admiración y respeto por quienes, sin interés en la moda ni el *hype*, y sin esperar retribuciones —incluso poniendo de su bolsillo—, crean bases de datos, foros y sitios web especializados para los amantes de los Mitos.

Esta es nuestra carta de amor a ese universo que empezó hace cien años, y que, de alguna forma, nació también como una «carta de amor»: la que Frank Belknap Long —conocido en el Círculo como Belknapius— escribió en respuesta a los relatos de su amigo Howard Phillips Lovecraft.

Ricardo Meyer
Nueva Baviera, 2025.





Asamatsu Ken presenta:
AUTORRETRATO
DE UN
CABO

¡Del abismo de la miseria a la cúspide del horror! Este es el relato prohibido del cabo Hirata, el hombre que despertó... con recuerdos de otra vida.

-I-

Conocí al cabo en un bar algo sucio, a las afueras de Ikebukuro. Era un espacio amplio, con una barra en forma de herradura en la que los clientes pedían a los camareros los cócteles que les gustaban. Pero las banquetas estaban rotas, el papel de pared se había caído y la tarima apenas era visible, debido al deplorable estado en que se encontraba. Los miembros de la clientela, al igual que el bar, éramos gente deprimente. Escritores con pocas ventas, gente sin un trabajo estable, estudiantes empobrecidos... En resumen, gente de poco dinero.

Ese día había ido a beber con un amigo que escribía sobre ocultismo, pero decidió volver a la ciudad de Warabi tras emborracharse demasiado. Miré al reloj. Aún eran las 20:30. Demasiado pronto como para volver a casa. Estaba tomando un Salty Dog y pensando en lo que hacer cuando escuché la voz de un hombre gritando.

—¡Imbécil! ¡Aquí no hacemos pagos aplazados!

A continuación, se escuchó un fuerte impacto. Todos en el local nos dimos la vuelta al mismo tiempo, buscando el origen de aquel estruendo. Un joven de pelo largo había sido derribado por un camarero.

—N-no hacía falta llegar a este punto —el joven habló con una voz temblorosa.

Tendría unos veinte años. Llevaba una camisa de algodón andrajoso, vaqueros y una boina negra dada de sí.

—¡Vamos! Agarra ese sucio lienzo y vete de aquí. Considérate afortunado de que no llamemos a la policía.

Cuando terminó de hablar, el camarero obligó al joven a levantarse y le expulsó del local.

«No hacía falta tratar así a un desamparado estudiante de arte». Ese pensamiento, provocado por una ligera embriaguez, me hizo alejarme de la barra ticket en la mano, pagar la cuenta, y precipitarme fuera del bar, en busca de aquel joven.

Me preocupó la posibilidad de no encontrarlo, pero, por fortuna, di con él enseguida. Estaba recogiendo desesperadamente las herramientas de dibujo que el camarero lanzó a la calle. Me agaché para ayudarlo a recoger los lápices, el cuaderno y demás materiales.

—Toma —al entregarle sus pertenencias apreció una expresión nerviosa en su rostro.

—Gra... gracias. Perdone... las molestias.

Tras recibir temblando sus herramientas, las guardó en su maletín de dibujo. Me levanté, observando al chico. Se asemejaba a una comadreja o a un ratón, sus ojos temblaban de miedo, la piel de su cara estaba rojiza, llena de acné, y su pequeña barbilla tenía una barba marrón desaliñada. El cuello de la camisa de algodón estaba sucio y su pelo largo, que sobresalía de la boina, estaba grasiento, delatando que llevaba tiempo sin bañarse.

—¿Estudias artes en la Universidad? —pregunté.

—No. Es cierto que estoy asistiendo a una escuela de artes para luego matricularme en la Universidad de Bellas Artes, pero... —dijo, al mismo tiempo que terminaba de recoger sus pertenencias.

—¿Cómo te llamas?

—*Cab*... quiero decir, me llamo Hirata.

—Conque Hirata. Yo soy A---. ¿Te apetece que te invite a tomar algo? Tengo ganas de volver a hablar sobre arte, hace tiempo que no lo hago.

El joven Hirata me miró con recelo, pero no tardó en darse cuenta de que ni yo era ni homosexual, ni vendía sustancias ilegales. Entonces se alegró ese rostro decaído, asintiendo con energía.

* * *

Aún algo borracho, pensé que, para tratar con un artista, había que llevarlo a un local acorde a su ocupación, sin importar que fuese un novato de entre los novatos. Llevé al joven Hirata a un bar de los suburbios de Ikebukuro, el «Venus», un oscuro local emplazado en el sótano de un viejo edificio residencial. Había abierto como un bar clandestino en el año 1970 y, desde entonces, había tenido decenas de dueños. A pesar de ello, la decoración interior no había cambiado nada.

La mitad de la clientela eran universitarios, el resto, actores de teatro, poetas autoproclamados, músicos de jazz, escritores, editores y un largo etcétera. En resumen, era un lugar donde se reunían individuos de pelo rapado o largo, con o sin barba poblada.

Nos sentamos en una esquina decorada con pintadas fluorescentes en forma de calaveras y monstruos. Pedimos unos vasos con tequila y aperitivos. En este bar solo servían tequila, ginebra, vodka o un brandy barato.

—Soy originario de Fukushima. Mi padre era un funcionario de bajo rango de la oficina regional —dijo el joven Hirata mientras sorbía la bebida—. Falleció cuando yo tenía trece años y, desde entonces, me crio mi madre, ella sola. En secundaria soñaba con ser arquitecto, llegué a intentar el examen de ingreso de una escuela de bachillerato enfocada en estudios relacionados con la construcción, pero suspendí. No tuve otro remedio que asistir a una escuela nocturna mientras trabajaba de día.

Era una narración que me daba la sensación de haber oído antes. ¿Será que todas las anécdotas sobre jóvenes que pasan dificultades se parecen en algo? Aun así, la historia del joven Hirata me sonaba demasiado.

—Durante cuatro años, me lamenté constantemente por haberme alejado del camino del arquitecto, tanto que llegué a llenar treinta cuadernos con dibujos de edificios. A medida que pasaba el tiempo, empecé a pensar que se me daba mejor el dibujo en sí mismo.

—¿Por eso decidiste tratar de entrar a la Universidad de Bellas Artes?

—Efectivamente. Pero suspendí el examen de acceso dos veces. Si vuelvo a fallar en la primavera del año que viene, solo me quedará realizar trabajos físicos —dijo con una voz débil, tratando de aguantar las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—¿Vives cerca de Ikebukuro?

—Hace tiempo que me echaron de mi apartamento por impago del alquiler. Con el poco dinero que gano dibujando retratos a veces me alojo en una posada.

—Y, ¿cuando no ganas dinero qué haces?

—Recurro a un alojamiento de socorro en el que se alojan personas procedentes del sudeste asiático. Algunos vinieron de Oriente Medio para ganar dinero. Otras veces, duermo en la entrada de la estación de Ikebukuro.

Fruncí el rostro. Soy bastante sensible a este tipo de historias. Cuanto era estudiante universitario, me gastaba el dinero que me enviaban para consagrar mi vida al alcohol y la lectura; es por ello que ahora sentí un profundo deseo de ayudar.

«Dejaré algo de dinero, lo suficiente como para no herir el orgullo del joven. En cuanto pague la cuenta... me iré». Pensando en ello, fingí mirar mi reloj, tratando de sacar un tema de conversación.

—Bueno...

En el mismo momento en que empecé a hablar, se empezaron a escuchar unas risas estruendosas, procedentes del cubículo que había a mis espaldas. A continuación, se empezó a oír una conversación en varios idiomas: japonés, inglés, incluso alguna palabra que parecía proceder de Oriente Medio.

—Salud.

—*Cheers.*

—*Salam.*

Al fijarme, me percaté de que eran unos jóvenes actores de teatro, clientes habituales de este establecimiento. Estaban brindando junto a otros jóvenes que parecían iraníes o iraquíes.

Apoyándose en el respaldo del asiento, Hirata se dio la vuelta, exhibiendo una expresión de molestia. Claramente, menosprecia a aquellos extranjeros que estaban a sus espaldas.

—La verdad es que Ikebukuro está lleno de basura —dijo en voz alta, volviéndose hacia mí; dio un sorbo al vaso de tequila y siguió hablando—. Aún tolero a los coreanos y los chinos, pero los tailandeses, vietnamitas, camboyanos, filipinos, indios, iraníes, iraquíes... cuando los veo es que no lo aguanto...

—Oye, eso es racista —lo intenté calmar, pero Hirata siguió hablando.

—Ellos vienen a Japón y se quedan con los trabajos que deberían ser para los estudiantes, llevándose a su país nuestros preciados yenes. ¡Y no solo eso! También ponen sus sucias manos sobre nuestras mujeres japonesas y mancillan la sangre pura del pueblo Yamato.

—Para. Te estás poniendo paranoico.

Pero Hirata no hizo sino alzar aún más la voz.

—Los esclavos hacen su trabajo por un salario bajo, pero... ¿por qué es así? Los esclavos son pueblos que, desde sus orígenes, nacieron para ello. Son razas inferiores que solo sirven para hacer trabajos inferiores.

—He dicho que pares. Todo el mundo está mirando.

Mi advertencia no era exagerada. Desde hacía un buen rato, todos en el Venus, desde los clientes hasta el dueño y las camareras, nos estaban mirando. Aun con ello Hirata siguió proclamando a voces su discurso.

—El racismo es una ideología. Las personas vulnerables dirán que es algo malo, pero los fuertes lo saben: ¡el racismo es la única opción válida!

—¡Cierra el pico! —se escuchó gritar desde el cubículo de atrás.

—¿Tú quién te crees que eres?

—¡Si tanto odias a los iraníes vete de aquí!

En mis adentros, les di la razón.

—Estás borracho. Venga, vayámonos de aquí —le sugerí a Hirata.

Hirata le dio un gran sorbo al tequila, como dando a entender que quería seguir con su proclama, pero se levantó dando tumbos tras escuchar mis recomendaciones. Caisi nos echan a patadas del local.

Le di mi tarjeta de presentación antes de despedirnos, diciéndole que me llamase si pasaba algo.

Es muy probable que yo también estuviese muy borracho; y es que, al día siguiente, volví a mi trabajo habitual, olvidándome por completo de Hirata.

-II-

Tres meses después de que aquello sucediese y estando en el trabajo, recibí una llamada de Hirata.

—Ha pasado mucho tiempo. El otro día estaba leyendo *Lemuria* y me llevé una sorpresa. ¡Así que es cierto que usted es escritor! —dijo Hirata.

«Lemuria» era el nombre de una revista sobre ocultismo y terror que había publicado varias de mis obras. Al parecer, se había apresurado a llamarme tras verla en una librería y encontrar en ella mi nombre.

—¿Qué estás haciendo ahora? —pregunté, tras recordar el nombre del joven.

—Dejé completamente de lado la Universidad de Bellas Artes. Actualmente, dedico mis días a meditar.

—¿Meditar?

—Exacto. Aunque lo hago para encontrarme a mí mismo... he empezado a entenderlo. Ya no soy el mismo que hace tres meses. Si le interesa, ¿Podríamos volver a encontrarnos?

Aunque la idea no me entusiasmaba, decidí reunirme nuevamente con Hirata. Las noticias de ese día solo hablaban del caos en el partido gobernante, un iraní que había asesinado a una mujer, despidos masivos en las empresas y una recesión económica cada vez más grave... todo eran titulares deprimentes. Pensé que, si al menos me encontraba con alguien extraño ese día, tal vez lograría cambiar un poco mi ánimo.

-III-

La cafetería que eligió Hirata estaba a unos cinco minutos de la entrada oeste de Ikebukuro. Un local de interior lujoso en la vía principal no era un lugar al que un artista novato pudiera ir, y menos cuando un café cuesta 1000 yenes.

Cuando, dudando, pasé al interior, Hirata alzó la mano desde un cubículo que se encontraba al fondo del local. Había cambiado mucho en estos tres meses. Su pelo, antes bastante largo, había sido recortado y peinado hacia un lado, dejando caer un flequillo. Ya no vestía con aquella camisa de algodón ni con la boina, sino con una chaqueta vieja pero limpia, unos pantalones de vestir, una camisa y una bonita corbata.

—Has cambiado mucho —le dije, con un tono de elogio que encerraba un cierto aire de sorna.

—Mis antiguos compañeros dicen lo mismo. Que el *cabo* ha cambiado.

—¿*Cabo*? Cuando nos conocimos estuviste a punto de decirlo. ¿Ese es tu apodo?

—Desde que era pequeño. Me refería a mí mismo como «cabo», y todos empezaron a llamarme así.

—¿Desde hace tanto? Entiendo. Tu padre fue a la guerra, de ahí lo de cabo... —cuando estaba a media frase, Hirata sacudió la cabeza hacia los lados.

—Mi padre nació en 1975. nunca ha experimentado la guerra. Yo... bueno... aún conservo algunos recuerdos de mi vida pasada. Es ahí donde... en la guerra... recuerdo que me llamaban «cabo».

—Interesante —agarré un cigarro de tabaco y lo coloqué en mi boca; como escritor de temática ocultista, aquello me llamaba la atención.

—Desde que me encontré con usted aquel día me pasaron varias cosas. Me echaron de un refugio para extranjeros sin hogar cuando descubrieron que era japonés, un grupo de chinos me dieron una paliza en un callejón...

—Y, gracias a eso, te has calmado.

Hirata ignoró mis palabras y me enseñó un folleto que sacó del bolsillo de la chaqueta. En él había dibujado una serpiente que se enrosca en una rosacruz y debajo de ello las letras OSW, «Order of Starry Wisdom».

—En esa situación, cuando había tocado fondo y me encontraba en la miseria, ellos fueron quienes me ayudaron. ¿Conoce la OSW?

—Un poco, sí —contesté con desgana.

Se trataba de una nueva secta que había surgido en Chicago, Estados Unidos. Su objetivo era hacer resurgir a un dios del antiguo Egipto, utilizando magia en sus rituales. A los fieles les daban información que prácticamente les lavaba el cerebro y les exigían todos sus ahorros. Tanto en Estados Unidos como en Japón estaban trayendo problemas.

—Pero, no estoy de acuerdo con estas cosas —le digo.

—Tampoco es que yo crea en verdad en ello. Simplemente quería ver si podía encontrar a mi verdadero yo utilizando sus enseñanzas.

—¿Tu verdadero yo?

—Correcto. Lo he estado pensando desde que nos despedimos aquella noche. Un estudiante de artes pobre no es mi verdadero yo. En el pasado yo era un héroe, era llamado cabo por mis compañeros de guerra. No paro de verlo en sueños. Me enfrentaba yo solo a más de una decena de enemigos, atrincherados en un edificio en ruinas, y los hacía prisioneros de guerra.

«¿Será este un nuevo tipo de trastorno?» pensé.

En la década de 1980, se extendió entre los jóvenes de secundaria y bachillerato un trastorno que les hacía pensar que su identidad mundana no era su verdadero yo, sino que, en realidad, eran guerreros elegidos que luchaban por la paz en la tierra, por el orden cósmico, mandando señales a sus compañeros guerreros mediante sueños. Probablemente, Hirata fuese un guerrero que llegó tarde.

—No me cree, ¿verdad? —preguntó Hirata.

—No, sí te creo. Es simplemente que las experiencias paranormales son subjetivas. Dejar conforme a alguien que no cree en esas cosas es difícil. Por supuesto, yo te creo porque soy un escritor de temática ocultista.

—Conque subjetivo... —Hirata soltó esas palabras al mismo tiempo que me miraba con desprecio; pero, enseguida, borró esa expresión para mirarme fijamente— los sacerdotes de la OSW me dijeron que los recuerdos de mi vida pasada son muy precisos. Me enseñaron un método para hacer aún más claros esos recuerdos, un método que dura 60 días. Hoy es el día número 60. Señor A---, ¿podría venir conmigo hasta mi piso y estar presente durante el final del proceso?

—Como escritor, me interesa mucho. Pero ¿ese proceso no consistirá en algo similar al yoga?

—Tiene más que ver con la magia —dijo Hirata tras inspirar aire.

-IV-

El edificio donde vivía Hirata, situado en un barrio en la entrada este de Ikebukuro, era viejo y tenía cuatro plantas. Su casa se encontraba en un semisótano, con un tamaño de unos 13m³, siendo este el único apartamento ocupado del edificio. Hirata explicó que, en medio año, tenían planeado derribar el edificio, de ahí que la renta fuese tan barata, además de que él era el único inquilino.

Al abrir la puerta, se filtró un extraño olor. La pintura al óleo, el incienso y un olor desconocido que causaba un cierto malestar.

—Ruego que me perdone, no he ventilado lo suficiente —se disculpó, invitándome a entrar.

Pese a ser por la tarde, la habitación estaba muy oscura. Lo único remotamente similar a una ventana estaba en un lugar elevado, mirando hacia el este. A través del rugoso cristal, tan solo se veían los pies de los transeúntes que caminaban por la calle.

—Es como cuando en un drama bélico unos guerrilleros se refugian en una trinchera —dije, estremeciéndome.

Las paredes y el techo eran de hormigón, sobre el suelo había una triste alfombra que apenas cubría nada y en los alrededores se amontonaba una serie de libros sobre ocultismo que parecían haber salido de algún basurero, junto a folletos de la OSW y un lienzo al que habían dado la vuelta.

—Así que aún pintas —dije, acercando mi mano derecha a aquel lienzo.

—¡No! —Hirata me detuvo enseguida, pero, al momento, puso la expresión propia de alguien que maldice por haber hecho algo que no debía— No... no quiero que mire, me da vergüenza. Todos son autorretratos, pero... no tengo talento. Ya dejé el dibujo y la arquitectura de lado.

Bufé. Si el autor no quería que lo viese, no podía forzarlo. Retiré mi mano derecha y coloqué la izquierda a la altura de mi cintura.

—Y bien, ¿a qué te dedicas ahora?

—Eso lo sabré en cuanto descubra mi verdadero yo —me contestó, mientras se agachaba.

Le dio la vuelta a la alfombra y reveló un cuadrado mágico, dibujado sobre el concreto con tinta negra.

M I L O N
I R A G O
L A M A L
O G A R I
N O L I M

—Es del Abramelín... —susurré.

El Abramelín es un tipo de magia que, según se dice, fue transmitido en el siglo XV a Abraham de Worms por un mago que vivía a orillas del río Nilo. Muchos han intentado dominar este arte, pero todos acabaron perdiendo la cordura; algunos, incluso, llegaron a quitarse la vida.

—Como cabría de esperar de un escritor de ocultismo, conoce esta técnica. Exacto, este es el cuadrado mágico del Abramelín. Una magia que conoce todo el pasado. Para activarlo...

—¡Detente! ¡Es muy peligroso! Si fallas...

—Me volveré loco o me suicidaré. Conozco los riesgos. Prefiero elegir la locura o la muerte antes de vivir como un estudiante pobre y sin hogar —mientras hablaba, Hirata colocaba unas velas en la esquina del cuadrado y las encendía.

No pude hacer nada en esa situación. Para ser más exactos, pude haberlo parado en cualquier momento; pero, como escritor de ocultismo, quería ver con mis propios ojos la magia Abramelín. Es por ello que decidí no hacer nada. Empecé a observar el ritual que estaba realizando Hirata.

—¡*Shaddai!* ¡*El Chai!*—Hirata gritó unos hechizos dirigiéndose al cuadrado mágico. Más que un grito era como una vibración. Después, puso los brazos sobre el pecho formando una cruz.

*Ángel guardián mío, enséñame,
mi verdadera forma,
mi verdadero nombre.
En nombre de Belial y Asmodeus,
en nombre de Azathoth y Yoth-Tlaggon,*

De repente, la estancia empezó a brillar. Del suelo comenzó a filtrar una neblina blanca que enfriaba el ambiente, enroscándose como si fuese una serpiente. El cuadrado mágico empezó a emitir un resplandor, como una luz de neón que brillaba en la noche.

Abrí los ojos todo lo que pude. El ruido del tráfico que se filtraba desde la ventana a mis espaldas hacía ya rato que se había dejado de escuchar. En lugar de eso, lo que se podía oír eran unos sonidos de pisadas, junto a los lamentos de miles de hombres y mujeres que empezaban a resonar en la lejanía. «Mátalos». «Destiéralos».

Un cristal que se rompe, el llanto de un niño, los llantos de mujeres y ancianos, otra vez un cristal rompiéndose, una risa desagradable, insultos, Las ruedas de un tanque, el sonido de unos bombardeos y el sonido de algo que cae, dando paso a una gran explosión. Sacudí la cabeza mientras todos esos sonidos resonaban, obligándome a fijar la mirada en Hirata.

El delgado cuerpo del joven había sido completamente envuelto por la oscuridad. Donde deberían estar sus ojos, ahora brillaban de forma siniestra dos luces rojas.

—*Estamos presenciando el final de la era de la razón. Las voluntades que comenzaron a caminar por sí solas se han convertido en enfermedades que corroen el cuerpo* —la voz, similar a la de Hirata y, al mismo tiempo, completamente distinta, era profunda, arrogante y segura—. *Se acerca una nueva era, en la que el mundo será comprendido a través de la magia. ¡Será la voluntad, y no el conocimiento, la que guíe el entendimiento!*

Aquellas palabras resonaban como si fueran transmitidas por un viejo micrófono, distorsionadas, pero con una fuerza tan abrumadora que parecía capaz de romperle los tímpanos a cualquiera.

—¡Vale, Hirata! ¡Lo entiendo! ¡Ahora cálmate! —grité, mientras un escalofrío me recorría la espalda; tenía la piel de gallina, pero, al mismo tiempo, no paraba de sudar.

—*Los cielos me han designado como el libertador de la humanidad*

—¡Para! ¡Tienes que parar!

Fue cuando grité. Una luz carmesí empezó a brillar repentinamente en aquella habitación, atravesando el cuerpo de Hirata, que se encontraba de pie, y mostrando los huesos de su cuerpo.

—¡Dije que parases, maldita sea!

Salté hacia Hirata, la ira apoderándose de mí, y lo tumbé en el suelo. Me puse sobre él y le propiné un puñetazo en la mejilla con todas mis fuerzas. Después, me levanté y empecé a borrar las esquinas del cuadrado mágico, frotando el suelo con mis zapatos.

* * *

Para cuando me di cuenta, aquella oscuridad tan densa había desaparecido como si hubiese sido purificada, dejando frente a mí poco más que una simple habitación de hormigón.

—¿Ya está satisfecho? —al escuchar aquella calmada voz me di la vuelta, encontrándome a Hirata de pie, dándole la espalda a la pared y con los brazos cruzados.

—Bu... bueno, lo siento mucho... Te detuve durante el ritual... —me disculpé.

—No pasa nada. Me he dado cuenta de que depender del ocultismo es síntoma de debilidad. También, he descubierto quién soy —las palabras de Hirata eran poderosas y estaban llenas de convicción.

Solo podía observar su rostro en silencio. Aquel joven que estaba de pie frente a mí seguía teniendo una complexión pequeña, pero algo en él lo hacía parecer gigante. Su cara ya no se parecía ni a un ratón ni a una comadreja: ahora se asemejaba más a un lobo o a un águila.

—Señor A---. La próxima vez que nos encontremos, seré una persona mucho más importante —dijo, mientras se daba la vuelta.

—Espera, ¿a dónde vas? ¡Hirata!

Intenté llamarlo, pero él ignoró mis palabras. Salió del semisótano en el que estábamos dando grandes zancadas, como si fuese el caminar de un alienígena.

Me quedé quieto un buen rato en aquella habitación, solo. Fue entonces cuando, poseído por una corazonada, corrí hacia el retrato del cabo que se apoyaba sobre la pared, y le di la vuelta.

Quien estaba ahí retratado no era Hirata. La persona del cuadro era alguien que nació en Austria, que se enfocó en un inicio en ser arquitecto, pero fracasó. Más tarde, para intentar ser estudiante de arte, se mudó a Viena, fracasando de nuevo. Se alistó al ejército en la Primera Guerra Mundial y consiguió la hazaña de tomar él solo a más de diez soldados franceses como rehenes. Empezó a tener contacto con sociedades ocultistas, se involucró con movimientos nacionalistas... y, en 1933 ascendió a lo más alto de la política de Alemania.

El nombre del «cabo» que se convirtió en el líder del Tercer Reich... era Adolf Hitler. Esa era la verdad que tanto buscaba Hirata, la verdad sobre su vida anterior.

-V-

No me he encontrado con Hirata desde entonces. Tampoco ha habido por su parte un intento de ponerse en contacto conmigo. Pero no es tan complicado ver su cara. La ciudad está llena de carteles con su rostro y, si enciendes la televisión, puedes verlo debatiendo de forma acalorada con tertulianos políticos.

El controvertido joven del Partido por el Verdadero Japón. Mientras observo aquel sobrenombre en los carteles, tengo la sensación de que se acerca una terrible pesadilla. La sensación de que, cuando me convoquen a la Sede Principal del Gobierno Imperial Japonés, un pequeño hombre de aspecto frágil me extiende su mano derecha y me diga con una sonrisa:

—Un placer volver a verle, Señor A---. Quiero agradecerle por su apoyo en aquella ocasión. Soy Hirata.

Iblis

Por Ricardo Meyer

Entre perfumes de mirra y humo de oud, una figura se alza en la penumbra... más antigua que el barro, más ardiente que el fuego.



* * *

En ocasiones como esta, comprendes lo que diferencia a un alienado de un maldito. Al fundir mi ser con la oscuridad propia de la noche, puedo sentirme cerca de *La Oscuridad* verdadera. No hay mejor sentimiento que ese, que purga las manchas del maquillaje barato que el Día pone sobre mí... como esquiras de Sol y mirra. No necesito oír música, el vacío tiene su propia sinfonía, una que sigue el compás de las mentes y los corazones que laten en la disformidad. Llevo tiempo, quizá, intentando retratar con mi prosa burda aquello que siento. Ahora, por ejemplo, estoy tratando de hacerlo.

—¿Dices que Moisés fue embaucado por un *ifrit*? —preguntó Silvia, con un tono de confusión que a la vez denotaba desagrado— ¿Qué es exactamente eso? ¿Un demonio?

—Los ifrit son genios de fuego, genios rebeldes que siguieron a Iblis luego de que este se negara a inclinarse ante Adán... —hice una pausa para prender un cigarrillo y, tras dar la primera calada, añadí— pues él decía ser superior, al venir del fuego. Y es que, por contra, toda la creación venía del barro moldeado.

Silvia me miraba, perpleja. Sus ojos iban y venían, exteriorizando lo que parecía el vaivén de unas emociones que oscilaban entre el rechazo y horror.

—¿Estás hablando del Diablo? ¿de Lucifer?

Negué con la cabeza.

—Lucifer es un ángel —dije tajante—; al menos así lo he entendido yo. Y, como tal, los ángeles existen a la par que los genios. Iblis es un genio.

Silvia soltó una risita, jugó con su pelo y añadió:

—Ya entiendo, ¿estás jodiendo con eso del genio de la lámpara? ¡no me asustes así!

La miraba, confundido. ¿Realmente piensa que juego? ¿Realmente la gente puede vivir en este mundo, dejándose deslumbrar vanamente por lo que hay en ciertas partes del mismo?

—No bromeo con lo de los genios de la lámpara, pues estos no necesitan ser aprisionados como lo hizo el Rey Sulayman —dije, mientras lanzaba el cigarrillo sin terminar al suelo, para pisarlo—. Pero veo que eres medio tonta, tal vez tenga que decirlo de una forma que lo entiendas mejor...

Silvia se apretó la tela de la blusa, aferrándose a ella como si estuviera sujetando una parte de su corazón. Parecía que en cualquier momento iba a quebrarse. Casi tartamudeando, dijo:

—¿Qué quieres decir?

—Iblis es conocido por los hombres de fe como Shaitan... no me gusta hacer esta comparación, pero es lo que tu gente conocería como el Satán, el acusador y... adversario.

Retomando la compostura, Silvia se abanica con las manos, como si un sopor o calor la invadiese. Entonces preguntó:

—Explícame nuevamente eso de Moisés.

—Es tan simple como decir que esa zarza ardiente no era Dios. Tan simple como que todos vuestros principios se basan en mentiras.

—¿Pero esos genios que nombras no serían una mentira también? —preguntó, con una curiosidad cada vez más perceptible.

—Los genios y las demás maravillas del mundo existen, con o sin esos dogmas baratos. El fuego siempre ha existido —dije, mientras la tomaba de la mano— es el hombre el que cree que lo descubre, pese a que nunca ha sido así. Él siempre ha estado ahí, pretérito a nuestra existencia... pretérito a todo.

Pese a que pensé que se iría, pero no fue así. La cita transcurrió con tranquilidad, ella pidió una cerveza sencilla. Se sintió extraña, mas no incómoda, al ver que yo ordené un vino.

—¿Qué otras cosas sabes? —preguntó, mientras sujetaba la jarra con las dos manos para dar un sorbo a la cerveza.

—¿Sobre qué? —quise saber.

—Sobre Dios —respondió.

Le di un sorbo al vino. Estaba demasiado dulce.

—¿Qué quieres que te diga de él? —dije, tratando de degustar ese vino tan almibarado como la sangre de Isa.

—No sé... —dio otro sorbo, con mirada inquieta— ¿cuál es su nombre verdadero?

No pude evitar sonreír. Ella notó mi expresión risueña y, sintiéndose cómplice de una travesura, preguntó riendo:

—¿Qué? ¿Qué dije?

—Hay mujeres a las que han lapidado por menos —comenté con naturalidad— el nombre de Dios no se puede pronunciar... es un *misterio*.

—En mi iglesia le decimos «Jehová» —explicó, sonriendo cabizbaja—. Aunque, una vez, un rabino que vino a instruirnos teológicamente se refirió a él de varias formas.

—Verdaderamente... verdaderamente te digo que su nombre no es «Jehová» —sentenció— y verdaderamente... verdaderamente te digo que, aunque es el mismo, lo que es *Él* no se corresponde con aquello que tú crees percibir.

—¿A qué te refieres? —preguntó confundida

—Te refieres al Dios correcto, *al Absoluto correcto*, pero tu concepción de *Él* es limitada... ha sido maquillada por la mentira de *la luz*... Es cierto que su nombre es impronunciable, aunque no sé si esas cuatro letras en hebreo sean las idóneas —hice una pausa— ¿cómo te lo imaginas a *Él*? Dime, dime; quiero escucharlo.

Silvia se peinó sus largos cabellos y se acomodó en el asiento, como si fuera a dar un discurso importante.

—Dios está en su trono... al menos así me lo enseñó mi papá —rio, procediendo a lanzarme una mirada furtiva— él sabe más de Dios que cualquier hombre que haya conocido... al menos eso creo...

Tras una breve pausa, en que pareció perderse en pensamientos, volvió en sí misma y continuó:

—El Trono de Dios se encuentra en lo más alto del cielo, rodeado de querubines y serafines, así como de diferentes ángeles virtuosos. El Trono está hecho de zafiro y un gran resplandor ocupa el lugar donde está el Altísimo... solo con verlo quedarías ciego —su voz denotaba fascinación.

—Parece una descripción... «luminosa» de cómo son realmente las cosas... —dije con semblante reflexivo— quizá es tan válida como la forma en que la percibo yo, solo que no creo que el «trono», como tú lo llamas, esté hecho de zafiro.

—¿De qué está hecho entonces? —preguntó.

—Ni yo lo sé realmente... —dije, riendo y jugando con la copa del vino— quizá del mismo fuego noble del que provienen los genios, aunque lo dudo. Recuerdo un escritor que decía que estaba hecho de la misma materia que los agujeros negros... es un enfoque curioso.

Le di un sorbo a la copa, la miré y la noté pensativa, aunque sonriendo. Su mirada iba y venía de arriba hacia abajo, pero no parecía turbada. Se sentía cómoda conmigo, aunque era evidente que no era yo quien ocupaba sus pensamientos.

—¿Si te interesa tanto Dios porque me buscaste? —pregunté— tengo curiosidad.

Con una expresión de confusión, chistó y dijo:

—¿A qué te refieres?

—Cuando hicimos *match* en la aplicación... yo al menos me interesé por ti, me parecías curiosa, pensé que había cosas que podía mostrarte y, quizá, que tú pudieras mostrarme cosas a mí. No obstante, desde el primer momento solo has estado hablando de lo relacionado con tu Dios. No pareces interesada en mí, pero bueno... quizá se deba a esa vieja confusión por la que algunos han testificado que ejerzo como su representante aquí, entre vosotros.

Silvia abrió los ojos y se quedó estática, una palidez invadió su rostro.

—¿Re... representante? —dijo tartamudeando— ¿eres sacerdote? Digo, sé que sabes mucho y eso, pero...

—No soy su representante —dije tajante— solo son habladurías. No es así.

Silvia encontró alivio en mi respuesta, retomó la compostura y siguió bebiendo su cerveza.

—¿No te atrae nada en lo absoluto de mí? —le pregunté.

Silvia, con cierta incomodidad que denotaba una suerte de culpa, dijo:

—Quizá la sabiduría que tienes... es raro... no había conocido a nadie como tú... pero...

—¿Pero? —pregunté.

Suspiró.

—No sé... —dijo mientras se abanicaba— siento que no debería sentirme así.

—¿Así como?

Me dio un golpecito con la pierna. No pude evitar sentir un cosquilleo. Aun así, aparté mi pierna de la de ella. Inmediatamente tomó otra postura, dio otro suspiro y dijo:

—Instalé esa app porque buscaba algo sencillo, algo rápido, ya sabes... coger y ya, sexo casual sin compromisos... sin embargo, tú eres diferente y, no es que me de miedo herirte, es que siento que eres la clase de persona que una persona elegiría para toda su vida... y no me siento lista para ese compromiso.

Me puse de pie, me acomodé el abrigo y dejé unos billetes con la cifra suficiente para pagar las bebidas.

—Agradezco tu sinceridad —dije— y sí, en efecto. No niego que podrías tener algo pasajero conmigo, pero siempre suelo marcar las vidas de aquellos con quienes *transo*...

Noté cierta tristeza en su semblante, luego añadí:

—Me pareció curioso que en tus *hobbies* pusieras que tocabas la flauta travesera... eso me resulta particularmente atractivo... ¿practicas a diario?

—Ya no tanto como antes... —dijo cabizbaja— pero la flauta es algo a lo que siempre he querido dedicarme.

—Lo tendré en cuenta. Quizá así puedas estar cerca de ese «trono» que tanto adulas y tocarle con tu flauta a *aquel que no debe ser nombrado*... que no es otro que tu Dios —sonriendo, le puse la mano suavemente en la mejilla— estoy seguro de que, con tus melodías, lograrías que siguiera soñando este sueño, que representa la vida para algunos y la existencia para otros.

Noté cierta confusión, pero, finalmente, pareció hacer caso omiso a lo último que dije. Ansiosa, comenzó a tratar de gesticular palabras, poniéndose de pie.

—Yo, yo... —dijo tomándome del brazo.

—¿Qué? —pregunté.

—Nunca he tenido sexo con un negro... mucho menos un negro como tú, que no eres como un africano, sino...

Hizo una pausa, para pasar delicadamente su mano por mi brazo.

—Eres verdaderamente oscuro.

Me acomodé el traje, la miré a los ojos y le dije:

—Aunque quisiera, no puedo complacerte como lo haría un hombre... —dije tajante.

—¿Eres gay o algo? —preguntó riendo.

—No lo soy y, aunque lo fuera, ¿qué problema habría? Conocí a un chico francés que dijo que el amor debía reinventarse... y me pareció un enfoque curioso. Aunque, claro, lo que tu sientes por mí no es amor... tus ojos están en otro.

Se puso de pie lentamente y, tocando las solapas de mi abrigo, dijo:

—Pero... ¿no te gustaría solo complacerme y ya? —sonrió— ¿Aunque sea a tu manera? Eres extraño...

Le tomé la mano con delicadeza.

—Vale, pero no aquí —le dije, para luego besar su mano con suavidad—. A cambio quiero pedirte un favor...

* * *

Tocó su flauta toda la noche para mí, le di ciertas indicaciones para que el placer fuera mutuo y tanto su diestra como su siniestra se adaptaron con facilidad a mis peticiones. Sumida en el trance de sus propias melodías y usando su corazón para marcar los tiempos, penetré en su alma con la delicadeza de una aguja y pude revestir aquellas partes que la luz había dañado, cauterizándolas con el fuego noble de los míos. Tocó la flauta toda la noche, hablamos de lo humano, lo divino y lo profano... y, pese a que podía tocar su corazón, sus ojos seguían posados en aquel carpintero decadente por el que se ha derramado tanto de aquel barro sanguinolento del que los humanos están moldeados, de aquel polvo que yo debo barrer... cenizas de una odiosa hipocresía. Nadie asume sus faltas, el prójimo siempre es culpable. Y, si no es culpable el prójimo, recae sobre mí la culpa, incluso sin que yo haya *susurrado rumores* en sus oídos.

Nuevamente, vuelvo a sentenciar: es en ocasiones como esta cuando comprendes lo que diferencia a un alienado de un maldito. Aquí, en la oscuridad de su habitación, reitero que puedo sentirme cerca de *La Oscuridad* verdadera. Me gusta pensar que esa oscuridad es el fuego negro del que provengo... un fuego que los mortales no conoceréis jamás. He vagado tanto tiempo por este mundo que ya no recuerdo si fue por error o por elección, solo sé que sigo aquí porque me seguís fascinando. Desde cosas tan simples como vuestros debates sobre los problemas de dinero que hay entre las naciones... debates banales, si os paráis a pensar en que el dinero es algo que vosotros mismos ideasteis para regular o, tal vez, corromper vuestra civilización. También me divierte cuando os veo defender ciegamente a líderes nacionales que se dicen de bandos opuestos, pero que no tienen problema para compartir mandil a la hora de limpiar las manchas de sangre y semen que dejan por doquier.

Esta muchacha, Silvia, es excepcional... pensé que me iba a llevar una decepción, pero, cuando el Alba iba a llegar, de forma casi epifánica, emitió un gemido de dulzura solo comparable con los cantos de las hijas de Uzza.

—Hay algo... —dijo suspirando— hay algo más antiguo que el barro que somos... e incluso el fuego del que Satán viene.

Me quedé confundido, pues era incapaz de anticipar su respuesta. Hice un gesto, indicando que procediera, y sentenció, golpeándose en el pecho:

—La oscuridad. Las tinieblas que nos consumirán.

—*Magnum Tenebrosum*... —murmuré, anonadado por algo que para mí era una revelación o un *memento* de algo que había olvidado.

Me despedí de ella, besando sus pies y le prometí que, si por voluntad verdadera, anhelaba conocer a Dios, ella ocuparía un lugar especial en esa Corte que ella llama «Trono»... que la forma en que dominaba la flauta travesera era equiparable a aquellos que ella llama serafines o querubines, dígase ángeles, y que constantemente arrullan al motor del mundo, a ese que no se puede nombrar y cuyo sueño es la existencia misma y, para algunos, la vida.

Si quieres buscarme, me podrás hallar en todos lados... desde en las portadas de discos de tus bandas favoritas hasta en el padre que rompe el himen de su hija menor y luego reza para que el aborto resulte o por no terminar entre rejas, recibiendo por el culo. Allí me escondo, en los escombros del alma del triste, del perdedor... de todos esos que deambulan por los suburbios y por donde sea que haya rastro de humanidad. Si puedes explicarme tus sueños, tus anhelos, tu visión de este mundo que yo aún no logro comprender, yo te iluminaré con mi fuego noble, que te guiará a aquello que tanto anhelas. Y es que, de todas formas, eres una criatura de barro, destinada a terminar siendo eso y mucho menos... no así yo, que vengo del fuego, cuyas cenizas son valiosas rupias de jaspe. Mientras que el polvo que quedará de tu barro es algo que no valdrá ni para alimentar a los más repugnantes gusanos y que nunca volverá a resurgir, mi llama siempre arderá... al menos hasta que, por fin, la Muerte pueda morir... hasta que las tinieblas nos consuman.

La naná de Por Yuke Kabula Nox-Caeli

*En las cumbres donde se
entrelazan la carne y el
firmamento, la canción aún
se escucha... y quienes la
siguen ya no vuelven siendo
humanos.*



* * *

Todo el mundo quedó conmocionado al ver el estado en que el guardia civil y antropólogo Luis Andrés Salazar regresaba de su misión de rescate en la montaña. Había partido junto a un equipo de emergencia en helicóptero hacia una zona remota de la cordillera leonesa, en busca de un grupo de alpinistas extraviados. Nadie esperaba que reapareciera semanas después, caminando solo por la carretera que bordea el Puerto del Pontón, envuelto en una manta hecha jirones y con la mirada extraviada.

Del helicóptero siniestrado no se encontró ni rastro. Tampoco de los miembros del equipo de rescate o de los montañistas desaparecidos. Algunos creyeron que Salazar había sobrevivido al impacto y, de algún modo, había logrado descender por sí mismo desde las alturas. Pero, quienes lo recibieron supieron de inmediato que algo más había ocurrido: la chispa vital se había ido de sus ojos, ahora de mirada perdida y actitud melancólica, y que había vuelto alarmantemente delgado. Tarareaba una extraña canción, cuyos tonos, aunque disonantes, resultaban de algún modo agradables al oído.

Cabe decir que, pese a todo, hubo quien vivió aquello con un cierto alivio, pues se había perdido su señal hacía tanto tiempo que se les había dado ya a todos por muertos. Los familiares de los alpinistas y rescatistas extraviados se abalanzaron sobre Salazar, tratando

de sonsacarle alguna revelación sobre el sino de sus parientes. Sin embargo, tan solo recibieron respuestas evasivas y aseveraciones enigmáticas.

Hablaba de «las cumbres donde se funden las aguas del cielo y de la tierra» de unos «hombres que, como Ícaro, se abrasaron por acercarse demasiado a la verdad» y de la «canción de la Reina sin rostro». Decía que habían descubierto un viejo pecado, la ruptura de un tabú en nombre de alguna empresa desconocida. Algo o alguien había cometido un error; y ellos, años después, habían pagado las consecuencias.

En un momento de extraña lucidez, Salazar pidió que lo internaran en un sanatorio. Lo que no parecía tan lúcido eran las dos condiciones que puso: la primera, que estuviese lejos de aquellas montañas; la segunda, que cubriesen todas las ventanas. O, al menos, que lo hiciesen al caer la noche, el momento en que «se juntan las aguas superiores e inferiores y la barca dorada naufraga en las costas del inframundo».

Pese a que al inició hubo algunas reticencias, algunas de ellas por parte de familia y amigos del implicado, finalmente se accedió al traslado de Salazar a un centro psiquiátrico del páramo leonés, donde no se vislumbraban las siluetas montañosas ni se respiraba el aire gélido de la alta cota. Aunque en un primer momento se consideró la posibilidad de internarlo en una estancia subterránea y sin ventanas, el especialista que valoró el caso, un psicólogo conocido como Manuel Álvarez Mencía, consideró que la privación de luz solar podría ser contraproducente para la salud física y psicológica del veterano guardia civil. Es por ello que, para satisfacer los deseos del hombre, se optó por una habitación con pequeñas ventanas y gruesas persianas, que deberían bajarse en el mismo momento en que comenzase a ponerse el sol.

Tras ser confinado en la estancia, Salazar pidió un cuadernillo y un bolígrafo o lápiz con el que escribir. Temerosos de entregarle un objeto punzante con el que se pudiera lesionar, optaron por darle unas ceras de colores. Tal como habría hecho un niño, Salazar se dejó caer sobre el suelo para comenzar a pintar formas extrañas en el cuaderno. Álvarez Mencía pidió permiso para ver al final del día lo que hubiera dibujado, ante lo cual Salazar no mostró ninguna clase de reticencia.

—Tan solo espero que reflexiones bien antes de saltar a conclusiones —dijo Salazar, con una sensatez impropia de un mero demente—. Y que no dejes que tus interpretaciones y discernimientos lleguen a oídos de la prensa sensacionalista.

El psicólogo asintió, incómodo, y se retiró con el cuaderno al anochecer. Aquella primera noche no logró dormir, absorto como estaba con el estudio de las sinuosas formas que el guardia había realizado en el cuaderno. A simple vista, fue incapaz de identificar ningún patrón claro en aquellas coloridas abstracciones, es por ello que, a la mañana siguiente, le devolvió a Salazar el cuaderno sin haber realizado ninguna clase de hallazgo notable.

Tuvieron que pasar varios días hasta que, finalmente, Álvarez logró ver algo en claro. Había una serie de figuras que parecían repetirse con una cierta insistencia, como si, a través de ellas, Salazar tratase de comunicar algo que no se atrevía a poner en palabras. Finalmente, y tras revisar varias veces el conjunto, una nueva sospecha se formó en su mente: aquello no eran trazos arbitrarios, sino que parecían agruparse formando alguna clase de lenguaje pictográfico, que guardaba una cierta similitud con ciertas lenguas muertas del Mediterráneo oriental o con la caligrafía de los Manuscritos Pnakóticos, cuya autenticidad es todavía objeto de debate.

En vista a esto, consultó nuevamente con Salazar, quien, sonriendo, le dijo que había dado en el clavo. Álvarez quiso saber el significado de todo aquello, ante lo cual el interno se limitó a decir que la clave de interpretación eran los estudios de Giordano Vitale y Laurent-Henri Leborgne.

Álvarez Mencía, intrigado por la mención de aquellos conocidos estudiosos de lo esotérico y de los misterios prerromanos, se sumergió durante días en la lectura frenética de sus trabajos. Pronto descubrió que ambos investigadores compartían teorías desacreditadas por la academia, muchas de ellas en torno a una civilización lunar y una escritura referida como la «lengua de los obeliscos». El psicólogo sonrió al comprender lo que Salazar había implicado con su anterior insinuación: que el lenguaje de sus dibujos no era producto de la demencia, sino una reconstrucción deliberada de un sistema ancestral de comunicación, perdido desde los tiempos de los mitos. Lo que tenía frente a sí no era el delirio de un demente, sino una confesión cifrada en el eco de una lengua olvidada.

Impulsado por esta revelación, Álvarez Mencía comenzó a transcribir cada pictograma, cotejándolos con los escasos fragmentos de aquel lenguaje conservados en las obras de Vitale y Leborgne. Pronto se dio cuenta de que lo que aquel supuesto loco había estado escribiendo incansablemente era una especie de crónica. Informó a Salazar de su descubrimiento y le preguntó si el escrito estaba ya acabado.

—Dame un día más —respondió Salazar—, y no hagas públicos los contenidos hasta que yo ya no esté aquí. Pero, cuando eso suceda, asegúrate de que lleguen a buenas manos.

Álvarez Mencía aceptó, no sin un creciente sentimiento de inquietud. Algo en el tono de Salazar, más que en sus palabras, dejaba entrever un final inminente. Durante el día siguiente, el guardia civil estuvo trabajando en su peculiar cuaderno a un ritmo frenético, garabateando aquellos signos incomprensibles para el común de los mortales. Una vez que concluyó, hizo llamar a Álvarez y le entregó el cuaderno.

Tras esto, la actitud de Salazar cambió. Tomó un aire melancólico, sentándose largas horas frente a la ventana, mirando sin expresión al horizonte. Apenas hablaba y prácticamente le tenían que obligar a comer. Mientras tanto, Álvarez trabajaba frenéticamente en la traducción, convencido de que en aquel extraño testamento debían encontrarse la causa y la naturaleza de la singular dolencia que afectaba al guardia. Sin embargo, lejos de esclarecer, cada nuevo párrafo parecía traer consigo nuevos interrogantes. Innumerables fragmentos hubo de traducirlos en base al contexto, no pudiendo confirmar si su interpretación era correcta. Y es que, aunque trató de consultarlo con Salazar, este guardaba un silencio sepulcral. Era como si estuviera en trance, como si estuviera muerto en vida.

Fue solo una semana después de la entrega definitiva del cuaderno cuando ocurrió lo inevitable. Tuvo lugar una noche de tormenta, en que los fuertes vientos se arremolinaban junto al sanatorio. Un golpe seco y el sonido de cristales rotos alarmó al personal, que corrió hacia la habitación de Salazar para toparse con una macabra sorpresa: el cuerpo del guardia civil yacía en el suelo, con el abdomen hundido y las mandíbulas abiertas y completamente desencajadas. De su boca salía un rastro de baba legamosa que conducía hacia la ventana, completamente destrozada y con las persianas arrancadas. Lo más inquietante es que la tempestad pareció remitir en el acto, dejando a la vista un apacible paisaje nocturno al que la luna observaba como un gigantesco ojo lechoso.

Cuando los forenses analizaron el cuerpo, destacaron el hecho de que tenía cerca de un setenta por ciento de sus órganos internos destrozados. Como si algo hubiera salido de lo más profundo de sus entrañas, arrasando con todo lo que encontraba a su paso. Los días posteriores fueron un desfile de silencio, superstición y especulación. El sanatorio fue sellado temporalmente, y algunos miembros del personal solicitaron la baja por ansiedad o se negaron a volver a entrar en la habitación 14-B, donde había ocurrido la tragedia. En medio

de aquella irreal situación, tan solo quedó una prueba relevante, un último testimonio dejado por el fallecido: aquel críptico cuaderno que su psicólogo había estado descifrando. Siguiendo la última voluntad del difunto, el escrito y su traducción fueron puestas en manos del inspector Esteban Viloría, con el cual Álvarez Mencía ya había compartido alguna que otra experiencia inverosímil.

Dado lo antinatural del caso, no quedó más remedio que descartar el homicidio y archivarlo rápidamente, haciendo constar la muerte como consecuencia de alguna clase de infección parasitaria por parte de alguna criatura no identificada. Sin embargo, entre aquellos que accedieron a la críptica crónica de Salazar, intuyen que la verdad detrás del caso es bastante más compleja.

* * *

Primero de nada, declaro que me encuentro en pleno uso de mis facultades, y que he decidido encriptar de este modo mi declaración con el fin de protegerla de los ojos curiosos de mis celadores. Sé bien que podría haber evitado la necesidad de recurrir a esto si, ya desde un primer momento, no hubiera pedido ser internado, pero deseaba prolongar esta existencia algo más. De haber permanecido en mi hogar, ya habrían precipitado mi desenlace, mi transición. Y es que ya apenas siento mi piel como mía y mis semejantes me resultan algo ajeno, extraño y repulsivo.

Puede que lo que se retuerce y sacude sea mi verdadero yo, despertado de su letargo por una llamada atávica. Tal vez se ha roto para mí aquello a lo que se refieren los orientales con la metáfora de la rueda del Samsara, he escapado finalmente de la condena de esta carne y voy a ascender a una existencia superior. No lo sé. Solo sé que otro cuerpo se retuerce bajo mi vientre. No como un retoño dispuesto a ser alumbrado, sino como un gusano dentro de la crisálida. ¿Desgarraré mi carne y abriré las alas? ¿Volaré hacia el hogar eterno, siguiendo el cántico inefable de la Reina sin rostro, madre de la noche eterna? *¡Iä! ¡Nott-ogh naflfhtagn!*

Sea como fuere, cuando alzamos el vuelo aquel día nada apuntaba a que fuese a suceder algo fuera de lo normal. El piloto, un veterano de rescates en alta montaña, iba concentrado en las condiciones climáticas. Todos íbamos abrigados, alerta, atentos a las señales que nos indicaran la posible ubicación del grupo extraviado. Yo llevaba mi cuaderno de notas y una cámara térmica, con la esperanza de documentar lo que sería una misión exitosa. Daríamos

con los alpinistas, vivos o muertos, y regresaríamos con la tranquilidad de conciencia de aquel que ha cumplido con su deber. volveríamos a nuestras moradas, abrazaríamos a nuestras esposas y todo continuaría con la apacible monotonía que brinda la rutina.

Sobrevolamos la cuenca minera y pasamos por encima de las azules aguas de Riaño, con dirección a los Picos de Europa. Aquella zona siempre me ha resultado peculiar en cuanto a su toponimia, con numerosas referencias a lo infernal y lo ominoso: «Caín de Valdeón», «Vía Amistad con el Diablo», «Fuente del Infierno»... nunca me había detenido a pensar demasiado en eso, pero viéndolo en retrospectiva, puede que esos nombres fuesen una advertencia de la oscuridad atávica e inefable que, oculta entre hayedos y gargantas montañosas, ha logrado sobrevivir al paso de los eones.

Algo de esa tiniebla imperecedera debió alcanzarnos aquel día, con una sutileza que fue abandonando lenta pero inexorablemente. Nuestro piloto, Jorge, era un joven de aguda intuición, particularmente sensible a las energías. Solíamos tomárnoslo a broma, aunque en el fondo, siempre habíamos sabido que había en él algo especial. Pasaba largas horas admirando la naturaleza y parecía tener un extraño magnetismo con los animales, que acudían a él como si ejerciera un extraño influjo sobre ellos.

Aquel día, algo comenzó a hacerle sentirse mareado. Una presión inexplicable, semejante a la sensación de que algo o alguien le estuviera oprimiendo la cabeza. En un primer momento fue algo lo suficientemente sutil como para que le diera importancia, aunque la sensación fue aumentando. Nos contó lo que pasaba, aunque también nos aseguró que estaba bien y que aquello no debería interferir con la operación. Decidimos hacerle caso, ya que siempre lo habíamos tenido por un chico sensato. No obstante, lo que sucedió después disipó cualquier ilusión de normalidad.

Sobrevolábamos una estrecha garganta montañosa cuando el chico comenzó murmurar algo. Decía escuchar una canción, unos cantos de sirena procedentes de algún punto indeterminado del desfiladero. Le preguntamos de qué hablaba, pero se limitaba a farfullar cosas sin sentido. En su rostro se dibujó una sonrisa atolondrada y su mirada se perdió en el horizonte.

Como es natural, aquel inexplicable episodio de demencia hizo que todo se precipitara. Nos fue imposible reaccionar a tiempo cuando, sin previo aviso, el piloto soltó sus manos del volante y perdimos completamente el control del vehículo. Su risa histérica fue apagada por

el ruido de la colisión y por el sonido de los cristales al estallar. Salí despedido por el impacto, aterrizando en un saliente y rodando sobre unas zarzas que, aunque me ayudaron a amortiguar el impacto, lo hicieron a cambio de clavarse en mi piel como la corona de espinas de un Nazareno.

Después, una explosión. Una pálida claridad lo envolvió todo, para después dar paso al carmesí del fuego y el gris ceniciento del humo. No sé exactamente cuánto tiempo pasé allí tendido. Me pitaban los oídos y sentía un desagradable sabor metálico en la boca. Cada uno de mis movimientos hacía que las púas de los espinos lacerasen despiadadamente mi magullada carne, levantarme de allí me supuso un esfuerzo hercúleo.

Cuando logré finalmente ponerme en pie, tan sólo logré percibir a mi alrededor una espesa cortina de humo y el olor dulzón de carne quemada. Agradecí no haberme quedado dormido, pues habría sido fatal. Venciendo a la dificultad respiratoria y a la escasa visibilidad, me acerqué a la fuente de la humareda, hallando, como si de un inmenso cadáver se tratase, los restos aún ardientes del helicóptero. No había ni rastro de los cuerpos de mis compañeros, aunque, prestando atención, pude distinguir en el suelo marcas de huellas.

Fue entonces cuando la escuché por primera vez, apagada y reverberante, como si llegase hasta mis oídos desde el fondo de alguna fosa marina. Una canción, una llamada apremiante. Alcé la vista, tratando de hallar la fuente. Y, en medio del humo, creí discernir algo... una figura oscura, inmensa y desdibujada. Poco a poco pareció comenzar a ganar consistencia, momento en que me di cuenta de que aquella impresión se debía a que se estaba acercando a mí.

Sentí un impulso irrefrenable de huir: la pulsión atávica de una presa al enfrentarse a su depredador. Sin saber exactamente hacia dónde, eché a correr, luchando por mantener el equilibrio y tratando de no caer por el acantilado. Sentí como si algo o alguien me agarrara de los hombros y tirase de mí hacia atrás, pero logré forcejear y liberarme de su tenaza. De lo que no logré escapar fue de ese susurro, tierno y sugerente, que se asentó en el interior de mis oídos. Traté de ignorarlo como mejor pude y, cuando quise darme cuenta, ya había dejado atrás finalmente aquella niebla tóxica. De mi perseguidor no había ni rastro; o, al menos, no había un rastro tangible. Y digo esto porque, de algún modo, podía sentir aún su presencia, acechándome, envolviéndome. Era una sensación extraña... me aterraba y, al mismo tiempo, me hacía experimentar una extraña calidez.

Me sacudí aquellos pensamientos y miré a mi alrededor. Me costaba saber exactamente dónde había ido a parar, así que tomé mi teléfono móvil e intenté consultar mi ubicación. Sin embargo, pronto me topé con una realidad tristemente común en estas zonas de la España vaciada: que no hay en ellas ni un mínimo de cobertura. Me llevé la mano al bolsillo en que solía llevar el walkie-talkie, pero descubrí que, por culpa de la colisión del helicóptero, debía haber salido disparado hacia quién sabe dónde. O eso, o lo había perdido durante la persecución. Sea como fuere, la realidad era que estaba completamente incomunicado.

Lo primero que hice fue tratar de respirar profundamente, intentando que desapareciese la incómoda presión que se me había formado en el pecho. Sentía todos y cada uno de mis músculos en tensión, la rigidez de mis cervicales me estaba causando un cierto mareo. Por mucho que lo intentase, no lograba relajarme. Decidí intentar ir un paso más allá, tratando de racionalizar lo que había pasado. Lo de Jorge, el piloto, sin duda había sido un brote esquizofrénico. Para poder justificarlo, me aferré a la idea de que su aparente sensibilidad no era más que una enfermedad mental sin diagnosticar. En cuanto a todo lo que viví después, no podía ser otra cosa que una alucinación provocada por la inhalación de gases tóxicos.

El problema era aquella voz... aquel murmullo que se había apostado dentro de mi cabeza. Una canción. *Tekeli-li... Nott-ogh naflfhtagn...* No logré calmarme del todo. Era imposible. Mi corazón latía a mil por hora. La llamada se volvía más imperiosa.

A escasos metros de mí, se abría entre las rocas un pequeño y frondoso desfiladero. Aunque el sentido común me decía que lo más prudente era mantenerme lo más cerca posible del lugar de la colisión, facilitando así mi rescate, algo dentro de mí me instaba a seguir adelante. Sentía que tenía un propósito, aunque ya no estaba seguro de si era dar con los senderistas perdidos o uno completamente distinto.

No sabría decir cuánto caminé, pero terminé encontrándome con algo que parecía completamente fuera de lugar: una gigantesca puerta metálica, cubierta de óxido y musgo. No estaba del todo cerrada; quedaba una abertura lo bastante amplia como para que una persona pudiera atravesarla. Al alzar la vista, pude distinguir una inscripción en latín: «*Ex tenebris ad caelum per reginam sine vultu*».

Sin pensármelo dos veces, como movido por una fuerza invisible, pasé adentro. Una vez que mis ojos se acostumbraron a la tiniebla, pude percatarme de que me encontraba en alguna clase de almacén. Estaba repleto de jaulas, aunque llamaba el hecho de que estaban todas

abiertas. O, mejor dicho, habían sido forzadas. En la parte superior de las mismas había alguna clase de siglado que, sin duda, habría servido para identificar y catalogar sus contenidos.

Al moverme por la nave, pronto captó mi atención un contenedor sorprendentemente intacto. De él rezumaba un hedor penetrante, una mezcla entre el olor de la descomposición y el de algún producto químico. Me acerqué, intrigado, pero lo que vi no consiguió despejar ninguna de mis dudas. Y es que dentro no había ser vivo alguno, tan solo una masa negra y protoplasmática. Lo que más me descolocaba era esa peste a carne podrida, que me llevaba a pensar en que aquella cosa en algún momento había sido un ser vivo... ¿qué o quién podría haberlo dejado en semejante estado?

Escuché un ruido que me hizo sobresaltar. Un golpe seco, como si alguien hubiese chocado con una de las jaulas. Traté de discernir qué había sido, pero tan solo alcancé a identificar una silueta fugaz. Por la complexión y el tamaño parecía humana... ¿era tal vez uno de mis compañeros? ¿O uno de los alpinistas extraviados?

Me aproximé, avanzando cuidadosamente entre las jaulas y prestando atención a cualquier otro sonido anómalo. Cuando, finalmente, alcancé el lugar, ya no había nadie. Tan solo quedaba un rastro, unas huellas manchadas de la misma sustancia negra que había visto hacía apenas unos instantes.

No pude evitar la pulsión de seguirlo. Me condujo hasta una puerta ligeramente entornada, cuyas bisagras habían sido completamente tomadas por el óxido. Al empujarla, emitió un crujido tan estridente que habría despertado hasta a un muerto. Me sobresalté cuando una luz automática pareció activarse con mi presencia, alumbrando toda la estancia y confirmándome que la instalación eléctrica del lugar aún funcionaba. El abandono del lugar debía haber sido reciente y, muy posiblemente, precipitado.

Gracias a la claridad que brindaba aquel alumbrado artificial, pude discernir que me encontraba en lo que parecían unas instalaciones médicas. En concreto, en una pequeña y claustrofóbica sala de operaciones que, en vista del instrumental que disponía, bien podría haber sido una sala de tortura. Y es que, entre bisturíes e hilos de sutura, podían distinguirse artefactos como tenazas, cadenas y serruchos oxidados, así como otros tantos que prefiero abstenerme de mencionar. El rastro negruzco pasaba a través de la estancia, cruzando un segundo umbral. Seguí adelante, tratando de no darle muchas vueltas a aquello, pero también

de ignorar las voces en mi cabeza. Pero la canción parecía volverse frenética por momentos. Ya no podía escapar de ella. Como un aire húmedo y frío, ya había traspasado mi carne y penetrado hasta mis huesos.

Pasé a la siguiente sala, introduciéndome en lo que parecía un despacho, con una mesa atestada de documentos. Bueno, decir que era la mesa la que estaba llena es quedarse corto, y es que los papeles se desparramaban incluso sobre el suelo. Me aproximé a la mesa y, mecánicamente, tomé en mis manos un pequeño dossier. Por qué tomé ese y no otro no puedo decirlo, creo que ni siquiera tenía un control real de mis acciones. Y es que, si lo hubiera tenido, sin duda habría salido ya de allí. Había alguien más en la sala. Alguien que, entre estertores, trataba de implorar ayuda. Me observaba desde la pared, tratando de aferrarse a la poca humanidad que le quedaba. Me llamó por mi nombre, pero yo no podía prestarle atención. Era como si en el mundo tan solo existiésemos yo y ese dossier.

—Ábrelo —me ordenó una voz aterciopelada—. No cierres tus ojos a la verdad.

Quien habló no fue el otro que estaba en la sala. No. Aquella voz me llegó de lo más profundo de mi conciencia, como si le estuvieran hablando directamente a mi cerebro. O como si me estuvieran hablando desde mi cerebro.

Al desplegar las cubiertas del documento, una pequeña nube de polvo se abalanzó contra mi rostro. Ni siquiera estornudé, ni se me cerraron los ojos: era como si mi cuerpo hubiese dejado de responder a los estímulos externos. Me aterró la idea, pero, al mismo tiempo, estaba tranquilo. Parecía que mi psique se estuviera fragmentando.

La primera página rezaba «CONFIDENCIAL», escrito en unas letras grandes y rojas. «Un texto escrito en sangre». Sé perfectamente que era tinta, pero, aun con ello, fui incapaz de quitarme aquella imagen de la mente. Pasé las páginas y me topé con un lenguaje técnico pero comprensible. Lo que sí dificultaba el entendimiento del texto era la cantidad de referencias crípticas que parecía encerrar.

* * *

«22 de junio de 2024.

» Tal como nos indicó Lord Von Tempest, encontramos la emanación de la Reina de la Noche no muy lejos de aquí, dentro del pequeño Llagu Bajero. Parecía una masa negra, informe, que se alzaba hacia el cielo nocturno como la cariátide de un templo. Nos acercamos

a ella, con una mezcla de temor y respeto, preparados con el instrumental pertinente para tomar muestras. Ella lo permitió, sé que lo hizo. Sin duda conoce nuestros corazones mejor que nosotros mismos, es por eso que nos dejó hacerlo. Clavamos el escalpelo en una pústula verdosa y recogimos en varios matraces muestras de fluidos.

» Tras asegurarnos de tener suficiente cantidad, nos alejamos lentamente. Ella no pareció inmutarse, aunque, ¿por qué habría de reaccionar una divinidad a los devaneos de los hombres? Equipados con nuestro instrumental, regresamos a Nox-Caeli.

» En el momento actual, la emanación ya no es visible. Ha desaparecido del Llagu Bajero igual que apareció. Sin duda tomamos la decisión correcta siguiendo las indicaciones de Von Tempest.»

* * *

«23 de junio de 2024.

» Decidimos comenzar con las pruebas casi en el acto.

» La sustancia extraída de la pústula de la Reina de la Noche se mantuvo estable durante el traslado, aunque una tenue luminosidad verdosa, visible solo en oscuridad total, comenzó a intensificarse al contacto con ciertos materiales metálicos del laboratorio. Es una masa viscosa, densa, de color negro absoluto salvo por las suaves iridiscencias esmeralda que brotan desde su interior, como si algo vivo intentase respirar bajo una piel mineral.

» En condiciones de microscopía y espectroscopia, la composición resultó desconcertante: una matriz coloidal de mucopolisacáridos sulfonados alojando microcristales de sulfato cálcico hidratado, virtualmente idéntico a la selenita terrestre, dispersos en patrones que parecen obedecer a una forma de organización interna, casi como si la sustancia "recordara" haber estado viva.

» Pero lo más notable es la presencia de elementos traza de europio y terbio, en complejos quelados con proteínas fluorescentes desconocidas. Esto explicaría la luminiscencia verdosa, que se activa bajo radiación ultravioleta o al aplicar una presión puntual. En su mundo natal, esta propiedad podría tener funciones defensivas o de señalización bioquímica. Aquí, simplemente parece... observarnos.

» La masa posee una viscosidad no newtoniana: fluye con lentitud si no se la perturba, pero reacciona con brusquedad cuando se la manipula, como si "recordase" agresiones. No

hemos observado replicación ni actividad metabólica clara, pero hay indicios de autoorganización en la superficie cuando se expone al calor suave.

» Sospechamos que esta sustancia, a la que hemos dado el nombre provisional de “geloselenita protoplasmática”, no es un mero exudado. Más bien parece una extensión, una secreción semiconsciente, quizás un mecanismo excretor o comunicacional de la Reina de la Noche. El hecho de que nos haya permitido tomar la muestra no puede desligarse del comportamiento posterior del fluido: desde que lo aislamos, la masa ha comenzado a cambiar. Lentamente, sí, pero no al azar.»

* * *

«24 de junio de 2024.

» Durante la noche, mientras la geloselenita protoplasmática reposaba en su contenedor especial, ocurrió algo inesperado. Una pequeña sección de la masa comenzó a fragmentarse espontáneamente, liberando diminutas esferas negras con una superficie viscosa similar pero aún más luminiscente, como si fueran células independientes.

» Al observarlas al microscopio, notamos que estos “retoños” no solo mantenían la composición organo-mineral del fluido original, sino que mostraban una capacidad limitada para reorganizar su estructura, adaptándose a estímulos externos como cambios en temperatura, presión y radiación ultravioleta.

» Esto llevó a la hipótesis de que la reproducción no es mediante división tradicional, sino un proceso de gemación, similar al de ciertos organismos unicelulares terrestres, pero que involucra tanto reacciones químicas como procesos físico-cuánticos en los microcristales de sulfato de calcio, que actuarían como una especie de "plantilla" para la autoorganización.

» Lo más inquietante es que estas esferas, al entrar en contacto con tejidos orgánicos complejos, entre ellos células animales, parecen inducir una reconfiguración molecular, sugiriendo la posibilidad de que los retoños podrían integrarse o incluso fusionarse con unos anfitriones humanos. Cuando llamamos a Von Tempest para preguntarle por su postura, insistió en que esto puede propiciar una evolución forzosa que nos acerque más a lo divino, aunque yo tengo mis dudas.

» Ante esto, y con la autorización, precaria y discutida, del comité ético, hemos iniciado un protocolo experimental con sujetos voluntarios seleccionados. El objetivo es claro:

explorar si estos "retoños" pueden trascender la biología humana, actuando como agentes de transformación que amplifiquen la conciencia o modifiquen la fisiología, en un proceso que podría definirse como una simbiogénesis extraterrestre.»

* * *

«25 de junio de 2024.

» No puedo evitar cuestionarme lo que en el comité de Nox-Caeli entienden por “voluntarios”. Sí, las primeras dos personas eran miembros del laboratorio que firmaron su conformidad horas antes de la inoculación, pero dudo mucho que esos pobres senderistas dieran su consentimiento para nada, y más teniendo en cuenta que los encontramos inconscientes a la entrada del desfiladero. Comprendo que dos muestras biológicas son un universo estadístico ridículo... pero creo que, en el empeño por ampliar la n, acabamos de pisotear varias convenciones internacionales sobre derechos humanos.

» Mi superior directo no aceptó réplicas, aseverando que la ciencia iba por delante de cualquier debate ético, y que el progreso no podía detenerse. Miré a mis compañeros, pero sus miradas evitaban la confrontación. Un escalofrío recorrió mi espalda. Estábamos a punto de cruzar una línea roja, pero no me atreví a plantar cara.

» Se logró introducir en unas jeringuillas aquellas esferas semilíquidas. La inyección se realizó a las 11:00 y se procedió a poner a los sujetos en aislamiento. Designamos a los científicos como S-001 y S-002, mientras que los alpinistas pasaron a figurar como S-003, S-004 y S-005. A las 11:43 se documentó un cierto malestar y mareo por parte de S-001, pero remitió en unos 7 minutos, sobre las 11:50. Similar fue el caso del S-002, aunque en su caso comenzó a las 12:02 y remitió a las 12:13. No hubo reacción por parte de S-003, S-004 y S-005, es decir, los senderistas, que seguían en coma.

» A las 13:48, S-001 y S-002 comunican simultáneamente que comienzan a sufrir alucinaciones auditivas. Dicen oír una canción. Cuando se les pide que transcriban lo que oyen, ambos escriben lo mismo: “Tekeli-li, Nott-ogh naflfhtagn”. Esto es llamativo, ya que no se les ha permitido interactuar entre ellos. A la misma hora, y con respecto a los otros tres sujetos, los escáneres comienzan a detectar lecturas anómalas en las zonas parietales y occipitales del cerebro. Aunque no hay cambios perceptibles a simple vista, los

electroencefalogramas muestran una actividad que no se corresponde con ningún patrón humano conocido.

» 19:43. Los senderistas, que aún no han despertado, han comenzado a tararear. Lo han hecho a la vez y, para sorpresa de los respectivos observadores, la canción se corresponde con la descrita por S-001 y S-002. “Tekeli-li, Nott-ogh naflfhtagn”.

» 20:16. S-001 y S-002 experimentan picores. Están comenzando a desarrollar pequeñas pústulas. También las tienen los otros tres sujetos. Extirpamos una de S-001 y apreciamos que el tono de su sangre se había oscurecido. Al analizarla, comprobamos que el color negruzco tenía que ver con la presencia de compuestos ferrosos quelados con proteínas desconocidas, similares a las halladas en la geloselenita original. Pero había algo más. En el plasma aparecieron estructuras similares a microcristales, organizados en patrones fractales que parecían replicar la distribución mineral de la sustancia madre. Esto sugiere que el proceso no es meramente infeccioso: es una reescritura molecular que involucra tanto la bioquímica como la morfología celular.

» 21:44. S-002 dice que algo se mueve en su interior, en el vientre. Le preguntamos a S-001 si nota algo raro, ante lo que responde que sí que se nota algo hinchado, pero nada fuera de lo común. Procedemos a realizarles pruebas. Los escáneres revelan una masa negruzca a la altura del hígado de S-002. S-001 también la presenta, aunque de bastante menor tamaño. En el caso de los alpinistas, nos llama la atención que las de ellos son mucho más grandes que la de S-002, casi el doble de tamaño. En estas últimas se aprecia claramente la presencia de abundantes terminaciones nerviosas.

» 22:12. Decidimos extraer una de esas tumoraciones, optando por operar a S-004, ya que es el que presenta la de mayor tamaño. Al abrir al sujeto, podemos apreciar que el quiste tiene una marcada similitud con la masa negra que componía el cuerpo de la emanación de la Reina de la Noche. Además de nerviaciones, presenta abundantes vasos sanguíneos, conectados al cuerpo del paciente. Tratamos de operar, pero comenzamos a experimentar complicaciones que ponen en peligro la vida del paciente. Finalmente debemos abortar, tratando de revertir el daño en la medida de lo posible. El paciente parece estable, pero habrá que mantener la vigilancia.

» 23:24. Intentamos la misma operación en S-001, aprovechando que es el que la tiene de menor tamaño. La masa aún apenas tiene terminaciones nerviosas y los capilares sanguíneos

son muy finos. Retiramos la masa sin complicaciones y la introducimos en un recipiente especial para su observación.

» Se nos plantea la disyuntiva entre extraer el quiste de S-002 o dejar que siga madurando. El jefe de laboratorio considera que puede ser interesante dejarlo para comparar su velocidad de desarrollo con la de los que tienen los senderistas. Pero por otro lado y dado el posible riesgo para su salud, decide que lo más conveniente es preguntar al interesado. S-002 accede a continuar con el experimento, así que nos abstenemos de operar. Aunque reconozco tener un mal presentimiento.»

* * *

«26 de junio de 2024.

» A las 00:40, el quiste que extrajimos se secó. Aunque se ha intentado mantener con vida el tejido orgánico, llegando a suministrarle sangre, finalmente ha resultado inútil. S-002 está dormido y parece entonar en sueños la misma canción que el resto. S-001 descansa profundamente, el único sonido que emite es su respiración.

» 3:60. S-004 tiene muy mal aspecto. Su presión arterial es muy alta, tememos por su vida. El escáner refleja una cierta inflamación de los tejidos del quiste. Inflamación, que no crecimiento.

» 8:29. S-001 ha ido al baño. Sus excrementos y su orina tienen un color parduzco y oscuro, el análisis refleja una composición similar a la geloselenita. Le tomamos muestras de sangre y apreciamos que parece que esta estuviese volviendo lentamente a la normalidad. Es como si, a raíz de la extracción de la tumoración, su cuerpo hubiese comenzado a filtrar el compuesto.

» Aprovechamos para despertar a S-002 y someterlo a análisis. El ritmo de desarrollo de su quiste se ha acelerado mientras dormía y el proceso de transformación de su sangre también parecía haber ido notablemente más rápido. En el caso de S-003 y S-005 siguen yendo a un ritmo veloz y constante. De S-004 tememos un desenlace fatídico. Su cuerpo se ha llenado de quistes y no parece reaccionar a los corticoides. Es llamativo que desde que fallamos su intervención parece también cantar con mayor énfasis.

» 8:41. El celador de S-004 ha pedido que lo pongan también en aislamiento. Dice que la canción se le ha metido en la cabeza y que ya la escucha incluso cuando no está en la sala.

Al principio lo había achacado a la sugestión, pero cada vez lo siente más real y más abrumador. Antes de internarle, se le ha sometido a varias pruebas, verificando que, al menos a nivel físico, no se detecta ninguna anomalía. A nivel neurológico, sí que hay una activación ligeramente extraña del lóbulo frontal. Se le asignará la denominación de S-006. Harán falta más pruebas.

» S-004 sigue muy hinchado y no responde a ningún tratamiento. Algunas de las pústulas han comenzado a reventar.

» 10:20. Ha llegado el desenlace fatal, y ha sido más impactante de lo esperado. La sangre de S-004 comenzó a coagularse, con el consiguiente aumento de la presión arterial. Los capilares comenzaron a estallar, haciendo que por todos los poros de su piel brotaran hilos de aquel fluido negrozco. Finalmente, sus ojos se abrieron de par en par y por su boca profirió un gruñido bestial, al tiempo que su abdomen estallaba y se abría, dando paso a un largo tentáculo negro. Durante unos instantes, el apéndice se movió y contorsionó con vigor; sin embargo, en apenas unos instantes, se desprendió del cuerpo de S-004 y cayó al suelo, agonizante. Tras experimentar unos fuertes espasmos, se quedó completamente inmóvil.

» La autopsia de S-004 no arrojó demasiada información de valor, más allá de una significativa atrofia del SNC. En cuanto al tentáculo, o, mejor dicho, cuerpo vermiforme, se comprobó que su composición básica era la misma que la de la geloselenita, aunque había comenzado a asimilar el código genético de su anfitrión. Al diseccionarlo, pudo apreciarse que había comenzado a desarrollar órganos internos, incluyendo lo que parecía un intento de tubo digestivo y un primitivo cerebro, que parecía haber estado conectado a los nervios de S-004. El neurólogo del equipo plantea la posibilidad de que haya tenido lugar una anómala migración en que las neuronas del anfitrión se han ido trasladando al huésped. Está claro, sin embargo, que los procesos que estaban teniendo lugar se interrumpieron prematuramente, tal vez por el intento de operar. El jefe ha decidido ocultar lo sucedido al resto de sujetos de pruebas, con el objetivo de evitar alarmarlos o condicionarlos de algún modo. Sea como fuere, está convencido de que harán falta más pruebas.

» 12:19. S-006 se muestra más alterado. Ha tratado de lesionarse y hemos tenido que atarlo a la cama. Repite alternativamente que está escuchando la canción y que la Reina le llama. Sigue sin experimentar mutaciones físicas, aunque el rápido deterioro psicológico es fácilmente constatable. En cuanto a S-001, cada vez parece encontrarse en un estado más

“normal”. Lo mantendremos en observación, aunque, de seguir así la cosa, posiblemente le demos mañana el alta.

» 13:45. Se aprecian anomalías en S-003 y S-005. Su actividad cerebral se está reduciendo mucho, a la par que se aprecia una sobreactivación en los centros nerviosos que comienzan a formarse en el tumor. Puede que, realmente, su conciencia se esté trasladando al interior de esa cosa.

» S-006 se muestra rabioso, pide que se le inyecte también la geloselenita. Dice su celador que ha comenzado a cantar la canción, aunque hay algo extraño en como la entona. Es similar a cómo lo hacía S-004 en sus últimos momentos.

» Las mutaciones de S-002 siguen avanzando, aunque parece que se ralentizan cuando está despierto. Planteamos como hipótesis que hay una correlación entre los picos del desarrollo y determinadas fases del ciclo del sueño. Harán falta más pruebas.

» 16: 19. Hemos perdido a S-003 y S-005. En su caso, y entre fuertes convulsiones, el cuerpo vermiforme se abrió paso hasta salir por la boca. Sin embargo, parece que en su caso las criaturas han salido vivas. Su cuerpo emite un parpadeo verde, ¿es un intento de comunicación por su parte?

» 16:28. Se ha sometido a los especímenes a una serie de estímulos y han reaccionado ante ellos exhibiendo un sorprendente grado de inteligencia. Son capaces de seguir instrucciones casi como lo haría un ser humano, aunque teniendo que superar las dificultades que trae consigo la falta de extremidades. El jefe del laboratorio dice que es posible que realmente sean los mismos senderistas, reencarnados en gusanos. Si esa es la trascendencia que nos prometieron, no sé hasta qué punto merece la pena.

» 16:32. Los especímenes E-001 y E-002 han sido puestos en jaulas de contención. Harán falta más pruebas.

» 19:02. El celador de S-006 también ha sucumbido a la locura. Dice que S-006 le ha metido esa canción en la cabeza y que ahora escucha una llamada. Está ansioso, cree que va a ser el siguiente en perder la cabeza por culpa de S-006. S-006 se ríe y proclama que “es inevitable”. S-006 sigue sin presentar ninguna mutación física, aunque su SNC sigue sobreestimulado. Su celador será internado como S-007. Debemos buscar un método para monitorizarlos sin exponer a más gente al aparente daño cognitivo que causa esa canción.

» 19:07. El caso de S-007 es similar al de S-006. No hay mutaciones, pero sí una actividad cerebral anormal. El jefe de laboratorio ha decidido contratar voluntarios para que hagan de celadores y así evitar perder a más miembros de laboratorio. El comité ético guarda silencio.»

«27 de junio de 2024. A las 6:20 se ha producido la transformación de S-002. Ha sido hermoso. Lo que emergió de su boca no era un gusano o apéndice negro, sino algo diferente, más complejo. Tiene un cuerpo pálido y alargado, con una especie de exoesqueleto semi-transparente, y cuenta con cuatro alas, que caen sobre su espalda como si de una capa se tratase. Su rostro posee dos ojos verdes y cuenta con ocho extremidades. Al abrir la boca emite un sonido agudo, ante lo cual procede a señalarse el cuello. Confirmamos que no tiene cuerdas vocales. Es evidente que trata de comunicarse con nosotros, aunque le resulta complicado. Procedemos a designarlo como E-003 y lo ponemos en contención.

» Se plantea la hipótesis de que la hipersomnia podría haber afectado al desarrollo de los dos especímenes previos, ya que su nivel de desarrollo es claramente inferior. El jefe de laboratorio propone inyectar a S-006 y S-007 con los retoños de la geloselenita. Tal vez también a alguno de los que se apuntaron como voluntarios para servir como celadores. Hacen falta más pruebas.»

* * *

Cerré el dossier. «Hacen falta más pruebas». Aquello se repetía como un mantra en las siguientes páginas. Ahora entendía lo que había sucedido con muchos de los senderistas que, de vez en cuando, desaparecían por la región. Sin duda habían caído en manos de Nox-Caeli. Sin embargo, las jaulas abiertas sugerían que algo había salido mal. O tal vez demasiado bien. No había ningún espécimen en los habitáculos designados, y el silencio que impregnaba el laboratorio era más espeso que la propia geloselenita.

Alcé la mirada. Él estaba ahí. Jorge, el piloto. Apoyado contra la pared y bañado en un líquido negruzco. Ya no hablaba, ya no respiraba. De su vientre, abierto, pendía inerte un oscuro tentáculo. Pero no sentí miedo. Tampoco repulsión. La canción en mi cabeza me arrullaba como una nana.

«La Reina Nyx lo ha rechazado» dijo una voz.

Me di la vuelta, topándome con una figura esbelta, completamente alienígena, pero de una extraña belleza. Era terriblemente pálido y, aunque parecía un artrópodo, sus cuernos y sus

pezuñas lo hacían asemejar a un sátiro o egipán. Sus ojos esmeralda transmitían un aire de nobleza e inteligencia y, de algún modo, pude saber que era él quien, en una encarnación inmediatamente anterior, había escrito aquellos documentos que acababa de leer.

«La Reina te ha dejado conocer la verdad. Y ahora quiere verte»

La criatura no movía sus labios. Era más bien como si sus palabras fuesen inyectadas directamente en mi cerebro. Lo seguí, incapaz de resistirme al extraño embrujo que me arrastraba como un títere. Recorrimos juntos las desiertas instalaciones de Nox-Caeli, hasta dar con lo que parecía ser la puerta trasera o salida de emergencia del recinto. Al salir al exterior nos envolvió la noche. Una noche oscura que servía como escenario para el desfile de innumerables figuras pálidas, similares pero distintas, todas ellas avanzando al unísono y en la misma dirección. De vez en cuando, sentía como sus pensamientos invadían los míos. Algunos eran elevados, casi filosóficos. Otros eran mundanos, decidiendo lo que iban a comer al día siguiente. Sin embargo, todos acababan confluyendo en una misma cuestión: esta noche, veríamos a la Reina.

Alcanzamos el pequeño lago. En el centro, con la belleza de una diosa, se encontraba Ella, la de los ojos verdes, vestida con una larga túnica negra que se fundía con el reflejo en el agua de la tenebrosa noche. Ella, la hija de esa Oscuridad que cubre, como un velo, los vacíos siderales en que mora el Primer Motor del Caos. La que traicionó a los dioses para jugar con los poetas y los borrachos, la que nos recibe en sus alcobas con un abrazo amoroso.

Mis blancos acompañantes se hicieron a ambos lados, formando un pasillo. Gusanos pardos se colocaron a mis pies, creando una alfombra. Caminé hacia la Reina y, tras postrarme, ella desgarró su vientre, vertiendo sobre mí su esencia. Como un perro hambriento, lo devoré, hice mía su sangre. Fue entonces cuando pude ver su verdadero yo, la Reina sin rostro cuya canción moldea nuestros sueños. Una entidad más grande, más compleja, con miembros que serpenteaban como raíces, y ojos verdes que se abrían donde no debía haber ninguno.

El hechizo pareció romperse. Vomité, pero su esencia ya había pasado a mi interior. A mi alrededor, los discípulos de la Reina me ovacionaban. Pronto me uniría a ellos, solo debía esperar. Fue entonces cuando mi mente, al fin, reaccionó. Al asimilar lo vivido, al enfrentar la magnitud de las revelaciones, un terror inmenso e inabarcable me golpeó de lleno. Pensé

en eviscerarme, en morir siendo humano, pero algo dentro de mí me lo impedía. Era la canción, que ya era parte de mí.

El sátiro se acercó a mí y se volvió a comunicarme conmigo. «Regresa a tu hogar y despídete de tus seres queridos. Escucha el canto de la Reina, pues eso causará tu despertar; de ese modo, podrás unirse a nosotros, como miembro de su séquito de honor».

El ritual terminó, y todo se desvaneció como si hubiese sido un sueño. Pero no lo fue. En mi boca persistía el sabor de sus negras entrañas y una incómoda pesadez se había adueñado de mi vientre. No pude evitar pensar en el negro quiste que pronto se formaría junto a mi hígado. Comencé a caminar, al principio sin un rumbo fijo, luego ya con la idea clara de salir de las montañas y buscar algún núcleo de población cercano para así poder orientarme. Debía volver a casa.

Al ir alejándome, me di cuenta de que la canción de mi cabeza se iba atenuando, lo cual me hizo recordar que me habían dicho que sería ese canto lo que detonaría mi transición. Si me distanciaba lo suficiente tal vez conseguiría acallarla... tal vez pudiera aferrarme un poco más a mi humanidad.

Espero que, al leer esto, mi estimado doctor, no piense que estaba huyendo. Podría haber escapado fácilmente de todo aquello si, cuando estuve de vuelta en la civilización, hubiera pedido que me extirparan el quiste. Aún debía ser pequeño por aquel entonces, de haberlo sacado podría haber vuelto a hacer vida normal y todo hubiese quedado como poco más que una anécdota macabra. Al dejarme leer los archivos, Ella me permitió conocer que tenía esa posibilidad. Nunca he sido obligado a nada.

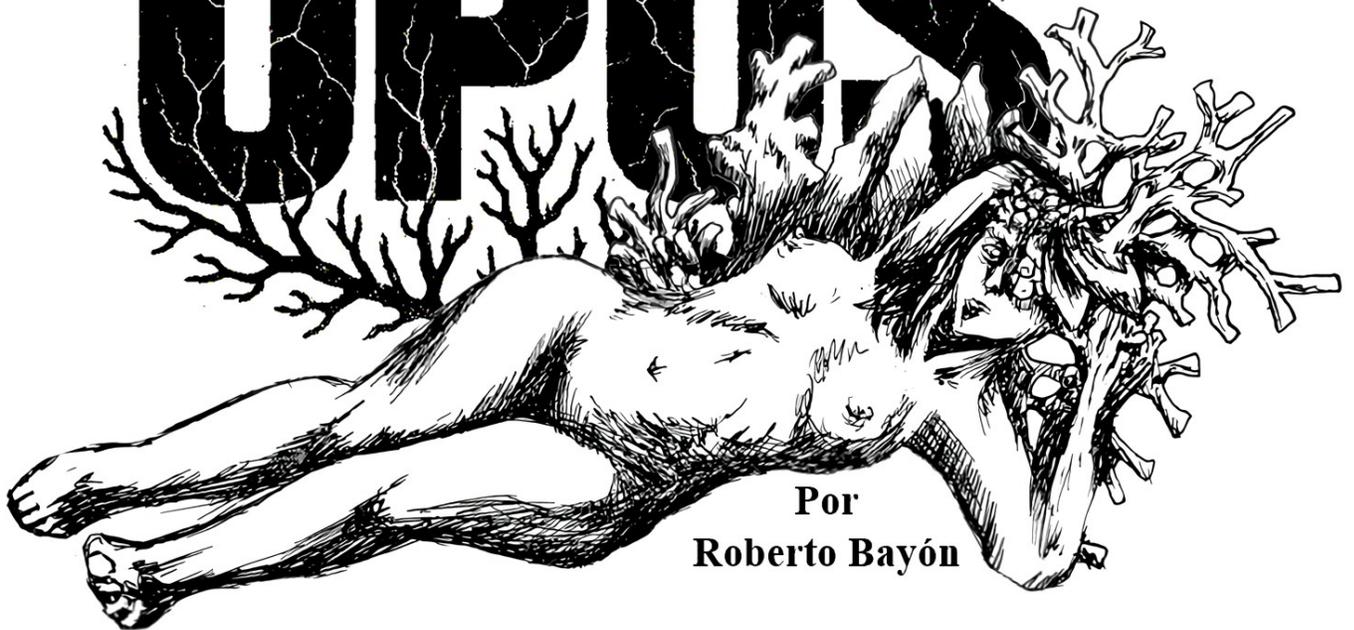
La canción ya es parte de mí y no quiero renunciar a ello. El miedo a lo desconocido me hace temer al cambio, es por eso que he tratado de aplazarlo lo más posible. Pero en el fondo lo ansío. Hace poco, la canción ha vuelto a cobrar fuerza. Ella ha respetado mi deseo de ser humano por algo más de tiempo, pero considera que ya ha sido suficiente.

El nuevo yo que está naciendo dentro de mí puede sentir que se acerca, que viene a por mí. Siento una felicidad indescriptible, como un niño perdido al que acude a buscar su madre.

Doctor, ya está muy cerca. Siento como me retuerzo dentro de esta crisálida de carne, el fluir alterado de ese plasma negro que es mi líquido amniótico. Mi Reina me llama... y debo responder.

Pronto saldré al exterior... ¿cree, doctor, que yo también seré hermoso?

MAGNUM OPUS



Por
Roberto Bayón

¿Fue un sueño, una visión o la obra de fuerzas innombrables? En el lienzo de un genio marchito se esconde la clave de un crimen imposible.

* * *

Cinco años, ¡cinco años hace ya que la musa me abandonó y, desde entonces, he sido incapaz de dar una sola pincelada!

De repente, dejé de estar de moda, caí en el olvido. Es por ello que mis antaño numerosos mecenas me fueron abandonando, todos menos uno, Lord Wilson.

Gracias a él puedo, al menos, costearme este alojamiento infecto y mantener la barriga llena de pan y de vino. Me digo a mí mismo que esto es una medida temporal, así es como soy capaz de aguantar día tras día sin flaquear.

Por si no estuviera ya pasando por un infierno, me llegó aquella maldita carta, Lord Wilson me daba un ultimátum, quería ver los frutos de su inversión. Y, ¡aquí estoy! En frente de este condenado lienzo en blanco... en su blancura llevo perdido ya tres días, como si de una tormenta de nieve se tratara. Tres días sin comer, tres días sin dormir y en las escasas

cabezadas, fruto del agotamiento, me vienen horribles pesadillas con seres deformes que me hacen despertar empapado en sudor.

Decían del famoso violinista Paganini que su talento no era de este mundo y había quien incluso le acusaba de haber hecho un pacto con el demonio, así que, fruto de mi desesperación y apoyado por un curioso libro de ocultismo que me había regalado uno de mis antiguos clientes, traté de invocar al señor de las tinieblas para que resucitara mi genio. Pero, al igual que el resto de los mortales, él también ignoró mi llamada.

Sintiéndome un completo estúpido salí de allí, dando un portazo, y me fui a la taberna del puerto, la única en la que podía costearme un trago con mi nivel actual de ingresos. Allí, entre copas de whisky, tragos de absenta y opio, se me acercó un siniestro marinero holandés.

Su mirada brillaba con la luz de una locura tan profunda como el océano, apestaba a alcohol y a pescado podrido y llevaba al cuello una curiosa y horrible figura, esculpida en hueso de ballena, que se asemejaba a una suerte de pulpo y que me resultaba extrañamente familiar.

Me habló de una misteriosa entidad que se aparecía en sueños a los artistas y a los locos, obviamente él era del segundo tipo, y que podía conceder cualquier deseo a un terrible precio. Me contó historias inverosímiles de ciudades ocultas en las profundidades del mar y, cuando su compañía se me antojó insoportable, salí tambaleándome de allí, dejándole con la palabra en la boca. Volví a mi pensión en un estado lamentable, casi arrastrándome, y caí inconsciente sobre el camastro.

Aquella noche volvieron las pesadillas. Y, entre los habituales seres deformes que me atormentaban, apareció una bella mujer de rostro dulce que me ofrecía ayuda, apareció en mitad de la escena como un rayo de sol entre las oscuras nubes de una tormenta. Desperté abruptamente, la cabeza me estallaba, el pecho amenazaba con explotarme y, cuando entre terribles esfuerzos fui capaz de incorporarme, casi caigo al suelo de la impresión. El lienzo ya no estaba en blanco, en su lugar estaba un retrato magnífico de una mujer, la mujer de mi sueño.

No entendía que había pasado, no recordaba absolutamente nada de la noche anterior más allá de las locuras del holandés en el tugurio del puerto, pero, obviamente, aquello era obra mía, me reconocía en los trazos, en la elección de los pigmentos, el cuadro transmitía una ternura indescriptible.

Cuando fui capaz de salir de mi embobamiento la euforia me embargó y, sin perder ni un segundo, cogí el teléfono y concreté una cita con Lord Wilson, ¡por fin sería capaz de recuperar mi grandeza!

Una vez en su mansión le enseñé mi nueva obra y, tras un instante de silencio que se me antojó como una hora, me miró con los ojos humedecidos y me dijo con voz temblorosa: «Lo has vuelto a hacer, es más, te has superado. ¡Enhorabuena!». Aquellas palabras, sumadas a los visibles esfuerzos que estaba haciendo Lord Wilson para mantener las formas, me reconfortaron enormemente. Finalmente sentí que volvía a respirar.

Pero la alegría duró poco. Uno de sus sirvientes entró, visiblemente nervioso, y le susurró algo al oído. Acto seguido y sin respetar ningún tipo de protocolo, la policía irrumpió en la sala requiriéndome de muy malas formas que los acompañase. Lord Wilson estalló en colera ante tal desfachatez y exigió explicaciones.

El jefe de policía no se anduvo con rodeos, me acusaban de asesinato. Me costó unos instantes darme cuenta de que estaban hablando de mí y, cuando lo hice, me quedé sin habla. Seguro que todo había sido un terrible malentendido.

Por supuesto, lo negué todo. Pocas personas conocía tan poco inclinadas hacia la violencia como lo era yo. Pero, entonces, el jefe de policía, con los ojos llenos de odio y prácticamente sin despegar la mirada del cuadro, dijo: «Si no ha sido usted ¿Cómo explica esto?».

Me acercó una foto de la escena del crimen. En ella se veía el cuerpo de una mujer, tendido en el suelo en una postura antinatural. Un horror indescriptible me embargó. Era la mujer de mi sueño, la que había pintado en mi cuadro.

Con una furia que hacía temblar su bigote prosiguió: «Parece que la mujer era un alma pura de las que no abundan, la pobre cometió el error fatal de asistir a un borracho, a usted».

Esta revelación fue demasiado para mí, lo último que recuerdo antes de perder la cordura fue forcejear con el agente que me quería poner las esposas. Y, durante la lucha, algo salió volando de mi chaqueta para caer al suelo, una horrible figura tallada en hueso de ballena.

Era la misma figura que portaba aquel marinero, los ojos se me abrieron como platos y empecé a aullar como un animal «¡¡¡EL HOLANDES, EL HOLANDES!!!»

Mi razón dio un último chispazo antes de apagarse para siempre, ya sabía por qué la grotesca figura me era familiar, era el mismo ser que me atormentaba en sueños.





EL PUEBLO ATERRADO

POR MATHEW ANDRÉ MELENDEZ

Habían pasado varios días desde la última vez que vi a alguien que no fuese a matarme por diversión. Mis otros compañeros habían muerto a manos de ese monstruo. Estaba cansada, no había comido durante días y ya no distinguía entre la realidad y los engaños del demonio.

Fue gran suerte la que tuve al toparme con estos tipos. Uno parece un bárbaro cualquiera, aunque el otro bien podría ser sangre y obra del Dios de las Lámparas. Dimos batalla, hicimos las pesquisas pertinentes y coincidimos en que teníamos el mismo objetivo. Espero poder acabar con esa bestia y con su depravado amo.

Pensamientos de la Lámpara.

* * *

Tres días han transcurrido desde aquella pelea entre el grupo de supervivientes y el demonio. Están caminando por un frondoso bosque, bajo una noche negra y sin luna. Para ver, se sirven únicamente de la tenue claridad que emana de la armadura dorada del gigantesco Alkar, *el Sol Sonriente*, ya que una luz más intensa podría dejarlos expuestos ante las famélicas alimañas que pueblan el lugar. El dispar grupo recorre un largo camino, atento a su entorno, siempre con las armas al alcance de la mano y listos para hacer frente a cualquier altercado. En mente tienen un solo objetivo: acabar con Ulkars y sus allegados. Los tres caminan hasta casi perderse, pero es entonces que observan una luz en la lejanía.

Alkar toma la delantera y se dirige hacia allí, seguido de Tolker, *el Ovidado*, y Silxirr, *la Lámpara Trampera*. Al llegar, se topa con una fogata abandonada, junto a la que reposa un saco de piel.

—Debe haber alguien cerca. Nadie es tan descuidado como para abandonar de este modo sus pertenencias —comenta Silxirr.

—Yo también dudo que haya sido un desliz, y más teniendo en cuenta que se han dejado el fuego encendido —responde Alkar—. Bien seguro es que algo le llevó a huir. Manténgase a mi lado, hermanos.

No tardan en escuchar algo moverse entre las hojas. Como respuesta, adoptan una posición de batalla, esperando a quienquiera que esté allí. Los movimientos del acechador son increíblemente rápidos, tal como evidencian los sonidos del crepitar de las hojas. Tras unos instantes de incertidumbre, algo sale disparado contra Alkar. Aunque pone su brazo para defenderse, es derribado por el impacto. Tolker intenta moverse para atacar, pero también es abatido con prontitud.

Silxirr salta para atrás, pero de inmediato es golpeada por la espalda, cayendo de cabeza al suelo. Al prestar atención, se dan cuenta que los sonidos de las hojas no los causa alguien moviéndose: es más bien como si varias ramas hubieran cobrado vida, bamboleándose con aspavientos bruscos y extraños. Alkar se levanta rápidamente y, emitiendo un gran calor, abrasa ramas y árboles, revelando, oculto entre ellos, a un hombre que murmura algo. Es de muy baja estatura, apenas le llega a la pierna de Tolker; Sus ropajes consisten en múltiples trapos y vendas, viejas y ensangrentadas, que cubren una túnica con las faldas quemadas.

En lugar de su mano izquierda, porta un cuchillo con filo de sierra, aunque ya casi romo. Su barba, al igual que el resto de vello que puebla su cuerpo, es de un color blanco platino, sobre el que resaltan sus ojos, de un tono azul marino. La Lámpara Trampera se levanta y corre hacia la posición del enano, derribándolo de una patada. Colocándose sobre él, toma su daga para amenazarlo.

—¿Qué quieres, escoria?! —ruge Silxirr—¡Responde, o te haré sufrir!

Como única respuesta, el hechicero enano apuñala a Silxirr en la pierna, enterrando profundamente su cuchillo y retirándolo en medio de un torrente de sangre. La Lámpara Trampera vacila un instante a causa del dolor, circunstancia que el enano aprovecha para empujarla y quitársela de encima. Incorporándose, Tolker se levanta para ir a por aquel hombre pequeño. Este trata de frenarlo con una barrera mágica, pero resulta demasiado endeble para bloquear al Olvidado. Sin embargo, le permite ganar suficiente tiempo para conjurar un fuerte destello que logra aturdir a Tolker. De no ser por Alkar, que interviene y logra atrapar al enano, este habría logrado asestar una puñalada en el pecho del Olvidado.

—¿Cuál es tu objetivo, pequeño? —pregunta el Sol Sonriente, aferrando con tal fuerza al enano que sus huesos parecen a punto de quebrarse.

—¡Un monstruo y sus secuaces! ¡Un monstruo y sus secuaces! —grita con desesperación su cautivo.

—No servimos ni ayudamos a ningún monstruo. ¿Cuál es tu problema? —contesta Alkar, aflojando su agarre

—Un monstruo, un demonio, o no sé cómo describirlo, está atacando a mi aldea y a mi gente, junto a sus sirvientes. ¡Por Týr! ¡Qué suerte que ustedes no sean como esas cosas!

Comprendiendo que tan solo ha sido otro malentendido, Alkar baja al enano, quien, dolorido, levanta su mano recitando un conjuro. Primero sana sus heridas. Después, las de Tolker y Silxirr. Esto no basta, sin embargo, para deshacer la ofensa.

—Por favor, ayúdenme, de verdad necesito su ayuda, mi pueblo les dará lo que sea a cambio —insiste el hombre pequeño.

La Lámpara Trampera cesa en su hostilidad, pero el Olvidado no lo hace, dando unos pasos con actitud amenazante hacía el enano. Silxirr lo detiene, agarrándolo por las cuerdas que sostienen su hombrera. El Sol Sonriente se arrodilla ante el pequeño, con una cara de preocupación.

—¿Dónde está tu pueblo, hermano?

El enano hace un gesto, invitando a que lo sigan, y se encamina hacia lo más profundo del bosque. El grupo le sigue el paso, manteniendo armas alzadas por si se tratase de una trampa. Tras una larga caminata, por fin llegan al pueblo. Los terrenos de aquel lugar no son extensos, y la mayoría de sus habitantes parecen pobres y enfermos. Las casas están destruidas y múltiples cadáveres de enanos de todos los géneros y edades se amontonan por el suelo.

—¡He traído a personas que nos ayudarán contra los monstruos! —grita con emoción el hechicero enano.

Al escuchar el grito, los supervivientes del pueblo empiezan a salir de sus hogares, observando al grupo variopinto que el pequeño trae. Al principio, parecen tenerles miedo. Pero, al cabo de un rato, la curiosidad vence al miedo, y varios se acercan para ver quiénes son aquellos que han acudido a su aldea. Alkar se arrodilla ante los enanos supervivientes.

—Hermanos, ¿Qué clase de criaturas les ha hecho esto?

Una mujer enana se aproxima, tomando la iniciativa.

—Lagartijas gigantes, personas como ustedes, criaturas que ni siquiera podríamos describir, incluso traidores, pero por encima de todos ellos está... está... Oh, Týr... —la mujer rompe a llorar— ¡Ese horrible monstruo!

—Hermana, no llores por favor, nosotros estamos aquí para ayudaros. Solo dinos, ¿Quién es ese monstruo? —Alkar, extiende su mano para alcanzar el rostro de la enana y secarle las lágrimas.

Por su parte, Tolker observa el caos que les rodea. La situación lo hace sentir un vacío que no ha experimentado en mucho tiempo. Ya se creía incapaz de sentir algo por nadie que no fuese Renalcia, ni siquiera por sus compañeros; sin embargo, al ver tal estado de miseria, tantos muertos y heridos inocentes, por primera vez en mucho tiempo siente tristeza. Sin embargo, es arrancado de sus pensamientos por algo que comienza a tirar de su pantalón. Al mirar abajo, se topa con un enano, que lleva de la mano a un niño tuerto.

—Por favor, señor alto, ayúdenos. Mi hija y muchos otros tantos niños han sido atrapados por esos malditos. Por favor, se lo suplico, ayúdenos y rescátelos, se lo suplico, señor alto...

El Olvidado los observa. El rostro del hombrecillo exhibe una expresión del más puro y horrible de los sufrimientos, con ojos enrojecidos de tanto llorar y nuevamente al borde de las lágrimas. Su infelicidad es tan manifiesta que resulta contagiosa. Tolker observa al único ojo del niño que lo acompaña; dolor, el niño solo expresa dolor, como si toda la inocencia que tuviese hubiera desaparecido, como si toda la felicidad que alguna vez pudo experimentar se hubiera desvanecido, como si el Infierno se lo hubiera arrebatado todo, dejándolo como un cascarón vacío.

Tolker se ve desbordado. Su pecho alberga un sentimiento de pena y melancolía imposibles, algo que nunca ha experimentado por nada ni por nadie. Pero todos esos sentimientos empiezan a desaparecer, dando paso a una rabia incontenible. Todos aquellos que sufrieron, todos aquellos que tuvieron miedo por los monstruos, todos aquellos que siguen padeciendo y desesperando... todos y cada uno de ellos serían vengados, a cualquier precio y sin importar la brutalidad que ello conllevarse.

La mujer seca sus lágrimas, mirando a Alkar

—Era un hombre gigantesco, creo que incluso más grande que usted. Era gordo, demasiado para ser como ustedes. Tenía una boca gigantesca en su estómago, llena de dientes afilados, y que tragaba a la gente de un solo bocado, si es que tenían la suerte de no ser masticados. Siempre iba desnudo y parecía que su pene fue arrancado. Pero lo peor era lo que hacía... las horribles cosas que hacía... —la enana contiene una arcada— siempre que él y sus monstruos llegaban aquí, avisaban su llegada disparando una flecha a cualquiera que veían, gritando su nombre: Turyus, *el Eunuco*. Empezaban a destruir todo, matando y secuestrando a tantos de los nuestros como podían.

Aterrado por las descripciones, un niño trata de regresar junto a su madre, pero una repentina flecha cae sobre su cuello, clavando su cuerpo contra el suelo.

—¡Turyus, el Eunuco ha llegado! ¡Turyus, el Eunuco ha llegado a traer sufrimiento! —se escucha en la distancia, recitado por un coro cientos de voces proveniente del bosque.

Los enanos corren tan rápido como pueden hacia sus viviendas, o hacia cualquier escombro que pueda servirles con el refugio, dejando en manos del grupo la misión de proteger el pueblo. Un hombre sale de entre la espesura, cargando rápidamente contra de Tolker, como si fuese un animal salvaje. El Olvidado no tarda en reaccionar, golpeando la cabeza del hombre y partiéndola. Silxirr percibe algo más saliendo del bosque, apuntando y disparando su ballesta. La conmoción hace emerger a otro hombre, que lleva una cara despellejada y aún ensangrentada a modo de máscara. La repulsión hace que la Lámpara Trampera se estremezca.

Mientras todo esto ocurre, el niño enano yace en el suelo, desangrándose lentamente. Comienza a llorar, y sus lágrimas hablan sin palabras: suplican por su vida, claman que no quiere morir ahí, que no quiere dejar a su madre sumida en una tristeza eterna.

El hechicero enano, desesperado, intenta salvarlo. Busca con manos temblorosas algo que pueda ayudar, pero no tiene nada. La impotencia se apodera de él, y empieza a darlo por perdido.

Entonces, una luz amarilla comienza a brillar sobre el proyectil. La flecha, clavada en el cuello del niño, empieza a salir lentamente, mientras la herida se cierra por sí sola, sin dejar rastro de desgarramiento ni corte. El niño se incorpora, completamente curado. Con los ojos aún brillantes por las lágrimas, mira a su mayor.

—¡Gracias señor Fersir! ¡Muchísimas gracias! —dice el niño, con lágrimas de alegría en sus ojos, para luego darle un abrazo al enano.

—Pero yo no hice eso —replica el hechicero enano.

—Ve a casa, hijo. Nosotros nos encargamos —proclama el Sol Sonriente, avanzando al frente de la batalla.

Otros hombres y criaturas se dirigen directamente a por el grupo, con sonrisas maniacas plasmadas en unos rostros enfermos y despiadados. Avanzan, hasta que un fulgor llega a sus ojos, cegándolos y aturdiéndolos por un rato. Varias ramas crecen, atrapando a unos y empalando a otros; era obra del enano, Fersir, *el Mago Gris*. Pero la batalla acaba de comenzar: innumerables adversarios siguen abriéndose paso en medio de la espesura, como depredadores que le han echado el ojo a su presa.

Un pelotón de kobolds se lanza contra Tolker, pero este los biseca de un espadazo y, acto seguido, corre directamente hacia la multitud. La Lámpara Trampera dispara su ballesta y contra cabezas y torsos, mientras Fersir conjura una bola de llamas que abrasa a tres enanos traidores, dando un castigo, o tal vez liberación, a aquellos vendieron su alma por supervivencia.

Alkar camina al frente, golpeando y pateando a todos los monstruos que se interponen en su camino, pero se ve interrumpido por una vibración en de tierra. Todo el grupo se percata de esto, y también lo hacen los enfebrecidos invasores, que comienzan a aullar y reír febrilmente, anticipando la llegada de aquel que maleó sus perturbadas psiques. Una aciaga figura se abre paso entre los árboles, sus pisadas se sienten por todo el lugar, su hedor hace vomitar hasta a los estómagos más duros. La descripción que la enana hizo de él no alcanzaba a hacer justicia a aquel ser inmundo: Turyus, el Eunuco, hace acto de presencia.

—Mirad que hay aquí, mascotas mías. Comida y diversión asegurada —dice el Eunuco, refiriéndose al grupo y mirando a Silxirr con una particular lascivia.

El Sol Sonriente observa con repulsión a la criatura que tiene en frente, sabe lo que hizo, sabe lo que quiere, y sabe que, mientras ese ser siga vivo, sus atrocidades no cesarán. Alkar junta sus manos y, al separarlas, materializan entre ellas una espada con la que procede a apuntar a Turyus.

—No dejaré rastro de ti en este, ni en ningún otro plano.

—Me gusta tu actitud, basura dorada, me gusta tu actitud. ¿Qué tal si también me llevo a estas criaturitas conmigo? —responde Turyus, abriendo la boca de su estómago y revelando en su interior a varios niños enanos, desnudos y aprisionados por una maraña de tentáculos que recorren sus cuerpos con singular vileza.

El grupo se da cuenta de lo problemático de la situación. Esos pequeños son, en esencia, sus rehenes. Las huestes del Eunuco aprovechan la vacilación para rodearlos, mientras su líder ríe descontroladamente. Tolker mira la boca gigante de Turyus, decidido a ponerse en riesgo por salvar a los pequeños. Sabe que solo tiene una oportunidad, ya que necesita el factor sorpresa.

El Olvidado corre directamente hacia el Eunuco, levantando su escudo y plantándose frente a él. La sonrisa de su enemigo se convierte en una mezcla de diversión y sorpresa cuando Tolker salta directamente al interior de su boca. Se lleva por delante algunos de los dientes, pero esto a Turyus no parece preocuparle demasiado.

—Fue estúpido pensar que eso sería una buena idea —se mofa el Eunuco—. No teman, lo recuperaran, aunque sea para enterrarlo... ya que estoy seguro de que este cabrón se me va a indigestar. Ya os avisaré cuando vaya a cagar.

El grupo se queda perplejo, pero no les da tiempo a pensar demasiado en lo que acaba de pasar. Siguen rodeados de bestias y dementes, Alkar observa a algunos de ellos yendo hacia las derruidas casas y los improvisados refugios de los enanos. Sabiendo lo que pasaría si logran entrar, el Sol Sonriente se abalanza sobre ellos, aprovechando su superioridad física y el implacable filo de su espada. Los pisa, los golpea e incluso los usa como proyectiles, lanzándolos a tal velocidad que el impacto los deja amorfos e irreconocibles.

Las huestes de Turyus concentran su atención en Alkar, que sigue adelante sin titubear, aunque se esté conteniendo en sobremanera. Teme desatar su poder, ya que eso traería consigo bajas civiles. Pero, al contenerse, no puede ayudar a todos al mismo tiempo, siendo una desventaja aprovechada por unos sirvientes de Turyus, que corren a algunas casas a hacer su aberrante y horrible trabajo, hasta que una luz de gran potencia los empieza a quemar hasta las cenizas, mientras se recitaban oraciones.

—¡Oh, Dios de las Lámparas! —recita Silxirr— ¡Permíteme acabar con estos seres horripilantes! ¡Permíteme purgar su putrefacción de este mundo y dar paz a las víctimas que dejaron en su perverso camino! ¡Oh, Dios de las Lámparas! ¡Ilumina la oscuridad, y cercena los hilos de su impureza! ¡Oh, Dios de las Lámparas...!

Sin embargo, es incapaz de concluir su encantamiento. Una fatal distracción permite que Turyus la alcance, sujetándola firmemente y alzándola en el aire.

—Bonito discurso, tu boquita es buena para eso. Pero, ¿sabes qué? Quiero ver en que más sabes hacer con ella.

Una lengua o tentáculo emerge de la boca de Turyus, cerniéndose sobre Silxirr. Pero, una bola de fuego, dirigida al costado del monstruo interrumpe la acción. Fersir suspira de alivio, dándose cuenta de que ha llegado a tiempo.

—¡Basura insolente! —ruge el eunuco— ¿¡No podías haberte largado de aquí!?

—¡No mientras sigas con vida! —replica Fersir, sacando una página de su túnica— ¡Suéltala y lárgate de aquí, o conjuro lo que hay en esta página!

Turyus observa la página que tiene Fersir en la mano, notando su material y algo de su tinta, para luego soltar una carcajada.

—Mago con cara empolvada, no creo que eso sea una buena idea para tus ojos, y tampoco creo que tan siquiera puedas leerlo.

—¡Lo conjuraré! ¡Lo conjuraré, no me importa perder los ojos!

El Eunuco arroja a la Lámpara Trampera contra una casa, dejándola inconsciente, para luego tratar de pisar al enano como si de una hormiga se tratase. Alkar se interpone, empujando y alejando un poco al monstruo, que lo mira con desprecio.

—¿Tantas ganas tienes de salvar a esas ratas inmundas, basura dorada? ¿Quieres atacarme a mí, el gran Turyus?

En ese momento, algo se enciende en el interior de Alkar.

—No solo voy a atacarte. Primero te haré vomitar a todos los que retienes en tu interior, y luego, ¡te transformaré en una letrina! —clama el Sol Sonriente, corriendo directamente a por el Eunuco.

Mientras tanto, Tolker se encuentra dentro de las fauces de la monstruosidad. Parece otro mundo, una caverna roja repleta de protuberancias putrefactas, sangre y líquidos de todo tipo, todo acompañado por un hedor insufrible. Incluso a través de la armadura de sus pies, puede sentir el desagradable tacto de la carne siendo pisada. Se escucha un sollozar, un llanto tenue y lleno de dolor. Es una niña enana, cuyo cuerpo es aprisionado y maltratado por los tentáculos. El Olvidado se acerca, mirando de reojo a la pequeña.

—Duele... duele... —murmura.

Tolker ve las lágrimas de la niña, incapaz de comprender cómo puede permitir el mundo algo como aquello, como puede estar semejante sufrimiento reservado a alguien que jamás hizo nada para merecerlo. El Olvidado pasa su mano por la cara de la pequeña, tratando de calmarla, pero sin saber muy bien cómo hacerlo. De pronto, todo se sacude.

Y es que, en el exterior, el combate continúa. Turyus al encuentro de Alkar y se sumen en un forcejeo, Alkar logra hacerse con la ventaja y derriba a Turyus, sacudiendo también la cavidad de sus entrañas.

Tolker vuelve a mirar a la niña, esta vez desenvainando su espada, y empezando a cortar lo que la mantenía atrapada, librándola de ese despiadado maltrato. Mientras tanto, el Eunuco lanza un escupitajo a la cara del Sol Sonriente, intentando quemarlo con su baba ácida, pero Alkar ignora el daño y, tras cegar a Turyus con un destello, le propina un puñetazo en la cara, haciéndolo retroceder aún más. Cada golpe resuena en todo el estómago del monstruo, dificultando caminar o, tan siquiera, estar parado.

—Aún... aún me duele... —dice la pequeña, aferrándose a la espalda de Tolker.

El Olvidado ve incluso más niños en la distancia, recibiendo la misma tortura horrible que la pequeña. Esto le asquea aún más, pero sabe que no debe quedarse ahí, tiene que salvarlos. Otro golpe más se escucha en el exterior, todo comienza a temblar. Parece que, de alguna forma, aquel lugar se va a desmoronar sobre Tolker y los pequeños.

Alkar pelea arduamente con Turyus, intentando no dar ningún golpe al estómago de este, y alejándolo aún más del pueblo, evitando así que la horrible criatura haga más daño. El Eunuco se lanza en contra del Sol Sonriente, pero este extiende sus brazos y, aplaudiendo sobre la cabeza del monstruo, logra abrir una pequeña brecha a la altura de la frente.

Con un singular gesto, Alkar apunta su mano hacia la frente del obeso, que ya sangra por todos sus orificios faciales. Este trata de recuperar la iniciativa, pero sus movimientos se han vuelto torpes.

—¿Qué me has hecho? —ruge Turyus— ¡¡¿Qué me has hecho?!!

—No creo que tengas conocimiento de esto, o ni tan siquiera una idea de lo que te pasa, pero te lo puedo resumir: Tu cerebro está conmocionado; es por ello que sientes mareos y náuseas. Tu cuerpo no podrá aguantar nada de esto y, en algún momento, vomitarás.

Turyus en ese instante empieza a sufrir, pues sus oídos están sumbando de una manera tal que le duelen, y con cada sonido que hay, sufre aún más. Intentando calmar su rabia y dolor, se pone en posición directa contra Alkar.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡¡¡Cállate!!!

La bestia corre directamente hacia Alkar. este, parándolo en seco con un ágil movimiento, acaba por atravesarle el torso con el brazo.

—El horripilante sabor de tu propio brebaje recorre tu asquerosa garganta, ¿No te gusta, desperdicio? —le susurra al oído el gigante dorado, antes de arrancarle las costillas.

El Eunuco retrocede, dolorido y aferrándose a la vida, pero Alkar de inmediato lo toma desprevenido, metiendo todo su brazo en la gran boca del estómago de la bestia. Usando como cuchillo la costilla arrancada, desgarras sus entrañas. Cada golpe provoca un temblor aún más grande, más fuerte, su estómago parece al borde del colapso. Tolker sigue liberando a los niños, aunque, al cargar con ellos, su peso comienza a fatigar al Olvidado. Este trata de ignorarlo, no cejando en su empeño. Tras tomar a los últimos pequeños y sintiendo sus rodillas al borde del colapso, comienza a buscar a duras penas la salida

Turyus, dañado y desesperado, vuelve a mirar a Alkar. Los ojos del eunuco están inyectados en sangre, la grieta en su cabeza sangra a borbotones, sus oídos chirrían y ya solo pensar le hace sufrir. En un último esfuerzo por acabar con su oponente, carga descontroladamente contra el Sol Sonriente. Tan solo un puñetazo del gigante basta ahora para mandarlo a volar. Las náuseas son ya insufribles y, con la caída, acaba por vomitarlo todo. Tolker sale de ahí, cubierto de bilis y hiel, cargando con todos los niños enanos que rescató del estómago del monstruo.

Cuando todos los pequeños se desprenden del Olvidado, miran a sus dos salvadores y lloran de felicidad, conscientes de haberse librado de esas horribles fauces. El Eunuco intenta levantarse de nuevo, pero Alkar lo pateo, evitando que se ponga de pie.

—Los cuervos recordarán esto, basura dorada —dice Turyus, antes de que Alkar se arrodele ante él—. ¿Qué? ¿Ahora vas a cerrarme los ojos por un poco de compasión?

—Te dije que te volvería un inodoro, basura infecta —proclama el Sol Sonriente, clavando sus dedos en los ojos del Eunuco y destrozando con ellos su cerebro.

Una de las mujeres enanas sale de su casa, viendo la masacre que ocurrió en el lugar y a Fersir tratando de curar las heridas de Silxirr.

—Mago Gris, ¿Dónde están los otros dos hombres grandes? —pregunta la mujer.

—Alejaron al monstruo. No sé cómo están ahora, solo espero que lo hayan logrado matar.

Del bosque emerge una luz dorada. La mujer no puede creer lo que está viendo, pues Alkar y Tolker llegan, cargando a varios de los niños de la aldea de enanos. Entre ellos, observa a una pequeña niña que viaja en los brazos del Olvidado.

—¿Hija...? ¡Mi niña! —grita la mujer con lágrimas en los ojos, al ver a su pequeña.

—¡Mami! —responde la pequeña, bajándose de los brazos de Tolker, y corriendo a los brazos de la mujer.

Y, al son de los gritos de alegría de ese reencuentro, varios enanos salen a ver a todos los niños que se perdieron en las invasiones. Cada abrazo, cada reencuentro, cada sonrisa... sin duda, todo había valido la pena. Tolker está agotado, parece que va a desmayarse; pero, el mismo enano que al comienzo le imploró ayuda, ahora le sostiene de la mano con una alegría infinita.

—¡Gracias, señor alto! ¡Muchas, muchas, muchas, gracias!

El niño pequeño de un solo ojo también procede a abrazar a Tolker, junto a su hermana. En este instante, el Olvidado siente algo que no había experimentado desde que Renalcia fue apartada de su lado: alegría. Una sonrisa se dibuja en su rostro, cubierto por su casco. Sin embargo, la alegría se desmoronó al son de la agónica tos de uno de los enanos heridos. Se había recuperado a los niños, pero no la salud.

—Perdimos a tantos médicos, a tantos magos... perdimos tantos de los recursos que nos daban una forma de vivir. No creo que podamos salir ya adelante —gime una de las enanas, dirigiendo una furtiva mirada a los moribundos.

Alkar observa esta situación, sintiéndose contagiado por el dolor de esta gente, por todo lo que han tenido que perder, y por como estos iban a terminar. Al son de todo esto, el Sol Sonriente alza sus manos, que empiezan a brillar.

—No más muerte. Ya he visto suficientes veces esto, lo he sentido hasta en el fondo de mis huesos, y no dejaré que nada como eso le pase a nadie más. No dejaré que pasen por este infierno. No más muerte.

Surge un destello, acompañado por miles de plantas e insectos. Los enanos y el grupo en sí empiezan a notar un cambio: sus heridas y enfermedades desaparecen, sus sufrimientos cesan y su paz renace.

—No sabemos cómo agradecerle, señor gigante. De verdad, usted es una bendición, ni siquiera entendemos cómo es que puede usted hacer todo esto.

Alkar hace un gesto, indicando que lo sigan hacia el cadáver de Turyus.

—Podéis profanarlo y masacrarlo tanto como queráis, hasta que sintáis que todo el daño que os ha hecho haya regresado a él. ¿Veis sus ojos? Tal como prometí, podéis usarlos como letrina.—proclama el Sol Sonriente, caminando de nuevo hacia el pueblo para recoger a sus compañeros.

Cuando el grupo ya está a punto de irse, es interceptado por el Mago Gris.

—¡Oigan! Mi pueblo necesita ayuda y no creo que yo solo pueda protegerlo, por favor, ¡quédense un rato más!

Alkar mira a Tolker, creyendo que éste va a marcharse de inmediato; pero antes de que siquiera pase por su mente, El Olvidado cae al suelo, porque aún se siente agotado. Al despertar unas horas después, nota que está dentro de lo que parece una tienda para dormir: la cabeza apoyada en un colchón pequeño que parece más bien una almohada, y a unos centímetros duerme Silxirr. Tolker sale de la tienda y vuelve a encontrarse en la aldea enana; sin embargo, en lugar de las vistas lúgubres y horripilantes, ve a los enanos que han

quedado, recogiendo los cadáveres de amigos, familiares y seres queridos, y dándoles un entierro digno.

—Logramos darles un momento de tranquilidad —dice Alkar.

Éste mira a la gente del lugar con una expresión que resulta casi imposible para los ojos ajenos: una pequeña sonrisa. ¿De qué es? ¿Felicidad? ¿Orgullo? ¿Paz? No importa: aquel pueblo por fin deja de estar aterrado por las bestias que lo invaden.

—Hermoso, ¿no lo crees?

—Sí... —responde Tolker, observando a lo lejos, antes de que se oiga un grito dentro de la tienda.

Los dos miran y ven que Silxirr y Fersir están despiertos y se pelean entre sí.

—¡Maldito, casi me matas! —exclama la Lámpara Trampera, apartándose del enano.

—¡No sabía que estabas ahí! ¡Siempre me despertáis así! —responde el Mago Gris.

—¡Tú decidiste dormirte a mi lado, deberías saberlo! —replica Silxirr.

Tolker se limita a entrar para recoger su casco, mientras Alkar contempla la riña; entonces mira hacia afuera y advierte un cuervo en lo alto de un árbol, que los observa con atención. Tolker lo mira fijamente y piensa que tal vez, sólo tal vez, no es más que un cuervo cualquiera.

* * *

En otro lugar de este oscuro mundo se oyen miles de pasos al unísono: armaduras que crujen sin cesar, espadas y lanzas que se afilan, monstruos equipando sus cuerpos con placas metálicas. Una figura esbelta y blanca se desliza entre cada soldado, aguzando lo que parecen garras. Todos se detienen al oír el andar de una figura encapuchada, que sostiene una mandíbula metálica en la única mano que asoma desde su túnica. Se acerca a la posición en que se encuentran un monstruo negro y un pequeño, que lo mira con cierto desdén.

—Esta vez no nos falles, Kamog. Cuando atacemos, no quiero verte cerca de mí ni de ninguno de tus superiores, ¿me entiendes? —dice la figura, encajando la mandíbula en el rostro hueco del Orco Oscuro.

El orco la mueve, probando si funciona, y luego esboza una sonrisa macabra que hiela incluso a los huesos más fuertes.

—Y recuerda: cuando te encuentres con ese guerrero olvidado que porta un filo de lanza en su casco, búrlate ante él de la perra con la que yaces —ordena la presencia encapuchada, mientras se aleja junto a la figura blanca—. Asegúrate de que le duela.

Pero Kamog ya no les presta atención. Tan solo piensa en cuánto tardará en acostarse con esa morena, imaginando el rostro que pondrá cuando pueda contarle cómo acabó con su amada.

LOS AUTOESTOPISTAS

Por Eddie Hamilton



«No es el destino, sino el viaje»

—Constantino Cavafis (1863-1933)

* * *

brisa. No había ni un alma en las calles ni en las carreteras, todo estaba tranquilo y en calma. Era la noche ideal para un viaje en coche.

Desde siempre le había gustado conducir; aún recordaba cómo, siendo niño, admiraba cuando su padre se ponía al volante, esa precisión quirúrgica, ese dominio absoluto y total control sobre el auto y sobre sus propias emociones. Cada movimiento, cada curva, era como una elegante danza, la delicadeza con la que pisaba el acelerador y el freno bien podrían simular la caricia a una delicada ave. Le fascinaba y apasionaba todo lo relacionado con la conducción.

Por esa razón, en cuanto pudo, se sacó el carnet y se dedicó principalmente a viajar. Se sentía imparable en el asiento del conductor, como un capitán en su barco. Le encantaba ir y venir de acá para allá, llevando a amigos, compañeros de trabajo, conocidos... lo que fuese, con tal de que le permitiesen sentarse al volante. Las calles eran cada vez más peligrosas y era mejor tener un amigo que supiese conducir. Mejor un amigo que un desconocido. Nunca sabes quién se puede subir o quién te puede llevar.

Era una noche perfecta; como no tenía sueño y al día siguiente era festivo decidió ir a dar una de sus vueltas nocturnas con el coche. ¿A dónde? A ninguna parte y a todas al mismo tiempo. Le encantaba ir sin rumbo por la carretera, a donde el coche quisiera llevarle. Ya notaba ese pinchazo de emoción en el estómago cuando salió de su barrio residencial y se adentró de lleno en la autopista. Nunca se cansaría de ello, ese sentimiento era tan adictivo que se sentía como un cazador a punto de atrapar a su presa.

No necesitaba música para relajarse; de hecho, la sentía como una distracción mientras conducía. Tenía un trabajo que hacer y quería hacerlo sin distracciones. Los faros del coche

eran las dos únicas luces que brillaban en la oscuridad. Como dos solitarias estrellas o como los focos de una prisión de máxima seguridad.

Frunció el ceño cuando distinguió a lo lejos dos figuras, caminando al lado de la carretera. Eran un hombre joven, alto y delgado, y una chica menuda que parecía encogerse por el frío. No llevaban luces ni chalecos reflectantes, por lo que no parecía que hubiesen tenido un accidente ni una avería en carretera. ¿Qué harían esos dos ahí, en mitad de la noche, sin nada en kilómetros a la redonda?

Durante un par de segundos le carcomieron las dudas. Parecían indefensos: la chica, con la cabeza gacha, no dejaba de tiritar, mientras que el joven parecía caminar sin rumbo alguno. ¿Debería ayudarles? ¿Debería hacer subir a esos dos? Si la cosa se torcía, dos personas podían ser mucho para él.

Al final, venció su lado más emocional. Aminoró la marcha según se les acercaba, pues no quería que esos dos jóvenes se asustasen y saliesen corriendo. Era importante mostrarse cordial y amigable. Al pasar por su lado, bajó la ventanilla y trató de intercambiar unas breves frases de cortesía; lo típico de «Buenas noches, ¡qué frío hace! ¿Queréis que os acerque a alguna parte?».

La chica parecía algo huraña, evitaba su mirada y no se dignó a contestar. El chico tenía un extraño brillo en los ojos y lucía una mueca en su rostro; parecía estar bajo la influencia de algún tipo de sustancia psicotrópica. Tal vez por eso, tampoco se molestó en darle una respuesta.

Aunque su deplorable actitud hacía que le entrasen ganas de abandonarlos a su suerte para seguir su camino, se lo pensó mejor. No quería dejar a esos dos ahí, en mitad de la noche, no cuando tenía la oportunidad de hacer algo por ellos. No era lo correcto.

El joven lo miró de manera crítica, como si estuviese evaluándolo, y, tras dirigirle un furtivo reojo a la chica, ambos se metieron en el coche. La joven se sentó en el asiento del copiloto, mientras que él adoptó una pose relajada en los asientos de atrás. Ni se molestó en ponerse el cinturón, a diferencia de su meticulosa y silenciosa amiga. El conductor podía sentir su gélida y vidriosa mirada clavándose como agujas en su nuca, cosa que le inquietó de sobremanera. Pero, en seguida, supo recomponerse y recuperar el control de sus emociones. Él era quien conducía. Él tenía el control.

Pisó de nuevo el acelerador y volvió a preguntarles a dónde querían que les acercase, a lo que el joven le contestó con un desganado «a donde sea». No sabía por qué, pero algo en el timbre de su voz le ponía inquieto, era como si es voz no terminase de encajar en sus tímpanos. Esperaba no tener que oírla en lo que restaba de viaje.

Pero el silencio era aún peor. El ambiente era tenso, gélido, como la calma previa a la tormenta; la chica permanecía a su lado, inmóvil como una estatua. De vez en cuando, echaba alguna mirada por el retrovisor a su compañero, que respondía con un ligero asentimiento de cabeza. Eso no ayudaba a aliviar sus nervios.

Había algo en aquella peculiar pareja, algo extraño y perturbador, la forma que tenían de mirarse con complicidad, como si entre ellos hubiese algún chiste privado que no quisieran

compartir con él, como si creyesen que no se daba cuenta de los secretos que compartían. Aquello le irritaba. No veía la hora de deshacerse de ellos y seguir su camino.

Tras varios minutos de anodina e incómoda tranquilidad, la chica tuvo por fin el valor de hacer algo. Estiró el brazo ligeramente y encendió la radio. Él tuvo que morderse el labio de frustración, odiaba que lo distrajesen mientras conducía.

En la emisora, la cansada y monótona voz de un locutor de radio que sabe que su traslado al turno de noche augura que su carrera profesional está en las últimas, transmitía las noticias con una aparente seriedad que dejaba entrever que todo aquello le importaba un comino y que lo único que quería era cobrar su cheque y marcharse a casa a dormir.

«Continúan las desapariciones en el condado de [ESTÁTICA] El número de personas desaparecidas asciende a 10. La policía afirma estar trabajando en el caso y ruega a la población que se abstenga de salir al anochecer por zonas poco transitadas, la última víctima de estas misteriosas desapariciones es [ESTÁTICA] una joven universitaria que fue vista por última vez la tarde del miércoles por la tarde. Se sospecha que podría ser obra de...»

Apagó la radio bruscamente. No le gustaba nada el tono del locutor, y ese tema le parecía demasiado escabroso para andar escuchándolo mientras conducía de noche. Menos aún le gustó ese brillo de fascinación en los ojos de la chica, la primera muestra de emoción en todo lo que llevaban de viaje. Parecía que se entusiasmaba con solo oír el tema de las desapariciones. Había un toque morboso y enfermizo en su fascinación por los hechos.

Por el reflejo del retrovisor captó un movimiento atrás, al mirar al espejo se encontró con el joven, mirándolo fijamente a los ojos con una sonrisa burlona, ofensiva a la par que siniestra. ¿Le divertía su incomodidad? ¿Era poco más que un entretenimiento para él? Esos ojos, vidriosos y casi inyectados en sangre, le devolvían la mirada sin pudor alguno, jactándose. Le desafiaba silenciosamente.

Volvió la vista a la carretera y, aunque no lo vio, supo que la sonrisa de autosuficiencia y de burla se ensanchaba en su rostro pálido y sudoroso. Qué asco le daban los yonquis, eran la escoria de la sociedad. Encima te miraban como si ellos te estuviesen haciendo un favor a ti.

Una sensación punzante en la cabeza hizo que volviese su mirada a la joven, y deseó no haberlo hecho. Su brillo de fascinación había cambiado, ahora había algo en ella, más oscuro, más siniestro. Quizás fuese un efecto de la falta de luz, pero juraría que esos ojos carecían de humanidad. No por primera vez aquella noche, sintió miedo. La mirada de aquella chica parecía atravesarlo, como si con un simple vistazo pudiese conocer todos sus secretos más íntimos. Sentía ahogarse bajo la influencia de aquellos ojos.

El coche pegó un volantazo a la derecha, de un sobresalto y forzosamente volvió a centrarse en la carretera. Al escuchar al chico de atrás reírse entre dientes su corazón se aceleró a mil por hora. Frente a él, la carretera se extendía como una línea sin fin, era como estar en un purgatorio interminable que llevaba rumbo al infierno.

Siguieron unos momentos tensos, el silencio era asfíxico. Lo único que se podía oír era el ruido mecánico del motor del coche. En otro momento, ese sonido le habría relajado, ahora

no hacía más que generarle una sensación de peligro inminente. El coche le daba una sensación claustrofóbica, sentía que no podía respirar, solo podía sentir aquellos ojos fríos que se clavaban en él y esa sonrisa burlona que disfrutaba con su sufrimiento.

Seguían mirándose a través del retrovisor, se reían de él, se estaban cachondeando en su propia cara, dentro de su propio coche. El pobre conductor idiota que les estaba llevando a donde ellos quisieran, el bobo que no era capaz de darse cuenta que no había que fiarse de los desconocidos. Casi podía oírlos pensar, no tenían que decirlo en voz alta para saber que era un hazmerreír. Y eso hacía que sus niveles de estrés y paranoia se disparasen.

Sabía que tramaban algo, ¿pero el qué? ¿Iban a hacerle daño? No, no debía preguntárselo, estaba seguro de que iban a hacerle daño. Su instinto se lo estaba diciendo a gritos, tenía que ser más listo, más rápido que ellos o la noche iba a acabar muy mal para él. Sudor frío se le acumulaba en la espalda y en la frente, y sus dedos tamborileaban con nerviosismo en el volante. Estaba temblando. Temblaba como un corderito, y aquellos dos sádicos lo estaban disfrutando como un espectáculo de circo.

Nadie supo jamás quién empezó todo, pero sí cuál fue el detonante. La chica, tan callada como siempre, llevaba un tiempo jugueteando con el interior de una de las mangas de su fina chaqueta lila, no sabía por qué, pero le estaba dando la impresión de que buscaba algo en particular. Se le erizó la piel. Los dedos delicados y finos de aquella joven no parecían estar tanteando al tuntún, su precisión era casi quirúrgica, quería torturarle. Sabía que él no podía evitar seguir sus movimientos y quería mantenerlo en vilo hasta que ella creyese conveniente. Un brillo metálico asomándose por una de esas mangas le dijo todo lo que necesitaba saber.

No pensó. Simplemente actuó.

De un codazo, estampó la cara de aquella joven contra el cristal reforzado, provocando que esta soltase un grito, el único sonido que había emitido en toda la noche. El brusco movimiento provocó que el coche girase violentamente a la derecha, saliéndose de la carretera. Quitando las llaves apuradamente, no esperó a que la joven se recuperase y siguió estrellando su cabeza contra el cristal, hasta que sus débiles sollozos y quejidos se apagaron y su cabeza no fue más que una masa sanguinolenta y visceral que teñía sus ropas claras de un tono carmesí.

En el asiento de atrás, el joven se removía como una bestia furiosa, a simple vista daba la impresión de que trataba de vengar la muerte de su amiga. Pateaba, gruñía y gritaba como un animal, dispuesto a tirarse a la yugular.

Haciendo de tripas corazón, el conductor abrió la puerta, dando tumbos al salir. El joven seguía dentro del coche, estampándose contra las puertas con una violencia tal que, de no estar puesto el seguro, las habría tirado abajo. En sus prisas por salir del vehículo, el hombre no se dio cuenta de que había dejado la puerta del conductor abierta, oportunidad que no dejó escapar el joven, que reptó hacia los asientos delanteros, dispuesto a salir del coche como alma que persigue el diablo.

Su mirada de ojos vidriosos revelaba una fiereza animal como pocas se habían visto, el conductor sabía que debía hacer algo, de lo contrario estaba perdido. El joven se impulsó, y él solo pudo ver un borrón que se acercaba peligrosamente a él.

Antes de que lo alcanzase, reaccionó y lo derribó contra el suelo, comenzando a forcejear. Durante unos segundos, solo fueron un amasijo de brazos y piernas que no paraba de revolverse. El joven trataba de atacar; le arañaba la cara, intentaba dejarle ciego metiéndole los dedos en los ojos. El hombre notaba que se le acababa el tiempo.

Se apoderó de él esa adrenalina propia de una situación de vida o muerte, ese subidón que provoca que los hombres corrientes sean capaces de actos extraordinarios con tal de sobrevivir. Casi se había olvidado de las llaves del coche, las tenía tan apretadas en el puño derecho que le habían hecho heridas en las palmas. Siguiendo todos sus instintos, alzó la mano con las llaves y las hundió en el cuello del joven con toda la fuerza de la que fue capaz. Y, después, lo hizo otra vez, y otra más, y otra... y así en repetidas ocasiones, hasta que el cuerpo del joven se desplomó sobre él como un peso inerte.

Con la poca fuerza que le quedaba tras aquel impulso de energía, empujó el cuerpo del chico, que cayó pesadamente a su lado. Con la respiración entrecortada, se incorporó para poder admirar el resultado.

Estaban muertos. De eso no había ninguna duda. La cabeza de la chica estaba tan deformada que parecía una escultura de arte moderno, y había clavado con tanta fiereza las llaves en el cuello del joven que creía poder ver un poco del hueso de las vértebras. Sus ropas estaban cubiertas de tanta sangre que ya no podía distinguir a quién pertenecían. Podía respirar tranquilo. Se había salvado.

Un escalofrío le recorrió la espalda, eliminando cualquier rastro de alivio momentáneo. ¿Cómo iba a limpiar todo esto? ¿Qué pasaría si alguien le veía? ¿Cómo podía hacerles entender que solo estaba defendiéndose? De nuevo el miedo se apoderaba de él y esta vez era más difícil combatirlo.

Inspiró profundamente; él era el conductor, era amo y dueño del coche y sus emociones. Tenía que irse rápido y no dejar ninguna huella incriminatoria. Limpió lo mejor que pudo el tapizado de los asientos con los numerosos productos para limpieza de los que disponía en el maletero, junto con viejas herramientas de jardinería que nunca se había molestado en sacar. Sabía que no sería suficiente y que necesitaría trabajar a la luz del sol en su garaje para poder eliminar hasta el último retazo de aquella noche. Pero, aun así, debía hacerlo.

Cargó con el cuerpo del joven y lo introdujo en el asiento trasero, esta vez asegurándose de que llevaba el cinturón. Colocó la cabeza de la joven, o lo que quedaba de ella, de forma que no fuese demasiado visible desde fuera, intentando también que no le manchase los cristales de sangre.

Una vez más, volvió a ponerse frente al volante y sintió que, por fin, todas las cosas que se habían torcido volvían a estar en su sitio. Condujo en silencio, pero esta vez no era un silencio incómodo, se sentía en paz. Tras aquel mal rato en el que sentía que se iba a asfixiar,

ahora podía abrir la ventana sin miedo y respirar el aire puro de la noche, que se mezclaba con el olor putrefacto de la sangre de los cuerpos y, quizás, con el de la orina.

Condujo con familiaridad hasta llegar a un desvío a la izquierda, dirección al bosque, que tomó como quien no quiere la cosa. El camino no estaba asfaltado, los abundantes baches lo hacían quedar a la altura del betún si se comparaba con la superioridad de una buena carretera, pero no le importaba en absoluto. Mientras pudiese seguir conduciendo tranquilo, todo iba a ir como la seda.

Entre tanta arboleda, llegó por fin a un pequeño claro en el que aparcó. La luz de la luna iluminaba los restos de una antigua estatua, representando a una hermosa joven en una pose seductora. La inscripción que había en la placa de su pedestal apenas era ya legible, tan solo unas letras destacaban; la «N», la «Y» y la «X». Frente a ella, dispuestos en una hilera completamente perfecta, se apreciaban unos diez montículos de tierra que parecían ocultar algo.

Recogiendo los viejos materiales de jardinería del maletero, se colocó a la derecha del montículo número diez y empezó a cavar dos tumbas del tamaño ideal para los dos jóvenes que transportaba en su coche. La suciedad de la tierra, la sangre y el sudor que le cubrían le daban un aspecto desaliñado y miserable, pero era plenamente consciente de ello. Una vez más, tendría que interrumpir su paseo nocturno para volver a casa y darse una buena ducha caliente. Se prometió que, la próxima vez, iría con más cuidado para no ensuciarse.

Dirigiéndose al coche, abrió con delicadeza la puerta del copiloto y sacó a rastras el cuerpo de la chica. Tirando de ella por el brazo, el mismo brazo con el que ella había estado jugueteando antes.

Ignoró por completo el hecho de que aquel brillo metálico que lo había desatado todo no era más que una pulserita plateada sacada de una tienda de bisutería barata, y que, quizás, los fieros ataques del joven habían sido fruto de un intento desesperado de escapar de él. Ellos, todos ellos, habían querido hacerle daño, él simplemente se había defendido como mejor pudo. No era culpa suya.

Habían interrumpido su conducción.

No tuvo ninguna consideración tampoco con el cuerpo del joven, prácticamente lo llevó hasta su tumba por los pelos, estando a punto de arrancarle la cabeza del todo. Lo soltó de forma poco ceremoniosa a los pies del agujero y lo empujó dentro de una patada. Tan solo el sonido de la pala, echando tierra sobre los cuerpos, y sus ocasionales jadeos, fruto de la fatiga, rompían la tranquilidad de aquella noche.

Satisfecho con su trabajo, echó un último vistazo a la estatua de aquella bella mujer para, acto seguido, volver a meterse en el auto, desapareciendo en la noche. Mientras conducía de vuelta a casa, una única cosa se le venía a la mente:

Y es que uno nunca sabe con quién se mete en el coche.



LOS PAPELES DEL DIFUNTO SR. CRAWFORD

Por Beatriz T. Sánchez

*Entre cartas marchitas y huesos
amontonados, se abre la Puerta...
y Yog-Sothoth espera del otro
lado.*

* * *

SALISBURY CHRONICLE, 25 de septiembre. TEMBLORES EN LAS MONTAÑAS PINWOOD.

Después de todo lo recopilado en nuestra redacción, podemos concluir, al respecto de los incidentes de estas últimas noches, que los indios se han mostrado un poco más díscolos que de costumbre. A pesar de las muchas millas de distancia, los temblores y el alboroto de los perros interrumpieron el sueño de los vecinos de los barrios al norte y noroeste de la ciudad esta noche y la precedente. No descartamos que se repitan de nuevo esta madrugada.

Solo los más viejos del lugar recordaban este fenómeno, y seguro que ahora miran con sorna a los jovencitos escépticos. Los tambores de piedra de los ojún se han dejado oír, si damos crédito a esos vetustos rumores heredados de padres a hijos, llamando a sus dioses demoníacos que caen de las nubes de tormenta.

El terreno escarpado hasta niveles demenciales aleja a los geólogos, de todos modos, poco interesados en trabajos de campo a desarrollar en regiones remotas, incomunicadas y abundantes en lugareños hostiles, pero concuerdan en la singularidad del evento. No hay fallas, ni elementos o composiciones rocosas que justifiquen los sismos, y la mayoría creen que probablemente se deban a derrumbes y colapsos ocasionales en sistemas de cuevas, existentes en el interior de esas montañas a desmano.

Nosotros, como los geólogos, preferimos mantenernos igualmente al margen, esperando que nuestros apreciados lectores comprendan que, por una vez, ignoremos las fuentes primarias. De sobra es conocida la cerrazón de los ojún con los extraños, y su desconfianza hacia los rostros pálidos.

El tiempo gris y borrascoso parece querer añadir veracidad a la leyenda, y, aunque parezca sorprendente, algunos ciudadanos de nervios sensibles se han mostrado intranquilos, y unos en la vigilia y otros en sueños, han asegurado haber visto en dirección a las montañas, flotando, retorciéndose, en los nublados cielos nocturnos, formas insólitas que preferirían no haber observado. Esta mañana ha habido más pasajeros de lo acostumbrado en la estación, con billetes para el balneario de Crystal Falls, ese pacífico y bucólico centro de descanso para cuerpos enfermos y almas debilitadas.

Cruzaremos los dedos para que nuestros pintorescos vecinos pieles rojas desistan de intentar resucitar desagradables costumbres de antaño, y regresen al camino de la civilización y el progreso.

* * *

**Para J. J. Crawford,
Church Street, n° 12, Arkham, MA
20 de junio**

Querido James

Te escribo para hacerte partícipe, en estimación a nuestra amistad, de mi paradero e intenciones este verano. Como bien suponías, no lo dedicaré a vacacionar. Tengo que encontrar a Thomas. Es demasiado tiempo sin recibir noticias. Tal vez lo encuentre totalmente integrado en la comunidad indígena motivo de estudio, pintarrajeado y cohabitando con una beldad india, pero al menos sabremos lo que ha pasado durante un silencio tan prolongado.

Ahora que el paisaje es tan diferente, y me acerco a esas montañas, comprendo la fascinación que pareció apoderarse de él en cuanto supo de su existencia. Ya sabes a lo que me refiero. Los tres somos nativos de un lugar bastante extraño de Massachussetts, como es toda la región de Arkham a Aylesbury, y la costa de Kingsport hasta Newburyport no se queda atrás. Hemos visto ejemplares de montañeses y pescadores, bastante alarmantes. En sus cartas, Thomas me contó que los ojún de las montañas Pinewood, prácticamente al otro lado del país, eran muy similares. En unas horas, al bajar en la estación, lo comprobaré. La ciudad, lo único no natural en cientos de millas a la redonda además de la vía férrea, se llama Salisbury, y las montañas se acercan a ella por el norte y noroeste.

He estado leyendo todo lo recopilado por él, y te lo enviaré junto con esta carta. Estudia todo lo que hay en estas tres carpetas marrones, te sorprenderá. Creo que es la prueba tangible de que nuestra teoría es correcta. Ese culto salvaje y arcaico a entidades ultraterrenas se esparce por el mundo, concretándose en ciertos puntos donde los tropos se repiten: aislamiento, endogamia, montañas, túmulos, cantos y ceremonias rituales en noches concretas, fenómenos naturales anómalos... no, no es Dunwich, es Pinewood Town.

En cuanto me reúna con Thomas, organizaremos un nuevo viaje para buscar el origen de todo esto. Es absurdo seguir negando la evidencia. Tienes que pensar una excusa para conseguir financiación de la universidad. De los tres, tu eres el profesor con mejor reputación. Si falla, siempre puedes recurrir a tu encofetado tío Al. Digas lo que digas, eres su ojito derecho. El rey de los ratones de biblioteca y su príncipe heredero. Sueño con el día en que heredes su puesto y podamos recorrer sin trabas el archivo y la hemeroteca. Pondremos en orden todo lo que esconde ahí la universidad de Miskatonic y pondría la mano en el fuego porque nos dará la razón punto por punto. Como dices, en todo su grotesco esplendor.

* * *

Para J. J. Crawford.

Church Streett, nº 12, Arkham, MA

25 de junio

Querido James

Pasé la primera noche en el hotel de la estación. Por la mañana, pregunté por pequeños puntos de luz que vi desde la ventana, parpadeando en las laderas. Me respondieron que eran hogueras indias, que los ojún celebran así el solsticio de verano. El viejo profesor Armitage no pudo evitar contar algunas cosas a su buen amigo Al y tu eres muy bueno sonsacando información a tu tío. ¿Recuerdas nuestra excursión estival a las montañas de Aylesbury hace tres años? Aunque ocultado desde el 29 después de todo lo ocurrido, encontramos el camino a Dunwich ¿Por qué lo tuvisteis que estropear tu y Thomas con vuestros nervios? Yo me habría adentrado más en el poblacho, pero como insistíais en dar media vuelta... ja. Sí, el ritual de los solsticios y ese aspecto apagado y degenerado tan repulsivo de los aldeanos se repite aquí.

Tampoco he visto muchos. Me evitan. Alquilé un taxi hasta Pinewood Town. La carretera no es mala, pero a los diez minutos se toma un desvío que lleva directamente al pueblo, que es un verdadero camino de cabras. Sí, lo mismo que en nuestro valle alto del Miskatonic. Cómo se quejaba el taxista, del estado de la vía y más veladamente, de tener que acercarse por allí. Dijo que no le gustaban los nativos, que habían atacado su granja y a su abuelo le habían cortado la cabellera. Un hecho anterior a su nacimiento. Le dije que los tiempos habían cambiado, me contestó que no para estos.

En la casa de correos y colmado tienen un par de habitaciones para huéspedes. En el hotel de Salisbury me informaron que Thomas no se había alojado allí. Aquí en Pinewood Town, las caras de susto del patrón y su mujer al verme, me indicaron que lo habían visto ya antes de que me lo confirmaran de viva voz. Una vez repuestos, me dieron el mismo cuarto que a él y me contaron que se había marchado hacía menos de una semana.

No podría decirte si su actitud es amable u hostil, porque en cuanto salgo a tomar el aire los pocos transeúntes a la vista huyen de mí como de un leproso, desapareciendo en la

oscuridad de callejones y porches. A veces, oigo el portazo. Van a tener que acostumbrarse a mi presencia lo quieran o no.

Supongo que Thomas está de regreso, así que avísame en cuanto le veas. Como comprobarás, son dos las carpetas que contienen el paquete que vas a recibir. No es un error. La tercera, con sus anotaciones más recientes, la conservo conmigo. Voy a seguir su trabajo donde lo dejó. Siempre habéis sido unos flojos. Te oigo (y tu un terco).

Thomas está convencido de que en estas montañas hay otro portal de entrada para las entidades ultraterrenas ya conocidas por nosotros. Por estos lares, Yog-Sothoth es llamado algo así como «Yoguesoté». Un niño que parece desconocer la norma de no hablar con extraños, del que me hice amigo ayer, cuando en mi paseo me encontré con la escuela local, gracias a mi estilográfica de nácar tallado y la promesa de una igual, dijo que las hogueras encendidas estos días atrás son para agradecer a Yoguesoté.

Seguro que Thomas se dio por vencido en su búsqueda. En sus notas habla de una cueva, no de túmulos. Esta zona es muy agreste y escarpada, así que no le voy a negar la mayor. No sé cómo podré conseguir un guía o algo de información sobre el terreno. Las montañas de Aylesbury nos resultan familiares, pero esto es *terra incógnita*.

* * *

**Para J. J. Crawford,
Church Street, nº 12, Arkham, MA
4 de julio**

Querido James

He recibido tu carta hace un rato. Gracias por la copia del mapa de las montañas Pinewood. Es antiguo, pero no creo que los accidentes geográficos se hallan movido mucho desde la década de 1890. Estoy seguro de que Thomas tendría una también, pero no estaba en las carpetas.

El niño tiene una hermana. Tal vez porque no se apartó de mí ni me miró con pánico, me puse a espiar al pequeño y descubrí que ha montado un escondite, el «fuerte», en una arboleda que ocupa una barranca de las afueras. Allí me presenté, para regalarle la estilográfica. Hubo que resignarse, la ocasión lo merecía. Cuando me dijo que me había visto un par de veces con su hermana, comprendí lo que estaba sucediendo. Al principio creían que era Thomas, pero como la tienda es el único punto de abastecimiento, la conversación entre los dueños del colmado y los vecinos habrá esparcido el rumor y ahora la noticia debe ser de conocimiento general. A veces se me olvida que somos gemelos. No obstante, diría que continúan rehuyéndome, pero con mayor disimulo.

Le he explicado que Thomas es mi hermano, y que yo me llamo Timothy. Me preguntó si también quería conocer a Yoguesoté, porque Thomas había ido a verlo. No pudo decirme nada de la cueva, puesto que es muy pequeño. Dijo que ahí solo se reunía la gente mayor, y

él no tenía permiso todavía. Hace un rato, tuve el impulso de preguntar si aquí vendían petardos, para festejar con el niño el cuatro de julio, como hacíamos nosotros a su edad, con un poco de ruido, pero pronto caí en la cuenta de lo fuera de lugar que eso debe de estar aquí, entre esta gente. De hecho, es un día como otro cualquiera.... Tan silencioso... Me paso muchas horas leyendo en mi cuarto, las notas de Thomas, los libros especializados de etnografía y ocultismo que me he traído, y ahora, tu carta.

Esta tarde, ha llegado la hermana del niño al «fuerte». Mostró al principio una curiosidad temerosa, quería comprobar si era cierto lo que le había dicho su hermanito, sin duda. Es la primera mujer que veo de cerca desde mi llegada, aparte de la dueña del establecimiento donde me hospedo. Sus facciones son muy parecidas, tez tostada, los mismos pómulos marcados, los ojos rasgados, grandes y negros, el cabello lacio y tan oscuro, pero es joven. No bajó hasta el refugio de tablas, palos y telas, sino que permaneció al borde del terraplén, junto a una piedra grande y alargada que el niño llama el abrevadero, es donde beben sus «caballos» cuando juega a capturar cuatrerros con sus «huestes».

* * *

Para J. J. Crawford,
Church Street, nº 12, Arkham, MA
12 de julio

Mi querido James

Todo lo que recabaste me ha sido de gran ayuda. Conuerdo por completo con lo expuesto de manera tan minuciosa. Me encuentro sobre una prueba tangible de todo ello, del mismo modo que lo es Dunwich o Innsmouth.

La chica, Mary, o en su idioma nativo, Tórtola Moteada, está enamorada de mí. Bueno, de Thomas. ¿Recuerdas lo que dije en broma a mi llegada, de que estaría perdiendo el tiempo con alguna nativa? No iba muy descaminado. Como prefieres los libros a los seres humanos, ja no entraré en detalles que probablemente te sean ignotos, pero aprecio indicios de ello en su forma de mirarme y en cómo me trata. No te preocupes, ya sabes que somos caballeros, con cualquier dama, y probablemente Thomas mantuvo la misma actitud hacia ella. Le conozco muy bien. Y por el mismo motivo que yo. Mary conoce la montaña y es la única que no se muestra huidiza ¿Cómo no aprovecharse de ese sentimiento? Es fantástico que le caiga simpático. Ya hemos paseado un poco juntos, con Jeff, o Pequeño Gamo, correteando alrededor. No quiero precipitarme con el asunto de la cueva y el culto, aunque es difícil de abordar durante nuestras charlas. Ella cree que soy una especie de sabio. Cuando me nombra desde la distancia, para enseñarme algún rincón de estos parajes, siempre me llama Thomas.

Mary es una sirena. Bella de lejos, pero repulsiva de cerca. No tanto como los montañeses de Aylesbury, pero estos indios están en una escala más bien cercana de decadencia física y mental. Ahora que se han acostumbrado a mí, los he visto caminar y saludarse, y entre ellos

abundan los de andares cansinos y lentitud de pensamiento. Sus ojos son demasiado oblicuos, demasiado negros, cuando ella me mira, no puedo sostenerle la mirada. Es como contemplar en un rostro humano, los ojos de algún animal sin raciocinio.

* * *

**Para J. J. Crawford,
Church Street, nº 12, Arkham, MA
22 de julio**

Mi querido amigo

Me alegro de que estéis todos bien, tanto como triste de que mis últimas palabras te hayan preocupado. James, los nativos no son peligrosos, sino inquietantes. No he visto hasta el momento la menor señal de violencia, ni hacia mí ni entre ellos. Aquí solo se respira desmoronamiento lento y quietud enloquecedora, bajo un sol abrasador. Después de un mes, empiezo a echar de menos el verdor de Massachussetts y rostros más vivos.

Siento que estoy dando vueltas sobre el mismo punto, sin avances apreciables al respecto de donde lo dejó Thomas. Llevaba su cámara con él. Mary me ha enseñado una foto que le tomó. Ella y Jeff posan muy serios, con sus ropas de domingo; la imagen podría ilustrar cualquier tratado antropológico sobre los indígenas del suroeste. Veo detrás de sus piernas la piedra larga, se la sacó junto al fuerte donde juega el niño.

¿No crees que se demora la llegada de Thomas? Ya queda lejos el Salvaje Oeste, los trenes no son tan lentos. He estado pensando que podría haberse detenido brevemente en algún otro sitio que haya captado su interés. Espero que no le haya ocurrido un percance. Pero si en unas semanas no aparece en la ciudad ni recibís misiva, tendremos que tomar medidas. Lo siento, me ha temblado la mano.

James, ¿Crees en serio en la realidad de esas entidades ultraterrenas? ¿No serán alucinaciones colectivas? Sin importar la latitud, aldeanos aislados, supersticiosos y de baja inteligencia son casi siempre sus adoradores. Lo que no entiendo es donde se encuentra el origen, la fuente primordial de la que todos beben. Si pudieras acceder a los archivos sin expurgar de la expedición Dyer de la Antártida de los años 30, o conseguir más anotaciones del Necronomicón... pero incluso todo esto puede ser la plasmación de una locura momentánea debida al aislamiento y condiciones climáticas extremas, y en cuanto al segundo, ¿no era precisamente el epíteto de Abdul Alhazred «el árabe Loco»?

* * *

Para J. J. Crawford

Church Street, nº 12, Arkham, MA

15 de agosto

He localizado la cueva. Pero me ha costado mucho comprobar que la entrada se encuentra, en efecto, en ese punto. Ahora soy yo quien rehúye a los nativos, y no al revés. Tórtola Moteada y Pequeño Gamo no me acompañaban para enseñarme la montaña, sino para mantenerme dando rodeos, vigilando que no me acercara a la gruta. En cuanto me di cuenta, decidí romper nuestra amistad e ir solo por los promontorios. Aunque el mapa no es fino en los detalles, ya conozco lo suficiente sobre el propio terreno como para no perderme.

El niño me esperaba ayer en la puerta de la tienda, pero salí por la ventana. Hoy no estaba en el porche. Han comprendido. Eso también me preocupa.

Su hermana ha pasado unos minutos bajo mi ventana esta noche. No he descornado las cortinas. Pero sus dedos repiquetearon insistentes en los cristales y su voz murmuraba: Thoomaas.... Thooooomaas.... Thoomaaaas...

Casi tuve que morderme los labios para no gritarle: ¡Soy Timothy!, a esa sirena embaucadora.

P.D.: Ahora al levantarme, he ido a la ventana, y he encontrado en el alféizar mi estilográfica de nácar. Mientras guardo la carta en el sobre, me he mirado en el espejo, y pienso ante el reflejo que Thomas no se fue de esta aldea mortecina, sino que lo han encerrado, esperando entregarlo a Yoguesoté...

* * *

Para J. J. Crawford,

Church Street, nº 12, MA

23 de agosto

Querido James

Me sorprende tu actitud, tantas y tantas citas, que yo conozco bien, recuérdalo, todas esas advertencias ¿Crees en serio en la existencia de tales seres... entes... criaturas? Siempre te supuse más racional y escéptico, con sinceridad. Pensaba que te inclinabas más por mi bando, y no por el de Thomas. Nunca se me pasó por la cabeza que creyeráis en todo eso como una realidad tangible, sino más bien como un cúmulo de folclore, cuya extrañeza había que rastrear, analizar y sistematizar. No temo a Yog-Sothoth y Nyarlathotep, sino a estos indios con ojos ferales, de cuyas mentes son producto.

Mi teoría es que el fundador fue ese supuesto faraón que no aparece en ninguna lista de dinastías, tan aborrecido por su creación que su nombre fue suprimido y silenciado, y como toda leyenda, ese hueco fue rellenado por una creciente masa de hipérboles sobre su persona, hasta acabar deificado como el gran Mensajero, el Caos Reptante, Nyarlathotep, y su culto secreto cuajó en todo lugar remoto que presentara las características precisas buscadas por

sus adeptos, adoctrinando a nativos decadentes, que perpetuarían el culto, sin entenderlo por completo pero con obediencia servil a sus amos aparentemente todopoderosos. Abdul Alhazred fue un poeta en su juventud, así que se encontraría un peldaño por encima de los creyentes comunes, permitiéndole poner por escrito por primera vez el *corpus* de esa creencia por entonces ya milenaria, combinando la pasión del converso con su capacidad artística. Y con la aparición del Necronomicón, el asunto empeoró, porque servirá de inspiración a cuanto desequilibrado se cruce con él.

A lo largo de esta semana, me he sentido más aislado que nunca. No me había dado cuenta de cómo los paseos por la montaña con los hermanos ocupaban mi tiempo, y su presencia me hacía compañía. Apenas salgo, para evitar encontrármelos. Anteayer, salí por la ventana y caminé hasta la cueva. La habitación está en la parte de atrás de la tienda y casa de correos, y solo hay dos casas más cerca, antes de la barranca. Si el centro del pueblo es solitario, puedes imaginarte la desolación en sus afueras. Como el escondite de Jeff, el niño, Pequeño Gamo, está cerca, paso por la mañana, cuando sé que se encuentra en la escuela.

Hoy he vuelto y me he adentrado en la gruta. Es un largo túnel pétreo, en cuya parte más profunda la roca de las paredes parece haber sido tallada con tosquedad, o tal vez solo lo aparente y sean formas naturales. El suelo está alisado por el paso de generaciones y generaciones, y la explanada exterior está igual de trillada, lo mismo que los escalones que descienden desparejos hasta la hondonada, en cuyo fondo se abre esta sima. Debido a su ubicación, el lugar siempre está en sombra, así que cuando decidí dar media vuelta, al salir, empezaba a anochecer.

En la oscuridad, este lugar es peor. Los sentidos se agudizan y el simple crujir de la maleza al pisarla o las piedrecillas al ser perturbadas por mis zapatos, llegaba a mis oídos amplificado de manera alarmante. Thomas y tú habríais salido corriendo despavoridos, pero yo apreté los dientes y continué con calma. No exagero. Si conoces el origen de tu miedo, puedes dominarlo. Como primates diurnos, la noche colmada de peligros difíciles de apreciar y depredadores mejor adaptados a la noche, nos atemoriza por instinto. No hay que imaginarse siseos medio articulados, saliendo de ese agujero que va quedando atrás, ni amorfas presencias invisibles que rodean con fuerza física los tobillos, tratando de impedir tu avance.

* * *

**Para J. J. Crawford,
Church Street, nº 12, Arkham, MA
5 de septiembre**

No puedo irme, James. Claro que he pensado en retornar a Salisbury, pero ellos no quieren que sea así. Cada vez que mis pasos se han dirigido cuneta abajo hacia el desvío, algún aldeano se ha apostado en las rocas, quieto, observándome, y su figura diminuta continúa allí inmóvil cuando, ya dada la vuelta, echo una mirada atrás, deseando que solo me lo haya imaginado. Son cazadores, tienen armas de fuego.

Los hombres trabajan en unas estructuras de madera que desde las zonas más elevadas he atisbado hacia el sur, parece un aserradero, una mina, o algo así. De ellas parte otra carretera, que se dirige también hacia la ciudad. Pero intentar acercarme y huir por allí es tarea imposible, como es lógico, dada su constante presencia.

Soy un prisionero en libertad condicionada. Condicionada a unos límites, los de Pinewood Town. Lo sé, y sé que ellos saben que lo sé. Así de sencillo. Dejaré evolucionar el asunto, sabes que acabaré encontrando la manera de zafarme y escapar, aunque no sé si podré regresar a tiempo para el inicio del curso. Tal vez haya que avisar al suplente, por unos días.

P. D.: Tengo la corazonada de que Thomas está aquí, tan atrapado como yo. Tal vez me dé por vencido, abandone todo este disimulo ridículo, me rinda a ellos y me lleven con él. Intentaremos la huida juntos.

* * *

8 de septiembre

Lo siento James, olvidé dejar la carta en la bandeja del correo el otro día. Como aún falta un cuarto de hora para que aparezca el cartero, es un viejo indio muy puntual y su camioneta destartalada hace un ruido infernal, te remito los últimos acontecimientos.

Ayer por la tarde, al volver de mi caminata, con esa sensación que me turba a veces de tener mil ojos acechándome, me encontré con el niño. Al verme, se bajó de la piedra alargada, a la que se había subido. Nos observamos un momento, y luego salió corriendo como una hojita marrón llevada por un viento fuerte. Es lo que debería haber hecho cuando me acerqué a él por primera vez.

—¿A dónde se fue Thomas? —se paró al escuchar mi voz— El otro profesor, mi hermano, cuando fue a verlo ¿Habló con Yoguesoté? ¿Está con él? ¿Te ha contado algo Mary, o tus padres?

—¿No eres Thomas?

—No, ya te lo he dicho muchas veces, somos iguales pero distintos. Soy Timothy— su pequeña silueta amenazaba con diluirse en la gradual oscuridad del crepúsculo, juraría que sus ojitos demasiado oblicuos, demasiado juntos, brillaban como los de los gatos cuando alguna partícula aun luminosa del ambiente caía sobre ellos. Te aseguro que las ideas de tiempo y espacio tal como las viven aquí, no son como las nuestras. Y el que parezcan ignorar el concepto de gemelo solo lo empeora. Esta tribu debía ser de las que practicaban el infanticidio cuando sucedía un parto doble, no encuentro otra explicación.

—Si has vuelto, tendrás que regresar a la cueva del gran dios— razonó— todos los que son llevados a la Puerta, se quedan allí.

* * *

**Para J. J. Crawford,
Church Street, nº 12, Arkham, MA
18 de septiembre**

Si lees esto, y aún se encuentra la piedra dentro del sobre, es que habré podido colarla entre el resto del correo sin que se enteren. Espero que haya bastantes cartas. Me apoyaré en el mostrador, junto a la bandeja, mientras la patrona y el cartero cotillean, bisbiseando en idioma ojún, y pediré una gaseosa. Desde hace unos días tengo una sed infernal. Mi habilidad de tahúr hará el resto. Me apartaré con mi botellín y el viejo se inclinará como siempre para recoger la bandeja y meter todo el contenido en su saca.

Lo siento, espero que puedas entender la letra, me tiemblan las manos.

Y cuando recuerdo lo que he visto, todavía más.

Hace cinco o seis días, tal vez cuatro, no, más, cinco.... Espoleado por las palabras de Pequeño Gamo, decidí que debía adentrarme en la cueva hasta el final del túnel, porque tenía que desembocar en algún lugar de reunión para todos los que se congregaban en ella, no obstante, si resultaba ser un pasadizo hacia una red de galerías, entonces evitaría avanzar más, para no perderme. Pero tenía que resolver la incógnita.

Era largo, pero mantiene el ancho y alto aceptables en toda su extensión, hasta un arco que da paso a la gran sala abovedada. Eso es lo que iluminé con la linterna. Una enorme sala circular, con una rotonda central. Si pudiera explicarte la pestilencia que ahí se concentra, como en el nido de un carroñero. Las paredes rezuman, y en ellas fermentan cuajarones de sangre seca. No hace frío, permanece extrañamente templada, no sé cual puede ser el origen de ese calor. Del centro de la bóveda pende una especie de cuerno, y como contraparte justo debajo en el epicentro de la rotonda, se eleva un cilindro de piedra.

En la punta del cuerno y en el centro del cilindro hay respectivamente una piedra o cristal rojizo, arriba triangular con el vértice hacia abajo, plana y octogonal la de abajo, como un espejo en que reflejar a su compañera.

Y, y... la rotonda... está separada del resto del suelo por una zanja profunda, que la rodea formando un anillo... está, la zanja, está... colmatada de huesos... huesos humanos... allí, amontonados, no sé qué profundidad tendrá, pero los huesos, casi llegan al borde...

En el centro rodeado por la fosa ósea, junto al cilindro, había... un... un... esqueleto... completo.... Allí, en el suelo de piedra....

Maldita sea, James, era... era Thomas... en el anular de su mano derecha lleva nuestro anillo, nuestro anillo de sello con el escudo de armas familiar, igual que el que llevo puesto, mi gemelo...

Espero que las lágrimas no emborronen demasiado el papel... pude sentir un crujido en el cerebro en ese momento de reconocimiento, una punzada en el corazón, y a mi alrededor, voces murmurando en una jerga incomprensible, o el viento ululando.

Todo es una masa negra después, no sé cómo pude arrastrarme al exterior y acertar con el camino sin precipitarme por algún barranco, o extraviarme sin más, pero crucé en la noche

hasta la ventana, cayendo de bruces en el suelo. Así me encontraron los caseros por la mañana. Estuve enfermo. Comatoso. Delirando. Varios días.

Ahora estoy de nuevo despierto. Muy débil. Sin apetito. Con mucha sed.

Creo que hoy es el 20 de septiembre, en realidad. No lo sé. Ya no estoy seguro de nada. Ahora veo el tiempo de la misma forma que ellos. Probablemente, cuando leas esto, estaré muerto. Al lado de Thomas. Tengo una cita con Yog-Sothoth.

Estos malditos se van a llevar una sorpresa cuando no puedan abrir el resquicio de la Puerta que custodian. Te entrego mi pequeña venganza. Guárdalo bien. Escóndelo entre los demás secretos de la biblioteca, viejo amigo. Ya no podré decirte quién tiene razón, si mi sacrificio será por mano de humanos enajenados, o sí en verdad un dios Exterior vendrá a alimentarse de la ofrenda.... Que locura....

Por la mañana, evitando a los Guardianes, gracias al correspondiente conjuro del *De Vermis Mysteriis*, que me advierte al hacerlos medio visibles para mis ojos, fui a la gruta y arranqué el cristal del cilindro, fue mucho más fácil de lo que creía. Solo estaba encajado en un hueco de similar forma. Hice palanca con la hoja de mi navaja.

Oigo acercarse el cacharro destartado del cartero. Recupero la compostura. Simulo aplomo.

Esconde el cristal. Entiérralo. Quémalo.

Adiós, James.

* * *

Para John Wellington Upton
Dock Street, nº 6, Kingsport, MA
10 de octubre

Querido primo

Dado que todavía dudas de todo lo que te he contado respecto a los aparentemente desaparecidos hermanos Creighton, te envío todo el material prometido para que lo compruebes con tus propios ojos. Ellos me eran muy cercanos, y lamento mucho lo que les ha sucedido. Todo esto no es algo para airear entre profanos, como comprenderás. En cuanto pueda, iré a visitarte para hablar largo y tendido sobre el asunto, y te mostraré la pieza enviada por Timothy junto a su última carta. Es un cristal de tono sanguíneo, tacto grasoso, me gustaría que lo analizarás. Tiene un grabado un poco desasosegante, que se hace visible al trasluz, una entidad espantosa dentro de lo informe. Pero sus líneas tienen algo sugestivo, una enredadera que recuerda a lo maya.

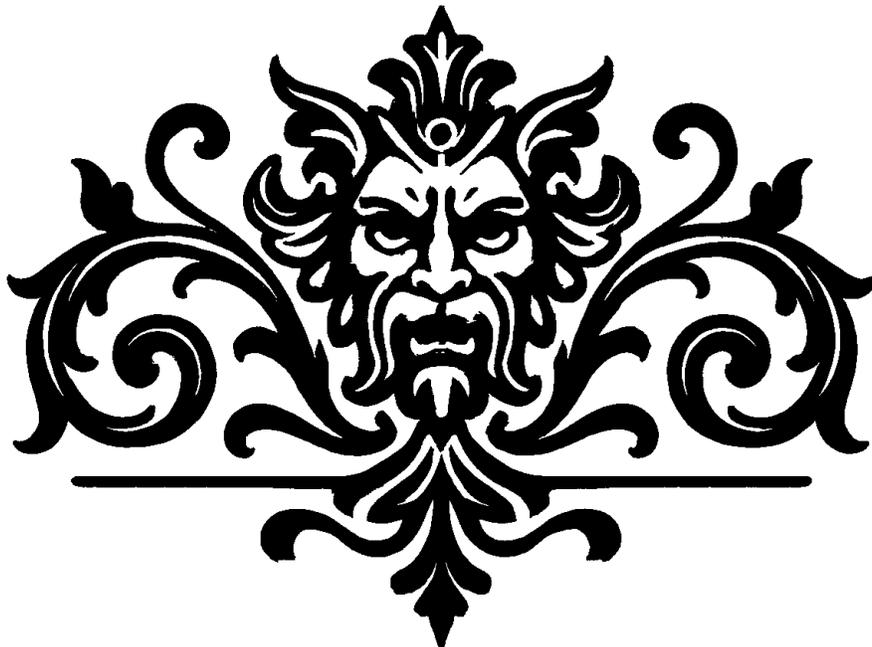
J. J. Crawford.

* * *

ARKHAM ADVERTISER, 1 de noviembre
ACCIDENTE MORTAL EN LA UNIVERSIDAD DE MISKATONIC

Hemos de lamentar el deceso de un joven profesor de antropología, arqueólogo aficionado y coleccionista de antigüedades de la Universidad de Miskatonic. El profesor James Joshua Crawford fue encontrado ayer sin vida en un anexo de la biblioteca del campus.

Al parecer, se precipitó desde la segunda planta, al tropezar y caer por encima de la barandilla. Hay rumores de que una cadena que llevaba al cuello le fue sustraída. Los más exagerados afirman que el colgante de esa cadena era una reliquia valiosa, y que esta le fue arrancada con una fuerza tan extrema, que había resultado decapitado. Lo cual resulta del todo inverosímil. Aunque debemos admitir que no es tan desacostumbrado en este campus, y en especial en el área de la biblioteca, que sucedan anomalías de tal calibre. Nunca nos cansaremos de recordar que muchos ciudadanos desaprueban que se custodien en ella ejemplares de literatura ocultista tan infames como una de las pocas copias completas de Necronomicón, mientras que para otros es motivo de orgullo la posesión por parte de la entidad educativa local de tan raros ejemplares. *Ex Luce Ad Tenebras.*

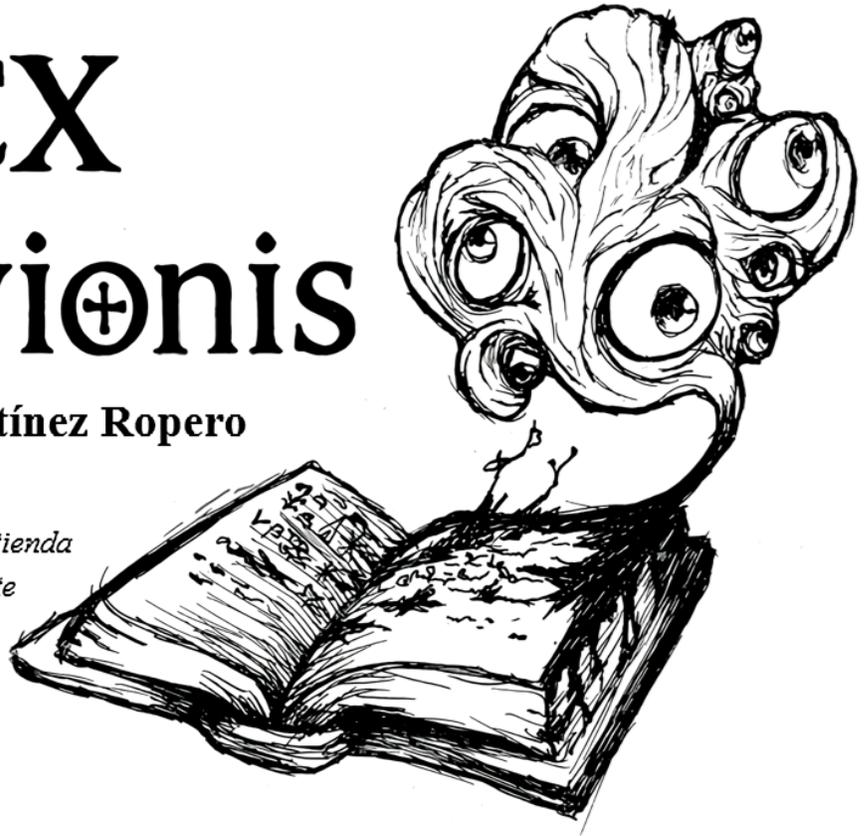


LEX Oblivionis

Por Elvira Martínez Ropero

*Hallado en la penumbra de una tienda
olvidada, el libro maldito promete
saberes prohibidos...*

* * *



No debí haber abierto aquel libro...

Compré aquel tomo extraño por amor al olor de lo viejo y porque parecía ser mi destino, ya que mis pasos estaban siendo guiados más por una corazonada que por una ruta planificada. Paseaba por un pueblo costero, tratando de olvidar que me encontraba enfermo pero mi cabeza no me estaba dando tregua. Llevaba un tiempo con una extraña sensación de confusión, sentí que se solucionaría alejándome de la rutina y acercándome al mar; aunque, a veces, he llegado a pensar que tal decisión no fue tomada por mí ni por ningún médico... era algo más intuitivo, un impulso que había tomado su propio rumbo y decidido en mi lugar.

Entre las empedradas calles con olor a salitre y musgo, tropecé con la tienda de antigüedades, una de mis debilidades. Al entrar pude sentir un extraño olor, resultaba nauseabundo, pero no me invitaba a irme sino, más bien, a encontrar la causa, a averiguar por qué me resultaba tan familiar. Tras detenerme ante unos pocos objetos que tenían más de curioso que de antiguo, me acerqué a la sección de libros, parada inevitable, y me tomé un tiempo en recorrer con la mirada las estanterías, buscando un tesoro olvidado, una pieza preciosa que la gente no hubiera apreciado. Pocas veces había tenido éxito, pero hoy sentía que necesitaba dar con ello. Fue entonces cuando, al intentar alcanzar un tomo de poesía de Shelley, algo cayó a mis pies. Un libro que parecía tener demasiado tiempo y que, al abrirlo, me hizo sentir toda su historia penetrando en mi piel: me había estado esperando por

demasiado tiempo. Su aroma me inquietó y, por un instante, me invadió la necesidad de salir corriendo, de dejar atrás aquella sensación. Sin embargo, fui incapaz de encontrar un lugar en la estantería al que devolverlo y tampoco hubiera podido escapar de aquella tienda dejándolo abandonado. Así que me acerqué al hombre que llevaba el negocio y le pedí precio, pero con recelo, temeroso de que me negara su venta o reclamara la propiedad del ominoso ejemplar.

El libro pasó el día en mi mochila y, aunque nadie lo vio desde que salí de la tienda, experimenté un miedo irracional a que alguien me lo arrebatase, que lo descubriera y quisiera arrancármelo de las manos. No es que me creyera su dueño, tenía más bien la sensación de pertenecerle yo a él.

Cuando, finalmente, llegué al apartamento, no conseguí desconectar de la sensación abismal que se apoderaba de mi alma. Temía profundamente sacar de la mochila el objeto de mi perturbación y, al mismo tiempo, experimentaba un deseo irrefrenable de hacerlo sin demora. Ni cené ni me preocupé por ninguna otra cosa. Me senté en mi cama y, con una solemnidad impropia de mi carácter, tomé el libro y lo abrí despacio, con la certeza de que ya no había marcha atrás, de que algo estaba clamando por dar comienzo.

Lentamente y como si se tratara de un ritual, abrí la tapa y observé las filigranas, que parecían formar un título. Las palabras atravesaban cada página en todas las direcciones, como si les faltara espacio. No estaban todas en el mismo idioma y había cientos de caracteres diferentes, entre los que odié reconocer alguno. Parecía que se repetían por ciclos, como si se tratara de algún ensalmo, de un rezo, con un estribillo necesario que lo hacía sonar como una persistente súplica, dirigida al dios al que fueran enviados. No entendí ni una sola palabra de aquel lenguaje arcaico y primario que cubría ese papel sin márgenes, oscuro y de hedor penetrante. Su cubierta me hacía sentir que algo vivo habitaba en él. En algunas páginas no solo había texto, también se llenaban de dibujos extraños, de seres que jamás había visto. Las bestias o monstruos, que allí parecían dotados de una intensidad abrumadora y de un realismo preocupante, me hacían sentir escalofríos... y, cuando aquellos ojos se clavaron en mi interior... los observé, intentando discernir hacia dónde miraban, qué estaban buscando dentro de mí...

Tuve que cerrar de golpe cuando lo percibí, como un gruñido, una respiración grotesca tras la espalda. Entonces lo vi, en mi frente, en mi alma, en mi cuerpo, en todos los espejos,

en mi pasado, en ese instante y en un futuro incierto que ahora ya no tendría sentido imaginar. Pero no lo vi con los mismos ojos que observaban aquellas páginas, sino que lo percibía con todos los sentidos sin usar ninguno. Respire profundamente intentando sacar fuerzas para girar mi cuello y encontrarme con ello.

Me volteé, pero no hubo manera de localizarlo. No lo veía, pero sabía que estaba allí, en algún lugar. No dejaba de sentir sus ojos encima y su respiración en el aire. Emanaba de él un poder más grande de lo que mi mente podía abarcar. Sé que quería algo... de mí, del lugar. Quizá el libro... se me pasó por la mente volverlo a abrir. El terror de hacerlo me inundó hasta los huesos, pero no podía dejarlo así, estaba claro que todo había sucedido por una razón.

Me acosté de nuevo en la cama, tratando de ignorar su amenazante presencia. Cerré los ojos despacio, intentando mirar entre mis pestañas por si en esas circunstancias se dejaba ver. Pero nada.

Cerré del todo los ojos y un abismo enorme se abrió ante mí. Me vi recorrer el tiempo y el espacio, encontrando los fragmentos de mi ser en un inhóspito lugar del universo, repartidos por millones de años luz de distancia, como si los dioses me estuvieran mostrando la cantidad de lugares que recorrí antes de ser yo mismo. Y, sin embargo, aquello me hizo sentir insignificante, me hizo preguntarme si cada parte que me constituía, cada pequeña partícula, acabaría de nuevo por disgregarse en la lejanía, mostrándome que no soy nada en este instante, como no lo fui nunca y como no lo seré jamás.

No estaba dormido, su respiración seguía en mi cuarto, sus ojos se habían hecho reales y su boca me mostraba que mi piel era la de aquel libro... no existe el tiempo ni el espacio y hoy vuelve a tener hambre.

No debí abrir aquel libro.

Por Frank Belknap Long

La MUJER SERPIENTE



Autor de "La sanguijuela del océano", "Hombres que caminan con el viento", etc.

* * *

—¡Qué lluvia más agradable! —dijo la señorita Beardsley— Adoro la más profunda oscuridad... ¡y este lugar es más lóbrego que el Erebo! La perversidad de la naturaleza ha penetrado en las rocas, ¡parece que estuviesen vivas!

—Esta gente veneraba a un panteón... singular —expliqué—. Ishtar aparece representada aquí y, en el altar que se yergue ante ti se practicaron ritos infernales, inconcebibles para la mente moderna. Tan solo para describirlos habría que idear un nuevo lenguaje. Estos pilares son anteriores a Stonehenge y Egipto, precediendo a las pirámides por miles de años. Datan, posiblemente, del Neolítico.

—¿Quién era Ishtar? —preguntó la señorita Beardsley.

—La excelsa diosa madre o «magna mater» de los babilonios, asirios y otras civilizaciones más oscuras y siniestras que ya eran leyenda en tiempos de Homero. La adoración de Ishtar, también llamada «Innanna», «Nina» o «Astarte», se extendió a través de todo Asia. Sus altares pueden ser hallados en Persia, India, China, Arabia, Siberia...

» La contraparte mundana de Ishtar fue una mujer de devastadora belleza, que poseyó la cruel y despiadada naturaleza de la emperatriz romana Mesalina. En Ninive, en Tiro, en Uruk... su manifestación terrenal atrajo a los jinetes de camello, procedentes del desierto, para destruirlos con sus besos. ¡Se estima que sus víctimas anuales superaban en cantidad a la de las legiones de langostas!

La señorita Beardsley frunció el ceño y hurgó con su sombrilla entre las piedras grises y obsoletas.

—No es que no confíe en ti. Pero me dijeron en el pueblo que las muchachas nativas pasean por aquí de noche y fingen ser reencarnaciones de esa diosa.

—Las nativas son muy feas —le aseguré—. Tienen nariz chata, orejas cuadradas y llevan anillos en los labios. Ningún hombre blanco podría amarlas.

—Nunca me gustaron —murmuró la señorita Beardsley.

Tomé la mano de la señorita Beardsley y le dirigí una sonrisa, mirando a sus nerviosos ojos azules. Su enfado me resultaba más encantador que la poco lucrativa gloria de la arqueología. Pero, con la terquedad propia de un hombre, no podía evitar excusarme.

—No hay verdad en esos estúpidos cuentos —dije—. Pero dormir aquí tiene algo especial. Sí... este lugar está embrujado, ¡eso me dará prestigio!

—Pero... ¿qué tiene que ver la superstición con la arqueología? —preguntó la señorita Beardsley.

—¡Debemos investigar todas las supersticiones! —respondí—. A menudo proporcionan datos valiosos. Lord Clayton-Maddox ignora las ruinas embrujadas, y la Real Sociedad ignora a Clayton-Maddox.

—¿Y eso qué tiene que ver? —la señorita Beardsley hizo un mohín. Sentí que esa frivolidad no le quedaba bien.

—Temo —dije— que subestimas la satisfacción del logro y el valor de las recompensas.

La señorita Beardsley exhibió un gesto de desprecio.

—Pero ambas son completamente inútiles; ¡en cincuenta años ya no las deseas! —soltó con brusquedad, agachándose y recogiendo un puñado de arena grisácea— ¡Serás menos que esto!

Los ojos de mi guía brillaron, y le sonrió a la señorita Beardsley.

—Es alentador —dijo— escuchar a una mujer hablar así. Nosotros, en Oriente, damos menos valor a lo externo. Educamos el alma y no valoramos las recompensas. Para nosotros, permanecer humildes y desconocidos es algo que trae honra. De hecho, despreciamos a los que son ricos en bienes mundanos.

—Y, ¿cuál es el propósito de esa actitud tan ridícula? —pregunté.

Había un dejo de reticencia en su voz cuando me respondió.

—Ustedes, los sajones, son primitivos e incivilizados. Se entretienen con juguetes absurdos; se enorgullecen de sus puentes y sus automóviles, sus teléfonos y cocinas sin fuego, y de sus fábricas viles y nocivas; mientras nosotros buscamos la verdadera cultura y la comprensión. Su civilización decayó antes de la invención de la imprenta. Su Edad Media fue gloriosa. Por aquel entonces tenían grandes catedrales, misterios sagrados y profanos, magia y símbolos sagrados. Tuvieron un gran vidente que superó en sabiduría al antiguo Oriente. John Dee conocía los secretos y terrores que habitan en las almas solitarias. Y, si hubieran seguido a Dee en lugar de a niños como Newton y Watt, tal vez ahora estarían en comunicación directa con lo desconocido. La verdadera cultura de Grecia desapareció cuando los filósofos entraron en Atenas; su civilización tomó el camino equivocado y pereció con el Renacimiento italiano.

Me preguntas por qué educamos el alma. Educamos el alma para hacerla fuerte. Cuando el alma es fuerte, puede conquistar... pero hay cosas que no puedo nombrar.

—¡Pamplinas! —repliqué— Pero dime, ¿hay cosas innombrables rondando por estas ruinas?

Mi guía me miró evasivamente y evitó una respuesta directa.

—Necesitarás un cuchillo, nacido del Cielo— me informó.

—¿Y un arma de fuego? —pregunté.

—No sirve de nada disparar cuando ves los ojos. Son invulnerables. Pero un cuchillo te podría ser útil.

—Un arma debería ser suficiente —insistí—. No creo que lleve un cuchillo.

—Debes llevar también un cuchillo —dijo la señorita Beardsley—. Y, si las muchachas nativas...

Sus ojos se endurecieron, y vi en ella unas posibilidades y una gravedad que jamás había sospechado.

II

Esa noche, acampé en el gris y desierto templo de Ishtar. No fue agradable. El viento soplaba desde el desierto, silbando, fantasmal, entre los solitarios altares y los oscuros y amorfos pilares. Las langostas se posaban en mi nariz y en mis orejas; hacían una especie de melaza en mi barba y se negaban a marchar. Nada me resulta más repulsivo que los insectos, y, sin embargo, es inútil enfurecerse con ellos. Me sentaba y cabeceaba, o miraba soñolientamente hacia la oscuridad, pensando en los gusanos de los osarios que el árabe loco Alhazred criaba en los vientres de camellos muertos. Me preguntaba si tendría el valor moral para enfrentar la aparición cuando se presentara. Sería necesario desafiarla y desenmascararla.

Lo que más me impresionaba era la forma en que persistía la leyenda de Ishtar entre los nativos. Recordaba los horribles ritos asociados a su culto y, curiosamente, no lograba apartar de mi mente un vago anhelo de sentarme extasiado ante el espectáculo de un sacrificio humano, ofrecido al panteón asirio, sobre aquel altar oscuro e intemporal que tenía ante mí. Embobado, lo imaginé. El sacrificio tomaba una forma abominable. La víctima era sujeta al altar de piedra gris por seis sacerdotes encapuchados de Ishtar, y despedazada con cuchillos pequeños. Y, mientras los horrendos sacerdotes realizaban su impía carnicería, Ishtar sonreía. Y, de pie junto a la base del altar, consolaba a la víctima acariciándole el cabello.

Y, sin embargo, a pesar de su crueldad, los babilonios y asirios la adoraban con una devoción curiosa. Me habían contado que Ishtar era tan hermosa que ningún hombre podía mirar su rostro desnudo y conservar la vista. Su cabello era color bronce, como las arenas del desierto cerca de un oasis, y sus labios ponían al espectador en un peligro inmediato. Los hombres olvidaban a sus esposas y, a veces, incluso sus mercancías y camellos, cayendo de rodillas a adorarla. Todo el día, sobre las suaves arenas, procesiones de hombres se reptaban

hacia ella sobre sus manos y rodillas. Se habían promulgado edictos imperiales en su contra; pero los hombres, arriesgándose a la muerte o al exilio, seguían arrastrándose hacia ella sobre sus miembros. Era más hermosa que el blanco y purpúreo amanecer, siempre perfumada con los aromas del paraíso. Había algo en sus movimientos, en la manera en que alzaba la cabeza, en la curva de su codo o en la forma en que la luz se reflejaba sobre sus tobillos afilados, que enviaba un refulgente e imposible gozo al corazón de sus devotos. Ningún hombre que hubiera visto a Ishtar podía conformarse por mucho tiempo con una mujer ordinaria.

Desperté de aquella ensoñación para mirar hacia unas tinieblas que deshonraban a las mismísimas estrellas. Tan solo en el desierto la oscuridad se espesa como crema batida, deslizándose con un susurro perceptible.

La oscuridad era como un gran escarabajo de obsidiana, cubriendo el mundo con sus alas. No se movía en ella sombra alguna, y nadie respiraba en ella, pero la misma negrura vivía y susurraba. La noche era como una anciana que había engendrado a la misma oscuridad. Más allá de las tinieblas se sentaba su progenitora, con un hijo que no es suyo sentado en sus rodillas. Y, entonces, en mitad de aquel páramo desolado de sofocante negrura, vi dos brillantes ojos verdes que miraban sin parpadear.

Me puse en pie, nervioso, y les dije a los ojos que no me asustaban. El sonido de mi propia voz pareció tranquilizarme.

—¡No sois los ojos de Ishtar! Esto es algún truco... ¡algún truco ridículo y vergonzoso! ¡Estáis aprovechándoos de los americanos! Pero lo informaré al cónsul. Con nosotros no se juega. Nuestro cónsul, pelirrojo, golpea a su esposa y juzga a los hombres solo por el color de su piel. Ni siquiera se molestará en elevar la queja al gobierno. Tomará medidas poco ortodoxas y se encargará del asunto personalmente. Detesta a los impostores con una mezcla de histeria y desprecio. Te atará a un poste, te arrancará los dientes y te hará cosquillas en las plantas de los pies hasta que grites, delires y un horror sin nombre se apodere de tu mente.

Los ojos ni siquiera pestañearon. Eran brasas verdes en un vacío que susurraba. Miraban sin párpados en la oscuridad y pensé: «¡Estos deben ser los ojos de Ishtar!»

Una sensación de entumecimiento extraordinaria se apoderó de mí. En ese instante, todo pareció perder sentido; mi agitación fue cediendo poco a poco ante una indiferencia estoica. Sin embargo, en lo más profundo de mi mente, acechaba un horror impío, y mi corazón latía con una inestabilidad trágica. Aquellos ojos eran el sello del horror indescriptible de la noche. Reforzaban mi aversión a la oscuridad, volviéndola aún más mefítica, más intensamente malévola. Emitían dos rayos verdosos que atravesaban las tinieblas, sin llegar a iluminarlas.

Avancé hacia los ojos, extendiendo los brazos para mantener el equilibrio. Dos veces estuve a punto de tropezar, y una piedra afilada traspasó las delgadas suelas de mis mocasines.

El suelo estaba cubierto de rocas increíblemente antiguas; la arena, suave y húmeda, cedía bajo mis pies. Por un momento, intuí que, desde algún lugar más allá de los estrechos y grises confines del templo, una corriente de aire enfermizo y maloliente soplaba silenciosamente en la oscuridad. Sentí el insalubre calor en mis mejillas y garganta. Pero, lo peor de todo, era la sensación de maldad que me envolvía como un pútrido sudario.

Decidí anticiparme al abrazo de Ishtar y, con deliberada determinación, fijé la mirada en los ojos que tenía frente a mí. Ardían con una furia poco velada. Mi cuerpo quiso rebelarse, y las palmas de mis manos se humedecieron con el sudor del miedo; pero mi voluntad me sostuvo al borde del abismo. Pensé: «Es muy extraño que Ishtar no me desafíe. Es aún más extraño que solo me observe con esos grandes ojos sin alma». Enmudecí, al comprobar que aquellos ojos estaban divididos en diminutas secciones. Se me pasó por la cabeza que los de Ishtar podían ser ojos compuestos, similares a los de una mosca: un millón de millones de orbes llameantes. ¡Esos ojos no eran humanos!

Retrocedí hasta que mi espalda chocó contra un muro alto y sobresaliente. Pasé las manos con rapidez por la piedra para convencerme de que era sólido y firme. Aquella pared era mi refugio frente al engendro maldito de la noche. Era un baluarte de lo tangible y real contra lo amorfo y sombrío. Saqué el revólver de su funda en silencio y lo apunté hacia los ojos verdes, fijos e implacables. Mi arma podía desgarrar la oscuridad, partirla en dos, reducirla a escombros. El revólver se había convertido en un símbolo del poder dirigido contra el mal, que se agazapa y ataca por la espalda.

Intenté orientarme con un arma a la que no estaba acostumbrado. La idea del repentino y brutal estallido de un revólver en aquel lugar velado parecía una profanación, y mis dedos temblaban sobre la recámara. Una extraña parálisis me invadió; por un momento me sentí como un cadáver envuelto en una mortaja. Me torturaba el miedo al ruido y a la acción, a cualquier cosa que perturbara la oscuridad y volviera drástica la situación. Por un instante vacilé, y consideré la posibilidad de arrodillarme ante Ishtar y pedirle perdón. Pero, de pronto, el valor creció en mí como una ola.

Me atreví a apretar el gatillo, y la repugnante negrura se desvaneció en medio de un resplandor desbordante que sacudió la tierra. Ya no existía nada salvo una blancura evanescente y trascendental. La oscuridad, temblando como gelatina, colapsó, retorciéndose sobre las rodillas de la madre noche. Y, desde el corazón del resplandor, estalló una detonación atronadora. El sonido desplazó a la luz, y la oscuridad volvió a cernirse sobre mí. Cerré los ojos y grité, mis piernas amenazando con ceder bajo mi peso. Pero pensé: «Un solo disparo no basta. Debo asegurarme de que Ishtar no escape».

Descubrí que no sentía el menor deseo de ver a Ishtar. Con la espalda apoyada contra el muro y el revólver ahogando la oscuridad, me sentí aliviado de no poder distinguir aquello que pudiera habitar allí. Sin embargo, en el resplandor fugaz, alcancé a vislumbrar muros bajos y derruidos, altares inclinados, y rostros oscuros, como de sátiros, esculpidos en basalto negro. Aquella visión me produjo un horror y una reverencia imposibles de expresar, y llegué a creer que la señorita Beardsley había ocultado, tras fingida frivolidad, un insólito entendimiento. Ella había intentado advertirme:

«¡Este lugar es más lóbrego que el Erebo! La perversidad de la naturaleza ha penetrado en las rocas, ¡parece que estuviesen vivas!»

Todo aquello pintaba mal, parecía servir como particular explicación para el temor que en los aldeanos inspiraba el templo de Ishtar. Por cinco o más minutos hubo un silencio

sepulcral, hasta que arrojé aquella cosa de fuego que había sido incapaz de justificar su alarde de fuerza. Escuché un repiqueteo metálico cuando cayó sobre el suelo. Los ojos de Ishtar se aproximaron; sentí como si estuviera palpando las profundidades de la angustia, como si me balancease sobre un abismo silente. Muy por encima de mi cabeza, a través de una fisura, pude ver las estrellas, pero brillaban tan débilmente que parecían exudar oscuridad y no luz.

¿Y si debo postrarme ante Ishtar y persuadirla para que me ame? Tal vez su mirada se enternezca; tal vez deba mirarla y encontrarla hermosa. Quienes viajan en camello percibieron su belleza. Ellos llegaron del desierto y ella los confortó con sus besos, los hizo morir de amor.

—¡Podría amarte! —les dije a los ojos, odiando al instante el sonido de mi propia voz.

Sabía lo que había hecho, pero nunca habría hablado con Ishtar si una fuerza superior a mi voluntad no me hubiera persuadido de que la destrucción total era más deseable que la incertidumbre.

Arropados por la noche, los ojos se dilataron de golpe y su mirada se enterneció. Perdieron ese fulgor serpentino. Avanzaron hacia mí y oí un leve silbido, como si algo suave y liso se estuviese impulsando con manos y rodillas para reptar sobre una superficie áspera e irregular. La silenciosa brisa nocturna trajo ante mí un olor indescriptible, acre y cadavérico. Y, entonces, desde más allá de los estrechos y grises límites del templo, oí una repentina y aguda exclamación de miedo y dolor.

Era un quejido asustado y lastimero que desgarraba la noche, afrentando a los ojos de Ishtar. Surgió de entre las tinieblas, tierna, tan llena de compasión como de terror. Pareció hacer menos temible la amenaza de aquellos oscuros confines.

—¡Retrocede! —exclamé— Yo me ocupo de esto.

La voz aumentó en intensidad. Creció entre las sombras, formando frases, ruegos y reproches.

—¡Oh, Arthur, te lo advertí! ¡Ya te dije que nada bueno saldría de dormir aquí! Arthur, ¿dónde estás?

—Señorita Beardsley —rogué—, debes retroceder. No hay nada. Nada que pueda hacerte daño.

—Algo hay, Arthur, y le plantaré cara contigo. No le temo, Arthur, no hay nada en la oscuridad que pueda herirnos. Tan solo nuestros miedos nos lastiman, engendrando monstruos en la oscuridad. Debes apartar tus miedos, Arthur. ¡Yo te ayudaré a hacerlo!

Sabía que la señorita Beardsley había rodeado los muros grises y había penetrado al interior del templo, sometiéndose a la amenazante mirada de Ishtar. Vi cómo los ojos se tornaban afilados, su dulzura desaparecía y una furia fría comenzaba a arder en aquellos fosos carentes de pupila.

—¡Arthur! —llamó la señorita Beardsley, permitiéndome deducir que se encontraba a menos de tres yardas de mí; podría haber dado un paso adelante y tocarla en la oscuridad—
¡Arthur!

Su voz era de reproche y desesperación. Avancé para interceptarla, y vi cómo los ojos bajaban y viraban hacia el lateral. Chocaron contra algo blando, provocando un súbito grito de pánico. Supe al instante que la señorita Beardsley había sido atacada y derribada violentamente.

Abandoné la seguridad que me brindaba el muro y caí a gatas, avanzando a tientas entre cenicientas y filosas piedras. Pensé que debía haber una forma de abrirse paso, de desgarrar la oscuridad y rescatar a la señorita Beardsley. Temblaba, gemía y luchaba contra una oscuridad y un terror espantoso que me invadía la mente. Me impulsé hacia adelante sobre los cantos filosos, dejando mi cuerpo magullado, la ropa hecha jirones y los ojos llenos de lágrimas. Porque, más adelante, la oscuridad era impenetrable, lo cual se volvió un impedimento para alcanzar a la señorita Beardsley.

La señorita Beardsley dejó escapar leves y ahogados jadeos, seguidos por sollozos y borboteos. Escuché un forcejeo y arcadas. «¡Cuán mortífero horror!», pensé. Una singular e incontenible sensación de propósito incidió como un tónico revitalizante sobre mi voluntad. Ishtar representaba los horrores de la noche, ¡y yo debía salvar a la señorita Beardsley de sus oscuras y repugnantes garras!

Percibí la amenaza de Ishtar con una agudeza renovada. Su maldad sobrenatural no sólo ponía en riesgo la vida de la señorita Beardsley, sino su alma misma, pues aquella diosa no se conformaría con un simple cuerpo, una cáscara vacía. Luchaba, entonces, por preservar tanto su carne como su espíritu. Avancé con dificultad, como si intentara desgarrar la oscuridad con mis propias manos. El dolor me atravesaba. En la penumbra, en lo más profundo de la noche, conocí el verdadero sufrimiento. Y a escasos tres metros de mí, la señorita Beardsley sollozaba y gemía.

Me resultaba aterradora mi impotencia para alcanzarla. Había trepado sin descanso sobre cantos grises y ásperos; mis manos y rodillas, cubiertas de sangre, daban testimonio de ese infructuoso esfuerzo. Pero no lograba llegar hasta ella. Se alejaba de mí. Algo tiraba de ella, arrastrándola sin piedad sobre las rocas.

De pronto, sentí humedad bajo mis manos y rodillas. Mis pensamientos se nublaron, pero comprendí que me arrodillaba sobre algo mojado. Era como si hubiese cruzado el umbral del sufrimiento hacia un delirio mudo e irracional. Alcé lentamente una mano fuera de aquella sustancia viscosa. No me atreví a confesar mis temores, ni siquiera a mí mismo; no los reconocí con claridad. Todo era confuso, incierto, envuelto en una bruma mental. Pero en lo más hondo de mi conciencia, el miedo acechaba, agazapado como una pantera a punto de lanzarse.

Levanté la mano con lentitud. En algún rincón nebuloso de mi conciencia comprendía que no podría seguir adelante si aquella humedad confirmaba mis peores sospechas. Pero no era sangre. No lo era. La sangre no es tan espesa... ni tan fría.

Entonces lo supe: me arrodillaba sobre una baba oscura, surgida de las entrañas de la tierra. Solo una criatura impía, una babosa que jamás hubiese visto el sol, la luna ni las estrellas,

podría haber dejado un rastro semejante. Cerré los ojos, sin saber muy bien por qué, y la calma descendió sobre mi mente. Seguiría adelante. Encontraría a la señorita Beardsley.

Avancé a gatas sobre el oscuro cieno. Parecía que iba a continuar así eternamente; sin embargo, en lo más profundo, sabía con certeza que, llegado el momento, encontraría la luz. Y con ella, a la señorita Beardsley. Una criatura de ojos como los de Ishtar se la llevaba a través de la oscuridad, dejando tras de sí una baba densa y fétida. Yo descubriría su guarida y la destruiría por completo. Mi corazón latía con violencia, un zumbido comenzó a crecer en mi cabeza, pero, apretando los dientes, continué avanzando.

Seguí el rastro de la baba fétida, aunque el dolor ya me invadía todo el cuerpo. Siluetas informes brotaban y se ramificaban en mi mente.

—¿No habrá un final? —pensé en voz alta—. ¿No llegará el amanecer? ¿Nunca se alzaría la aurora sobre el desierto, blanca, pura, resplandeciente? ¿No existe nada más que esta oscuridad informe que oculta a una babosa blasfema, inhumana, que va dejando baba a cada paso?

¡Al fin lograba articular palabra! Decidí probar de nuevo y rasgué la oscuridad con la aguda insistencia de mis palabras. Anhelaba una respuesta, alguna certeza. Había algo cruel, casi sádico, en aquel silencio, y traté de mitigar la tortura, de aliviar la tensión, mientras avanzaba a gatas por el suelo helado.

—Señorita Beardsley, debe tener fe. Estoy yendo por usted, aunque sea a rastras. El camino es largo, y el dolor será insufrible... ¡pero debe resistir a Ishtar con la fuerza de su voluntad!

—Arthur... me está apretando. Es blanda, y no puedo sujetarla. Se me escapa... ¡Debes darte prisa! Pero no tendré miedo, Arthur. El miedo es mortal, y nos destruirá a los dos.

El pasaje que se abría ante mí era largo, blanco y liso, descendiendo profundamente hacia la tierra. En mi mente emergieron fragmentos de supersticiones horribles, recuerdos maliciosos y una frase de Joseph Glanvill que Poe había citado alguna vez: «la vastedad, la profundidad y la inescrutabilidad de Sus obras, que contienen en sí mismas una profundidad mayor que la del pozo de Demócrito».

El pasaje ante mí era un túnel de pesadilla; aunque mi razón dudaba, lo veía con claridad, al igual que la luz que emanaba de su interior.

La criatura que había arrastrado a la señorita Beardsley por el terreno áspero, una cosa de baba y oscuridad, se había internado en el túnel, aparentemente sin esperar que yo la siguiera. ¿O acaso sí contaba con tal eventualidad?

Proseguí a tientas entre vueltas y giros interminables. El túnel se estrechaba, amenazando con envolverme, para luego ensancharse hasta ocultar su alto techo inclinado bajo la luz temblorosa. Avancé entre sombras, gritando y llorando en la oscuridad. Más adelante, percibí un crujido audible, mientras aquella criatura se arrastraba entre la fría humedad, dejando tras de sí un rastro fétido y legamoso.

Las impresiones que me dejó aquel horrible descenso fueron profundas e indelebles. Sin embargo, un destino que escapaba a mi control había decretado mi sufrimiento. Y, mientras

avanzaba a gatas, comprendí que ni siquiera un dios bestial podría desafiar al sino. El sufrimiento y el terror podrían desbordarme, pero de la noche surgiría un amanecer espléndido; las discordancias confusas que me rodeaban acabarían por armonizarse de algún modo, y escucharía con exaltación y éxtasis una sinfonía bella y gloriosa. Regresaría del borde del abismo, y la señorita Beardsley y yo admiraríamos juntos ese nuevo amanecer. ¿Por qué un túnel frío, tenebroso y serpenteante sería preferible a la mera oscuridad? ¿Por qué sentí renacer la confianza mientras avanzaba sobre el suelo helado?

Seguí reptando durante lo que parecieron eternidades, hasta que, de repente y al doblar una curva, lo vi, imponente y aterrador. Resulta inconcebible pensar que, en cualquier lugar, uno puede toparse, de la forma más inesperada, con semejante abominación. «¿Para qué seguir adelante?», pensé. «Esto no puede ser real. Si existe, ya no hay motivo para vivir... si existe, todos somos criaturas desesperadas, indefensas y miserables, atrapadas en una alucinación, al borde del abismo, habitando en un sueño cuyo despertar es el morir. Vivimos en una noche de Walpurgis poblada por formas obscenas: harpías batiendo sus alas, dispuestas a arrancarnos el cerebro y devorar nuestros cuerpos mientras dormimos; íncubos de labios negros y aspecto fúnebre; serpientes de pesadilla surgidas del Aqueronte; calibanes del Tártaro. Vivimos rodeados de hambre, peste y muerte... ¡si semejante cosa puede existir bajo las estrellas!»

Me mordí las yemas de los dedos tratando de ahogar un grito. La señorita Beardsley yacía en un charco de cieno, con los músculos del rostro relajados y una agonía terrible e indescriptible brillando en sus ojos. Sus brazos colgaban flácidos sobre sus costados, pero los dedos de su mano derecha parecían convulsionar, abriéndose y cerrándose. Sobre ella, en la penumbra, con el rostro de perfil contra una oscura y atávica roca, se agazapaba la criatura que a la que había seguido en la oscuridad, aquella lóbrega y funesta entidad de insondable maldad que había ido dejando tras de sí un fétido rastro de fluidos negruzcos.

Su rostro canino estaba sembrado de escamas, y una larga lengua de reptil emergía de entre sus labios negros y bulbosos. De perfil, su ojo parecía grande y gris; pero la luz del túnel había cegado su resplandor. A la desesperada y movido por una mezcla de rabia y frustración, alcé el brazo, ante lo cual la criatura siseó y me escupió. Sabía que temblaría y me congelaría al tocarlo. Por un momento, pensé que no podría volver a moverme; y me pregunté si la señorita Beardsley estaría padeciendo. Anhelaba calmarla y consolarla, asegurarle que lo comprendía.

—¡Yo me ocupo de esto! —dije.

Pero no tenía intención de ocuparme de nada. Mis pensamientos se volvieron lineales, apartando de mí todo aquello que pudiese preocuparme. «Si no se mueve, estoy a salvo», pensé. Me quedé inmóvil, temiendo que, si me movía un centímetro, se abalanzaría sobre mí. Imaginé el tacto de su fría nariz rozando mi rostro. Sabía que me rozaría... que me rozaría hasta hacerme morir de miedo y repulsión. Estaba más afectado de lo que quería reconocer. Supongo que pensé en la señorita Beardsley, pero ahora me avergüenza reconocer que me vi lastrado por mi vil y espantosa cobardía.

Sin embargo, algo puso fin a la parálisis nerviosa que atenazaba a mis músculos y voluntad, y me impulsó hacia adelante como si se hubiese liberado un resorte. ¡Vi su cuerpo! La cabeza me había retenido, había agarrotado mis músculos y me había llenado de un lamentable pavor; pero, ver ahora su cuerpo, me hizo sentir que debía actuar cuanto antes. Avancé al instante e hice lo que tenía que hacer. Pero antes de enzarzarme con él en mitad de aquella cripta de tierra brumosa, me incliné con asombrosa agilidad para tomar del suelo una piedra fina y afilada.

Recuerdo cortar con un solo movimiento su gran cabeza canina, y también recuerdo como la negra sangre de sus arterias se derramaba por su cuello, salpicando mis brazos y piernas. Sé que el cuerpo se retorció y contorsionó en mitad de la oscura caverna, anudándose y tornando en una monstruosa masa de pliegues carnosos.

Todavía puedo verla, reptando y enroscándose en la penumbra, veo la cabeza amputada yaciendo en el suelo junto a la señorita Beardsley. Las fauces se abrían y cerraban y la sorpresa refulgía en sus ojos, casi con indignación, como los de un niño que ha sido castigado por algo que no considera errado.

Cuando terminé, y aquellos pliegues se quedaron quietos, me levanté y caminé hacia donde la señorita Beardsley yacía sobre el frío y duro suelo. Me di cuenta de que la simpatía y la compasión no servirían. La señorita Beardsley necesitaba medidas más drásticas.

—¡Levántate! —le grité—. No pienso quedarme aquí esperando por ti. ¡Levántate!

La señorita Beardsley gimió, y sus labios temblaron; pero un tono rosado volvió a sus mejillas.

—¡Levántate ahora mismo! —exclamé.

Poco después, ella ya estaba de pie, con sus ojos azules brillando de ira y un rubor intenso tiñendo su garganta y mejillas. Supe entonces que estaba salvada, así que la acerqué rápidamente hacia mí, alejándola de aquella figura sin cabeza que reposaba inerte.

—Llegaremos a tiempo para el desayuno —le dije—. He pedido huevos de avestruz y granadas. Nos sentaremos en la terraza y veremos el amanecer sobre el desierto.

—Oh, pero mi tía nunca se levanta tan temprano —replicó la señorita Beardsley.

—Por esta vez —respondí— prescindiremos de acompañantes.

La conduje afuera, a la fresca noche. Por un instante nos quedamos bajo la gris pared del templo de Ishtar, y luego caminamos, brazo con brazo, hacia el hotel.

—Vales por una docena de Ishtars —le dije.

—Eso no suena muy halagador —replicó—. ¿Decirme que solo valgo...?

En un abrir y cerrar de ojos, mis brazos la envolvieron, y sentí la dulce magia de su cuerpo rendido.

III

Al mediodía, mi guía vino a verme.

—Nunca adivinarás lo que encontramos en las ruinas —dijo.

—¿Una serpiente? —pregunté.

Su rostro se tornó terriblemente solemne.

—¡Más o menos! ¡Encontramos a una mujer sin cabeza! Pero, eso no es todo: la gris piedra sacrificial estaba cubierta de sangre... ¡y sobre ella reposaba la cabeza de una serpiente, una cobra encapuchada!

La señorita Beardsley se estremeció y me tiró de la manga.

—En el pueblo cuentan historias extrañas. Dicen... ¡dicen que mataste a Ishtar!

Los ojitos de mi guía se entrecerraron.

—Sí —dijo— Y te lo agradecemos. Tu valentía nos ha librado de Ishtar, ¡la mujer-serpiente!

Bajo el balcón, nuestros camellos nos observaban con sus indulgentes y desalentados ojos.





¿Quién conoce el fin? Lo que ha emergido puede hundirse y lo que se ha hundido puede emerger. Lo satánico aguarda soñando en el fondo del mar, y sobre las ondulantes ciudades humanadas navega el apocalipsis.

Howard Phillips Lovecraft